Nuestras Ideas

SUMARIO

	Nuevas corrientes en el catolicismo español.
E. T. FERNÁNDEZ :	La Revolución liberal de 1820.
Juan PAREDES :	Los supuestos histórico-sociales del pensamiento contrarrevolucionario español.
Juan REJANO :	Veinte años después : Federico García Lorca.
Rafael MARTÍNEZ :	Las teorías materialistas de D. Santiago Ramón y Cajal.
MAO TSE TUNG :	Sobre las orientaciones : " que florezcan cien flores", " que compitan cien escuelas ", " coexistencia prolongada y control mutuo ".

TEXTOS CLÁSICOS :

Carlos MARX :	España Revolucionaria. (II)

CRÍTICA de libros, pintura, teatro, revistas.

NOTAS. — DISCUSIÓN.

SEPTIEMBRE **2** **1957**

Nuestras Ideas

TEORÍA, POLITÍCA, CULTURA

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue Sylv. Denayer, Bruselas-Bélgica

SUMARIO

* Nuevas corrientes en el catolicismo español . . . 3

E. T. FERNÁNDEZ : La Revolución liberal de 1820 . 20

Juan PAREDES : Los supuestos histórico-sociales del pensamiento contrarrevolucionario español. . . 39

Juan REJANO : Veinte años después : Federico García Lorca 52

Rafael MARTÍNEZ : Las teorías materialistas de D. Santiago Ramón y Cajal. 67

MAO TSE TUNG : Sobre las orientaciones : " que florezcan cien flores ", " que compitan cien escuelas ", " coexistencia prolongada y control mutuo " . . 81

TEXTOS CLÁSICOS :

Carols MARX : España Revolucionaria (II) . . . 88

CRÍTICA :

Libros :

J. IZCARAY : Una novela de Dolores Medio : " Funcionario Público 93

Maria TORRES : " España ", de A. V. Volkov ; un estudio de geografía económica. 97

Pintura :

J. M. : Un pintor y sus temas 101

Teatro :

Carlos LARRA : " Primer Acto " y el teatro contemporáneo en España 103

José LINARES : El estreno de " La Celestina " . . 110

Revistas :

Juan ESCOBAR : La revista " Moncloa " : un diagnóstico del " Opus Dei " sobre la Universidad española. . 115

Notas :

Cesar ARCONADA : Vladimir Usin 121

C. L. : Las actividades de la U.I.E. en México a través de su Boletín 122

DISCUSIÓN :

Antonio LÓPEZ : Las Ideas y los Hombres . . . 124

UN NÚMERO EXTRAORDINARIO

DE "NUESTRAS IDEAS"

Con motivo del 40 Aniversario de la Revolución Socialista de Octubre de 1917, el número 3 de "Nuestras Ideas", será un número extraordinario dedicado a los problemas de la cultura socialista soviética.

NUEVAS CORRIENTES EN EL CATOLICISMO ESPAÑOL

SE acelera el pulso de la vida política en nuestro país. Fenómenos que se han venido gestando durante años, o lustros, encuentran en el agitado clima actual su punto de condensación.

Siempre han existido corrientes centrífugas en el llamado « Movimiento Nacional », o sea en el conglomerado de fuerzas fascistas y reaccionarias en el que se ha apoyado la dictadura del general Franco. Su resquebrajamiento, su ruptura, sobre todo a partir de 1951, eran tan patentes que ningún observador serio de la cosa política podía ponerlo en duda.

Hoy asistimos a una crecida general de las fuerzas de oposición de diverso signo. Se fortalecen y amplian su influencia las fuerzas marxistas, las fuerzas obreras y democráticas en general, y asimismo las de tendencia liberal, democristiana, etc. Y en el marco de esta crecida de la oposición, se definen y cristalizan nuevos grupos, partidos o embriones de partidos, que en cierta medida se nutren de personas o sectores desgajados del « Movimiento Nacional ».

Este proceso reviste singular importancia en el plano político. Implica el estrechamiento de la escasa base que le queda al régimen. Y se preparan así las condiciones de un desequilibrio tal entre éste y las fuerzas de oposición en auge, que puede facilitar considerablemente un tránsito pacífico de la dictadura actual a la democracia que anhela la mayoría del pueblo español.

El general Franco ha intentado detener, o frenar, este proceso con el último cambio de Gobierno. Lo acaecido en los últimos meses muestra el fracaso de tal proyecto. En un plazo extraordinariamente corto, el capital político que podía representar el grupo opusdeísta se ha desgastado. El desprestigio de éste, en los más extensos ámbitos de la opinión, puede parangonearse con el que se ganó la Falange. En el seno de ésta se polarizan núcleos de oposición cuya actividad contribuye a descomponer el aparato estatal y a debilitar al régimen.

El Gobierno del general Franco es cada vez más una camarilla personal que no puede alegar para justificar su permanencia otra razón que la

fuerza de la inercia. Así lo han reconocido implícitamente Arias Salgado y Carrero Blanco en sus recientes intentos por legitimar el poder personal de Franco resucitando -- con adobos diferentes — la teoría del « caudillaje ».

Para impedir el progreso — más o menos aparente, pero incontenible — de las fuerzas de oposición, la dictadura ha recurrido a su arma clásica : la represión, las detenciones. Ha pretendido apretar más aún las mallas de la mordaza aplicada a los españoles. Pero las medidas policíacas tienen su reverso. En este caso, han servido para echar por tierra uno de los temas constantes de la propaganda oficial : el de que sólo los comunistas, y a lo sumo la emigración republicana, desean derribar la dictadura. Las notas de la Dirección General de Seguridad han servido de público barómetro. Han permitido a muchas personas apreciar con datos concretos cuál es el nuevo clima político español. La gama de tendencias políticas representadas entre las personas detenidas en el último período engloba, no sólo a comunistas y otras fuerzas de izquierda, sino a liberales, católicos y hasta monárquicos.

Las medidas represivas motivadas oficialmente por meros delitos de opinión, las torturas perpetradas contra algunos militantes comunistas, las escandalosas reformas« jurídicas » promulgadas en violación de las más elementales normas de derecho, han provocado gran indignación entre hombres de los más diversos horizontes ; has sido además interpretadas como signos de impotencia política ; han desprestigiado aun más al Gobierno.

La realidad se encarga de demostrar que la represión no puede detener el crecimiento de la oposición. Esta se manifiesta de diversas formas, penetrando en todos los ámbitos de la vida nacional. Y de un modo concreto, en la vida intelectual. En esta fase de cristalización de nuevas fuerzas, el papel de los intelectuales es muy importante. Lo confirma el hecho de que los golpes represivos vayan dirigidos, en no escasa proporción, contra intelectuales. Las discusiones ideológicas cobran mayor intensidad. Están muy impregnadas de contenido político. Asistimos a la eclosión de una literatura política, ideológica, de gran interés, que utiliza cauces unas veces legales o semilegales, otras clandestinos. En ella se abordan grandes problemas políticos y sociales. Se reflejan los cambios que la experiencia de casi 20 años de fascismo han provocado en las concepciones de determinados grupos o capas. En ella, el análisis de los problemas presentes va parejo muchas veces con la revisión crítica de hechos y posiciones pasados, y con audaces esfuerzos por atalayar desde el presente los derroteros por los que caminará España mañana.

El propósito que nos guía al escribir el presente artículo es entablar una discusión sincera, desde nuestros puntos de vista marxistas, con algunas de las nuevas corrientes que han brotado en el seno del catolicismo español.

UN IMPORTANTE DOCUMENTO

En la base del surgimiento de estas nuevas corrientes está el hecho determinante de la crisis, de la descomposición, del FRACASO del régimen fascista que impera en España desde 1939. El fascismo ha tenido en España un acusado carácter clerical. La Iglesia ha sido — como todo el mundo

sabe — uno de los pilares de la dictadura de Franco. Ahora bien, en la actualidad, la inmensa mayoría de los católicos españoles (trabajadores, gentes del campo, intelectuales, clases medias, importantes grupos burgueses...) están contra la dictadura, desean su desaparición, se sienten heridos en sus intereses vitales por la perpetuación del régimen franquista. La crisis de éste abarca a todas las esferas de la vida nacional: es una crisis económica, política, cultural, moral.

Tal hecho no podía dejar de provocar hondas sacudidas en el seno del catolicismo, e incluso del clero. Por muy variados canales y medios, las masas católicas, enfrentadas con la dictadura, ejercen una poderosa presión que, de un lado, aisla y debilita a los grupos que — como el Opus Dei — colaboran de una forma más abierta con la dictadura; y de otro, hace que ciertas Jerarquías se distancien del régimen, manifiesten divergencias y disconformidades con la política franquista. Ello se refleja, por ejemplo, en la Pastoral de los Metropolitanos de Agosto de 1956 sobre temas sociales, en otras Pastorales de diversos Prelados, como el de Solsona, en varios editoriales de «Ecclesia» pidiendo ciertas libertades públicas e insinuando el derecho de los católicos a tener su partido político, etc. Influyentes sectores católicos intensifican la preparación de un partido democristiano apto para defender, en unas condiciones democráticas y parlamentarias, los intereses de la burguesía.

Otros grupos católicos — y a ellos principalmente nos vamos a referir aquí — van más lejos. Los 20 años de facismo han puesto al desnudo, con claridad deslumbrante, el carácter monstruoso del régimen capitalista, los extremos de inhumanidad a los que llega para incrementar los gigantescos beneficios de un puñado de grandes explotadores. Los trabajadores católicos han participado, con sus compañeros de otras ideas, en huelgas y otras acciones reivindicativas y antifranquistas. Muchos obreros católicos han llegado a la convicción de que sólo con la desaparición de la explotación capitalista podrán conquistar una vida digna y humana. Tales actitudes se reflejan asimismo entre grupos de intelectuales, incluso de sacerdotes. En el seno de las HOAC y de las JOAC hay corrientes cada vez más fuertes que se pronuncian contra el capitalismo y se sienten atraídas por el ideal socialista.

Al mismo tiempo, no se puede olvidar que la crisis del régimen franquista se produce en un período de la historia en que, en el plano mundial, se afirma de un modo evidente la superioridad del socialismo sobre el caduco y corrompido capitalismo. Ello contribuye a que grupos católicos avanzados puedan adoptar posiciones influidas por las grandes transformaciones que se operan en el mundo. Las realizaciones de la U.R.S.S. y de otros países socialistas son conocidas, a despecho de censuras y deformaciones, en algunos círculos de jóvenes, de trabajadores y de intelectuales católicos, lo que aumenta el poder de atracción que el socialismo puede ejercer sobre ellos.

En estos momentos, en que el catolicismo español atraviesa une grave crisis, en que se ve empujado a introducir cambios en la trayectoria seguida en el último período, surgen en su seno pujantes corrientes que se definen en función de las siguientes características (o al menos de algunas de ellas): oposición decidida a la situación actual y repudio de lo que ha sido la actitud de la Iglesia en los últimos años; oposición al sistema capitalista y deseo de una profunda transformación social; en

ciertos casos, atracción hacia el socialismo e incluso disposición a una cooperación con las fuerzas que en España luchan por un porvenir socialista.

La existencia en España de fuerzas católicas que adoptan tales posiciones, o evolucionan en ese sentido, tiene una importancia considerable, para hoy y para mañana. Es un hecho completamente nuevo en la vida política española y puede tener consecuencias muy positivas para el desarrollo democrático de nuestro país.

La necesidad de establecer relaciones fructíferas entre esas corrientes católicas progresivas y los marxistas, reviste una gran actualidad.

En las presentes condiciones, de total carencia de libertad, es imposible que puedan estar ya definidas, decantadas, las diversas corrientes católicas de contenido social avanzado. A los efectos de nuestra discusión con ellas, nos ha parecido lo más conveniente tomar como base el Estudio redactado por un grupo de sacerdotes y de seglares para presentarlo en el Congreso de Apostolado Seglar que había de celebrarse en El Escorial en Noviembre del año pasado. Hemos tenido asimismo en cuenta otras publicaciones, como el libro del Sr. Fernández de Castro « *Del paternalismo a la justicia social* », editado en la colección « *Mundo Mejor* ».

Sabemos que tales documentos no expresan las posiciones de todos los grupos católicos avanzados ; algunos van más lejos en varios aspectos, y se muestran incluso favorables a soluciones socialistas. Sabemos también, al abordar esta discusión, que en las actuales condiciones no siempre los textos escritos pueden reflejar plenamente el pensamiento. Pero hechas estas salvedades, hemos tenido en cuenta que el Estudio (1), además de su gran valor intrínseco, es quizá el primer testimonio público, y colectivo, de la existencia en el catolicismo español de un grupo que adopta, ante problemas candentes de la hora, una actitud NUEVA, abiertamente divergente de lo que constituye la posición oficial de la Jerarquía.

Para aquellos de nuestros lectores que no lo conozcan, consideramos necesario resumir a continuación las líneas generales del Estudio. De antemano advertimos que en este resumen sólo vamos a poder incluir algunos aspectos, los que nos parecen más interesantes, lo cual implica fatalmente un margen de interpretación nuestra, que puede no coincidir con la de los autores del Estudio.

La primera parte, posiblemente la más valiosa, es un análisis crítico de la sociedad y del catolicismo español contemporáneos. El punto de arranque es que la sociedad española, llamándose católica, « *va definiéndose cada día con más indudable relieve por su vaciamiento de catolicismo* ». Ello se debe a que el catolicismo español es un « *catolicismo aburguesado* ».

Partiendo de una crítica de los rasgos propios de la burguesía española, el Estudio aborda el problema de la guerra civil de 1936-39. Esta,

---

(1) Para evitar repeticiones enojosas, siempre que en el curso del artículo nos refiramos a ese documento, diremos sencillamente el Estudio.

si bien en ella se han defendido determinados valores espirituales, ha tenido un sentido social burgués; ha servido para que la burguesía se asegure una posición privilegiada, monopolista de las riquezas y el Poder, más fuerte que nunca.

Después de la guerra, hay en España la realidad de un Estado católico. Pero la inmovilidad impuesta por las clases dirigentes ha impedido todo progreso y ha provocado la ruptura entre la España oficial y la España vital. En ésta se mueven fuerzas nuevas, y entre ellas *« un catolicismo ansioso, expectante, nada clerical y hasta « anticlerical », pero muy « eclesial » y hasta « eclesiástico », un catolicismo social, radicalmente social, social hasta los tuétanos »*. Aquí los autores del Estudio se autodefinen. Dicen que sus opiniones son compartidas, no sólo por *« pequeños y múltiples grupos de sacerdotes y seglares »*, sino que son acogidas con simpatía entre la juventud, los obreros, las gentes campesinas... En cambio contra ellos se ha formado *« un pintoresco frente patriótico-católico-burgués »; se* les tacha de filocomunistas; sus acusadores son católicos de *« excomunión diaria »*, brotes contemporáneos del integrismo.

El Estudio aborda a continuación ciertos problemas desde el ángulo de la moral católica; califica de *« gran escándalo »* la pretensión de intocabilidad en que se coloca el catolicismo tradicional ante todos los ámbitos de la realidad social, y en particular en lo referente a las relaciones de clases. Protesta contra *« la abolición creciente y forzada de las libertades »*, contra el *« clima de suspicacia, de insultos, de furibundas acusaciones... lo mismo si se trata de egregios católicos nacionales que de movimientos o figuras católicas extranjeras »*. Denuncia asimismo la resistencia a tener en cuenta ciertas directrices de la Jeraquía y del Pontífice que chocan con la realidad social española.

La segunda parte del Estudio propone algunos remedios para curar los males previamente denunciados. Hace falta una enmienda que abarque toda la realidad social española, en todos sus planos. Pide una revisión de la estructura social que sea *« una superación del orden actual burgués y capitalista »*. Propone la redistribución de la renta nacional, la disminución de los márgenes de ganancia... Plantea la necesidad de una reforma de la enseñanza que la *« desaburguese »*. Hoy la juventud *« se va »*. Hay que darle un *« ideal comunitario »*, sobre bases cristianas, porque *« el individualismo ha dado ya todos sus frutos posibles; se halla exhausto »*.

El Estudio hace críticas de la labor de Acción Católica, que es dirigida con frecuencia *« por opulentos y fervorosos burgueses »*. Pide también una *« revisión de desaburguesamiento en los mismos cuadros eclesiásticos »*, para evitar los compromisos *« non sanctos »* en que podrían incurrir las Jerarquías.

En los apartados finales, se dice que *« casi todas nuestras ideas resultan en la actualidad viejas... En todos los órdenes: en el político, en el económico, en el intelectual, en el social »*. Se registra la mediocridad del pensamiento católico español. Los pulmones intelectuales de España han tenido que salir fuera de la Iglesia para respirar. En el siglo XX, *« nada de lo valioso producido en España ha sido católico, y nada de lo valioso católico producido en Europa ha sido español »*.

Los autores concluyen el Estudio afirmando su inquebrantable fidelidad a la Iglesia Santa de Dios, y también « *la decisión, tan inquebrantable como la anterior, de mantenernos, vivir y morir fuera de este catolicismo español cuyas maneras nos parecen heridas de muerte* ».

Firman el estudio Don Angel Alonso Herrera (sacerdote), Don Ignacio Fernández de Castro (abogado), Don Antonio Jiménez Marañón (sacerdote), Don Julián Gómez del Castillo (obrero), Don Joaquín González Echegaray (sacerdote), Don Eugenio Obregón Barreda (catedrático), Don Francisco Pérez Gutiérrez (sacerdote), Don Alberto Pico Bollada (sacerdote), Don José Maria Rodriguez Paniagua (abogado), Don Santos Saldaña (sacerdote), Don Francisco Torralba (obrero).

La aparición en la escena política española de este grupo, con las posiciones que hemos esbozado más arriba, es un hecho al que no es fácil encontrar antecedente. El primero que viene a la mente es el del grupo que editaba la revista « Cruz y Raya » en el período anterior a la guerra. Pero dicho grupo — independientemente de las actitudes políticas sustentadas por algunos de sus componentes — se definía sobre todo por su actitud ante problemas de orden cultural. Su influencia se ejercía en los medios intelectuales. Su presencia en la vida española se manifestaba principalmente en los dominios del pensamiento, de la literatura, del arte.

El carácter del grupo redactor del Estudio es completamente distinto. Su acción puede tener efectos de alcance mucho mayor. Con las posiciones propias que le definen y diferencian de otros núcleos católicos, se inserta a la vez en un conjunto de corrientes que empujan al catolicismo español hacia la oposición a la dictadura. Desarrolla su actividad en el seno de la Iglesia. El libro citado del Sr. Fernández de Castro se edita con el « Nihil Obstat » del Censor Dr. Vicente Serrano y con el « Imprímase » del Obispo Auxiliar y Vicario General de Madrid.

Este grupo tiene ambiente en ciertos organismos de Acción Católica, sobre todo la H.O.A.C. y la J.O.A.C., entre algunos párrocos rurales, y su actividad literaria y periodística sale fuera de los ámbitos intelectuales. Ejerce por lo tanto una influencia indiscutible en importantes esferas católicas que desean cambios en el país, o quieren adaptarse a las nuevas situaciones que se anuncian.

MÉTODO Y CRÍTICA

Hemos dicho más arriba que la parte crítica del Estudio nos parece la más valiosa. Veamos brevemente porque :

En primer lugar, consideramos que el *método* empleado en el Estudio para analizar la realidad social, e incluso espiritual, de nuestro país, representa una novedad, un progreso importante en el terreno ideológico, en relación con los métodos de análisis habituales en la literatura católica.

La siguiente frase, de la primera parte del Estudio, caracteriza el método : « Es evidente que no podremos llegar a comprender nuestro

Catolicismo sin un previo examen de la estructura social cuya dimensión religiosa constituye ... Y es esa sociedad la que ha conformado este catolicismo, aunque a su vez este catolicismo sea uno de los elementos conformadores de aquella sociedad. Hay, en efecto, un mutuo condicionamiento. Pero si hemos de empezar por algún sitio, en la necesidad de aislar nuestro objeto de reflexión, parece lógico empezar nuestro examen por la sociedad, por el tipo de sociedad en cuyo seno nos encontramos con tal forma de religiosidad ; y por esa sociedad en un momento dado de la historia ».

Por lo tanto el Estudio quiere explicar, no una sociedad en función de una religión, sino por el contrario los rasgos que tiene esa religión en función de los rasgos que predominan en la estructura social. Se acepta pues implícitamente que lo primario es lo social, y no lo religioso ; que lo primario es la base económico-social, y no la superestructura ideológica. Tal método — independientemente de los deseos subjetivos de quienes lo empleen — no sólo contradice cualquier explicación providencialista, sino que aleja del idealismo, aproxima al materialismo filosófico.

Sigamos : en el marco de la estructura social, ¿ cuáles son los factores a los que se presta en el Estudio particular atención ? Principalmente, a las clases sociales. Analizando el proceso que llevó a la guerra de 1936-39, se dice que existen en España dos bloques enfrentados : burguesía y pueblo. Y por « pueblo » se debe entender « *toda la gran multitud de un país que no tiene bienes de producción, o los tiene en cantidad tan pequeña que son incapaces de producir más riquezas de las que se necesitan para el sostenimiento familiar sin holgura* » (1).

El Estudio califica al catolicismo español actual de « *catolicismo aburguesado* », es decir « *un catolicismo a la medida de una estructura determinada de la sociedad : la estructura burguesa.* »

¿ Cómo se explica este hecho en el documento ? « *La posesión exclusiva del ámbito económico por parte de una clase social acaba por convertirse en posesión exclusiva de todos los demás, del cultural, del político, y como no podía menos de suceder, del religioso.* »

Esta forma de enfocar los problemas ideológicos, incluso el problema religioso, partiendo de la estructura social, del carácter « de clase » de la sociedad que se analiza, parece atestiguar la influencia que los métodos y el pensamiento marxista ejercen hoy sobre hombres de otras ideologías. Fernández de Castro escribe a este propósito : « *Hasta qué punto el marxismo ha influido en las modernas y más avanzadas posiciones católicas, es algo difícil de precisar.* » (2)

El método de análisis empleado en el Estudio permite a sus autores hacer une crítica profunda de la burguesía española : « *Ha presentado siempre unos rasgos como de raquitismo. Ha sido una burguesía disminuida. Como burguesía, hemos de reconocer que ha sido muy poco burguesa ; ha tenido lo menos que podía tener de burguesía para seguir llamándoselo. Por muy intolerable que esto pueda parecer, hay que soste-*

(1) I. Fernández de Castro : « Del paternalismo a la justicia social », p. 107.
(2) Obra citada, p. 113.

ner que mientras la burguesía europea ha hecho la Europa moderna, en todos sus sentidos buenos y malos, la burguesía española ha tenido una buena parte en impedir que pudiera fraguarse una España moderna. »

Los problemas de la guerra de 1936-39 son abordados principalmente en función de la implacable voluntad de la burguesía de perpetuar su dominación. Los autores del Estudio, partiendo de postulados católicos, llegan así a conclusiones que no son incompatibles con las sustentadas por fuerzas de izquierda. Sobre todo cuando consideran que la victoria de Franco ha sido « *una simple victoria de clase* », que el sentido social de la guerra fué « *un sentido burgués* ».

Este aspecto es muy importante porque de él dimana la actitud del grupo redactor del Estudio ante la presente situación política. De un lado consideran que « *hoy la sociedad burguesa ha cubierto y cerrado su circuito de vida... La estructura por venir no ha nacido aún, aunque apunta ya por tantos horizontes. Pero el orden viejo se ha hecho ya imposible.* » Al mismo tiempo, la burguesía española, después de la guerra, se ha convertido « *en una burguesía capitalista fuerte y endurecida, con una mentalidad de clase que llega al enfurecimiento* ».

« *Jamás el capital anónimo* — se dice en el Estudio — *ha gobernado, ni soñado siquiera en hacerlo, en las proporciones crecientes que en estos veinte años.* »

Huelga insistir sobre el amplio margen de coincidencia que hay entre estas opiniones de hombres católicos, y lo que sobre estos problemas pensamos los marxistas.

En otras partes del Estudio, de indiscutible valor, se critica con elocuencia, con emoción, algunos de los rasgos más escandalosos del actual estado del país : en torno a la miseria de las trabajadores, a la carencia de libertad y al cerrilismo del catolicismo oficial, a la pobreza de la vida intelectual, etc. No podemos, por falta de espacio, recoger aquí esos aspectos, pero si queremos dejar constancia de que compartimos no pocas de las apreciaciones que sobre estas cuestiones figuran en él.

Mas a nuestro entender, el valor de la parte crítica del Estudio estriba sobre todo en lo siguiente : en que señala como causa básica de las lacras de la sociedad española, su estructura de clase, la dominación del capital anónimo, de los grandes monopolios capitalistas. Esta opinión es fundamentalmente justa, si bien conviene no olvidar el papel de los grandes latifundistas, hoy en gran parte entroncados en la oligarquía financiera con los grandes capitalistas. Es evidente que un grupo católico que arranca de una crítica de ese género puede llegar más fácilmente a ciertos entendimientos con los marxistas, no sólo en el examen de los problemas que plantea la realidad, sino en la acción que dimane de ese examen.

LA CUESTIÓN POLÍTICA

Con la misma franqueza con que hemos examinado los aspectos positivos del Estudio, expresaremos nuestro criterio acerca de aquellas partes con las que, en mayer o menor medida, discrepamos. El mejor camino

para llegar a acuerdos fructíferos entre católicos y marxistas, no puede ser el de acallar o dejar de lado los puntos en los que hay divergencias. Por el contrario la sinceridad mutua puede y debe ser uno de los cimientos de las buenas relaciones que deseamos. Si abordamos claramente las diferencias, por ambas partes, las definimos y delimitamos, facilitaremos a la vez el que aparezcan mejor definidos y delimitados los puntos en los que hay acuerdo y coincidencia.

Entre la parte crítica del Estudio, y la parte en la que se presentan algunas soluciones, advertimos una diferencia apreciable. Del mismo defecto adolecen otras publicaciones de los autores del Estudio, como el libro que hemos citado del Sr. Fernández de Castro.

Comprendemos que existen razones, de diversa índole, que pueden explicar el silencio que en el Estudio se guarda en torno a los problemas políticos actuales. Pero ello no es óbice para que digamos aquí cuán conveniente sería que las fuerzas católicas avanzadas definiesen su posición acerca de la solución política que puede sacar a España del atolladero en que se halla. Tanto más, por cuanto hoy se mueven fuerzas católicas, monárquicas, y otras ,interesadas en propiciar la sustitución de la dictadura franquista por una dictadura monárquica. Algunas combinan el apoyo a la primera con la preparación de la segunda. Tal sustitución, lejos de abrir cauce a una solución, equivaldría a mantener a España en el callejón en que está encerrada. Podría incluso, en plazo no largo, acarrear nuevas complicaciones, enconar ciertas contradicciones, y acrecer las posibilidades de desenlaces violentos.

No parece probable que los autores del Estudio puedan hacer suya la idea de que España necesita hoy una restauración monárquica. Textualmente escriben : « *¿ No se dice que nos encontramos ante la perspectiva de otra restauración ? Es tremendo esto de encontrarse por las buenas al pasado alojado cómodamente en el presente, como si entre el uno y el otro no hubiera PASADO nada.* »

La misma fuerza con que, dejando de lado la forma del Estado, destacan el papel y la responsabilidad de las clases que detentan el Poder, parece incompatible con un apoyo a la fórmula monárquica. Nadie puede dudar, en efecto, de que la monarquía representaría el Poder de las mismas clases retrógradas, grandes terratenientes y capitalistas, que desde hace casi 20 años impiden el progreso de España, y cuyo nefasto papel es fustigado con toda dureza en el Estudio.

Este afirma con razón que se ha abierto un abismo entre la España oficial y la España vital. Explica atinadamente como el inmovilismo y endurecimiento de la España oficial « *provoca la exacerbación de la resistencia a la inmovilidad por parte de TODO LO QUE VIVE Y NECESITA MOVERSE Y CRECER* ».

Ahora bien, ¿ es posible que la situación presente desemboque en un cambio incruento, que España recobre una vida política democrática por un camino pacífico ? Los marxistas creemos que, en determinadas condiciones, eso es posible. Para ello preconizamos un entendimiento entre todas las fuerzas, de izquierdas y de derechas, opuestas a la dictadura. El propio desarrollo de los acontecimientos está creando condiciones cada vez más favorables para derribar algunos de los factores — extraños a los intereses españoles — que obstaculizan ese entendimiento.

Para facilitar una solución política transitoria, que permita la eliminación pacífica de la dictadura, los marxistas españoles estamos dispuestos a apoyar un Gobierno integrado por liberales de diversas tendencias. Tal Gobierno significaría una apertura democrática; devolvería a los españoles las libertades públicas; su misión esencial sería la de preparar unas elecciones democráticas mediante las cuales el pueblo, en uso de su soberanía, fijaría el futuro régimen de España.

Tal política puede merecer la aprobación — en cierta medida la está mereciendo ya — de amplios núcleos católicos. Al propugnar esta política los marxistas no renunciamos a nuestros objetivos socialistas; aspiramos a que la España vital, real, de la hora presente, con las diversas tendencias que en ella se dan, con las contradicciones inherentes a su estructura, se libere de la dictadura que la asfixia, y pueda desarrollarse en unas condiciones de normalidad democrática, sobre la base de una convivencia entre las diversas fuerzas políticas españolas. Convivencia que no excluye, sino que presupone, la lucha de clases y su proyección política.

Pese a que en el Estudio no se abordan estos problemas políticos, no pocas de las apreciaciones que en él se formulan, e incluso medidas que en él se proponen, confirman palpablemente que existen posibilidades concretas para una acción unida de marxistas y católicos en defensa de objetivos que hoy les son comunes. En el problema de los salarios, y en otras reivindicaciones que interesan a los trabajadores, ese grupo católico plantea las cosas con fuerza. En el libro del Sr. Fernández de Castro hay denuncias vigorosas de la terrible injusticia social. « *Resumiendo la situación actual de las asalariados en España* — se dice en él — *podemos decir que es angustiosa y que aparece como forzosamente derivada de unos salarios que no llegan a cubrir el cincuenta por ciento del mínimo vital.* » (1)

Entre las medidas cuya adopción preconiza el Estudio, figura la de una redistribución de la renta nacional. La misma demanda figura como un punto esencial en la plataforma presentada por el Partido Comunista para la reconciliación nacional de los españoles.

En el Estudio se propugna una disminución de los márgenes de ganancias y que se acabe con la omnipotencia de la gran Banca, « *que aparece capitaneada por hombres católicos, incluso por dirigentes católicos* ». Lo mismo pedimos los marxistas, aplicado, en lo referente a lo primero, a las grandes empresas del capital monopolista.

Los autores del Estudio se quejan de la falta de libertad, anhelan una vida política e intelectual liberada de muchas de las ataduras actuales. Los marxistas compartimos este criterio. De hecho, en torno a muchos de estos objetivos concretos, en la batalla contra la dictadura, ha habido y hay, en fábricas, en Universidades y en otros lugares, acciones conjuntas en las que participan hombro a hombro los marxistas y ciertos sectores católicos. Creemos que la actividad del grupo autor del Estudio podría contribuir eficazmente a que esa unidad de acción se desarrolle, se consolide y pueda alcanzar mayor envergadura.

---

(1) Pág. 28-29.

EL PROBLEMA DEL SOCIALISMO

El problema de la relación entre la existencia de la religión, y de la Iglesia, y la transformación socialista de la sociedad, ha sido con frecuencia tergiversado, y más aún en España. Ello se debe en primer lugar a la propaganda calumniosa llevada a cabo por las fuerzas reaccionarias y fascistas, y las propias Jerarquías de la Iglesia. Por otro lado, ha contribuído a ello la influencia que durante un largo período han tenido en el movimiento obrero español ciertas posiciones derivadas del anticlericalismo burgués, y que son completamente ajenas al marxismo.

Por eso interesa hacer luz sobre el concepto que los marxistas tenemos de lo que puede ser nuestra colaboración, en el terreno político, con determinados grupos católicos. No limitamos la posibilidad de esa colaboración a la etapa de la lucha por la democratizacion de España. La vemos con una perspectiva más amplia, sin excluir que abarque incluso la etapa de la lucha por el socialismo y de la edificación de éste.

¿Qué significa, en esencia, la transformación socialista de la sociedad? Significa un cambio revolucionario — que en determinades condiciones puede realizarse de un modo pacífico — que establezca la propiedad social de los principales medios de producción.

¿Es eso incompatible con que en el país donde se haya efectuado tal transformación siga existiendo la Iglesia Católica, no como propietaria de medios de producción, sino como institución religiosa? Es evidente que no.

¿Es incompatible para hombres o grupos católicos el conservar sus ideas religiosas y el apoyar la transformación socialista? En modo alguno. De ello hay pruebas abundantes en los países donde se construye hoy el socialismo.

En España incluso, ciertas ideas expuestas por algunos de los firmantes del Estudio demuestran que no hay por su parte una negativa irreductible a las soluciones socialistas. Sobre la cuestión clave del sistema de propiedad, el Sr. Fernández de Castro escribe : « *si la reforma del derecho de propiedad se llevase a cabo en el sentido de que el nuevo propietario, según las nuevas leyes, el Estado o la colectividad, usara del derecho de propiedad de conformidad con su naturaleza, proporcionando a cada cual lo suficiente para su subsistencia, estoy seguro de que no sería condenado por la Iglesia.* » (1)

De un modo objetivo, independientemente de la intención de su autor, es obvio que tal opinión puede contribuir a allanar obstáculos en la vía de una eventual colaboración de grupos católicos en la lucha por el socialismo.

Ahora bien, para que triunfe el socialismo, una condición imprescindible es que la clase obrera — dirigida por su partido marxista — tome en sus manos el Poder político. Tampoco creemos que la aceptación de tal condición sea incompatible con la profesión de ideas católicas. En el

(1) P. 142.

libro que ya hemos citado del Sr. Fernández de Castro, figuran en este orden opiniones de gran interés. Se reconoce en ellas, en cierto modo, que a la clase obrera le corresponde desempeñar el papel de clase dirigente en la presente etapa de la historia. Este es un hecho fundamental. Concretamente se dice : « *De esta forma, la clase obrera, que ostenta la representación del pueblo, constituye, de hecho, la avanzada y vanguardia de une nueva causa, de una nueva revolución en marcha.* » Y unas páginas más adelante : « *... las fuerzas revolucionarias proletarias, las fuerzas que históricamente tienen que influir de forma decisiva en la conformación de la sociedad futura...* » (1)

A la vez, en el mismo libro, se reconoce que el marxismo desempeña un papel enorme como ideología de la clase obrera, en el plano internacional, y también en España : « *Quién hoy en dia* — se dice — *pretenda comprender a los proletarios tiene que contar con el marxismo. El marxismo se encuentra en la entraña misma de estas clases... hasta el punto de que proletario y marxista tienen hoy por desgracia un significado casi idéntico.* » « *Si deseamos no engañarnos y partir de hechos reales, tenemos que contar con que buena parte de los proletarios españoles son hoy tan marxistas como lo eran en los años que precedieron a la guerra.* » (2)

En el libro del Sr. Fernández de Castro vemos pues ideas que pueden evolucionar, quizá, en el sentido de un apoyo a soluciones socialistas. En el texto del Estudio, si bien se plantea en él la necesidad de una « *enmienda total* » de la sociedad, que cambie radicalmente su estructura social, se cae en formulaciones vagas y utópicas cuando se trata de definir cómo será la nueva estructura, y de qué modo se pasará de la actual a la « nueva » sociedad. A nuestro juicio, se incurre incluso en algunas contradicciones : después de haber dibujado, del catolicismo oficial, el cuadro crítico al que más arriba nos hemos referido, los autores del Estudio declaran que a la Iglesia corresponde trazar los cauces del orden nuevo. ¿ No equivaldría eso, en el mejor de los casos, a « *corregir cada día con una mano* — citamos una frase del Estudio — *los males que cada día se cometen con la otra* », lo cual significa « *una estúpida burla de quienes también cada día padecen en su carne esos propios males* » ?

Por otro lado, ¿ no es contradictorio presentar en términos apremiantes, sobre la base de los hechos reales, la necesidad de introducir cambios importantes, y luego confiar la solución a un proceso fatalmente muy lento, y por supuesto hipotético, de reforma de la enseñanza para acabar con la « mentalidad burguesa » ?

En otra parte del Estudio, se dice que basta trazar ante los trabajadores, los jóvenes, gentes del campo, etc., « *la silueta de un mundo mejor, efectivamente justo,* no socialista, *no liberal,* ni burgués, *sino simplemente cristiano, para que sea ardientemente aceptado* ». Partiendo de los dos términos que hemos subrayado (para eliminar factores de confusión) es ineludible hacer la siguiente pregunta : ¿ es posible, en la época histórica actual, un mundo que no sea ni socialista ni capitalista ? Tal mundo sólo puede existir en la imaginación. No puede existir en la realidad.

---

(1) P. 107-108 y 120.
(2) P. 112 y 109.

A la humanidad se le ofrecen hoy dos vertientes, Y NO MÁS. De un lado el sistema capitalista cuya permanencia causa terribles estragos a ingentes masas de hombres. De otro, el socialismo, que ha elevado ya, en proporciones grandiosas (si bien en grados diferentes según los casos) las condiciones de existencia, materiales y espirituales, de 900 millones de hombres, entre los cuales — no está de mas recordarlo — muchos conservan aún sus convicciones religiosas. Es cierto que en España el problema político no se plantea hoy en términos de capitalismo o socialismo, sino de fascismo o democracia. Pero el triunfo de la democracia conducirá necesariamente nuestro país a ulteriores etapas de progreso y colocará sobre el tapete, en un plazo que sería absurdo pretender evaluar desde ahora, la necesidad del tránsito al socialismo.

Los católicos que sinceramente repudian el capitalismo y desean su desaparición, no pueden prescindir del hecho básico de que EL SOCIALISMO HA SUPLANTADO YA AL CAPITALISMO EN UN TERCIO DEL MUNDO, de que esa transformación se ha llevado a cabo bajo la dirección de partidos marxistas, y de que en España los obreros más conscientes, y otros sectores del pueblo, confían en el marxismo para orientarles en el avance hacia el socialismo. Dar la espalda a esas realidades, conduce a especular de un modo abstracto y a caer en actitudes un tanto utópicas. Si por el contrario se tienen en cuenta esas realidades, será posible ampliar el margen de coincidencia entre los marxistas y ciertos grupos católicos.

Es positivo que el Sr. Fernández de Castro reconozca en su libro: «*Cierto que los cristianos no estamos de acuerdo con la estructuración capitalista de la sociedad y que la consideramos injusta para la clase trabajadora; que creemos necesaria su derrocación para edificar un nuevo orden Y QUE EN TODO ESTO COINCIDIMOS CON LOS MARXISTAS*» (El subrayado es nuestro) (1).

En la medida en que en ciertos grupos católicos predomine la voluntad de terminar con las terribles lacras inherentes al capitalismo — que ellos mismos denuncian con tanto vigor — es previsible que el proceso de revisión ideológica al que están entregados pueda desembocar en una aceptación de soluciones socialistas; e incluso en una actitud favorable al entendimiento con los marxistas.

En la actualidad, algunos de los firmantes del Estudio, como el autor del libro citado, rechazan toda idea de entendimiento con los marxistas. ¿Cuáles son las razones principales que invocan para justificar esa actitud negativa?

¿UN OBSTÁCULO FILOSÓFICO?

Como este problema ha sido hasta cierto punto decantado ya en sucesivas alusiones que a él han hecho en la prensa algunos publicistas católicos, arrancaremos aquí de la última opinión emitida a este respecto en las columnas de un periódico de Santander. Ello permite dejar de

(1) Pág. 131.

lado aspectos — algunos francamente calumniosos, utilizados en ocasiones anteriores — de carácter secundario — « anécdotas » como se dice en el artículo citado — y concentrar la atención en lo esencial.

Las razones que enfrentan a los católicos con los marxistas, se dice, son tan profundas como las que les enfrentan con el capitalismo. Estriban principalmente en la *filosofía materialista* del comunismo, en la negación por su parte de toda espiritualidad.

Es interesante este intento de presentar la concepción católica como igualmente alejada del comunismo y del capitalismo. Aceptemos, en hipótesis, esa premisa mayor a los efectos de desarrollar un silogismo. La premisa menor — que nadie pondrá en duda, y menos que nadie los autores del Estudio — es que los católicos han colaborado y colaboran con una sociedad capitalista. ¿ Cómo escapar, en pura lógica, a la conclusión de que no puede haber para los católicos mayores obstáculos para colaborar con los comunistas ?

Que las diferencias en el terreno filosófico, ideológico, entre católicos y marxistas, son muy grandes, nadie lo niega. Los marxistas somos por definición materialistas (en el sentido filosófico de la palabra, se entiende). Pensamos que las creencias religiosas son falsas, que no responden a ninguna realidad objetiva. Creemos que las ideas religiosas — si bien el cristianismo primitivo tuvo un carácter democrático-revolucionario en una etapa de la lucha contra el régimen esclavista — adormecen a los explotados con falsas ilusiones, les distraen de la lucha en pro de su emancipación. En el terreno ideológico, no hay compromiso posible entre nuestras ideas y las de un católico. Pero la cuestión estriba en que esas diferencias ideológicas no tienen porque impedir una colaboración en el terreno político si existen objetivos comunes en cuyo logro estamos interesados los marxistas y determinados grupos catolicos.

No está de más recordar que el ateísmo no ha sido inventado por el marxismo. La burguesía ha tenido una ideología atea, que ha denunciado los daños que la religión causa a la humanidad. Antes de que Marx dijese que la religión es el opio del pueblo, el Baron d'Holbach escribía : « *La religión es el arte de emborrachar a los hombres con entusiasmo, para impedirles que se ocupen de los males que les infligen en la tierra aquellos que les gobiernan. Con ayuda de las potencias invisibles, con que se les amenaza, se les obliga a sufrir en silencio las miserias que les son causadas por las potencias visibles; se les hace esperar que, si consienten en ser infelices en este mundo, serán más felices en el otro* » (1).

Ahora bien, la historia demuestra que durante muy largos períodos han colaborado y colaboran, en innumerables empresas políticas, hombres de concepciones católicas y hombres de concepciones materialistas burguesas. No decimos aquí si esa colaboración ha sido buena o mala. Decimos que ha sido. Y que por lo tanto las diferencias ideológicas no han impedido la colaboración política.

Pero hay además otros aspectos que los católicos avanzados deberían tener más en cuenta cuando abordan este problema. Y es preci-

(1) « Le christianisme dévoilé ».

samente la diferencia que existe entre la actitud, ante el fenómeno religioso, del materialismo vulgar, y la del marxismo. Los marxistas somos materialistas, sí. Pero no nos quedamos ahí. Somos materialistas dialécticos.

La oposición de los marxistas al anticlericalismo vulgar, burgués, no es cuestión de táctica momentánea. Dimana directamente de nuestra concepción filosófica del mundo, y de las relaciones entre la base económica y la superestructura ideológica. Por eso es una constante de nuestra política.

Los marxistas, pese a las salvajes persecuciones de que hemos sido víctimas — y seguimos siendo — por parte de la dictadura, y del papel que en ello ha desempeñado la Iglesia, rechazamos totalmente, no por táctica, sino por fidelidad a nuestros principios, toda idea de persecución religiosa en España, ni en la etapa democrática, ni en futuras etapas de avance hacia el socialismo.

Expresión elocuente de una actitud marxista en esta materia es el Programa aprobado en el V Congreso del Partido Comunista de España, en el que se dice : « *Separación de la Iglesia y el Estado. Mas, teniendo en cuenta los sentimientos religiosos de una gran parte de la población, el Estado deberá subvenir a las necesidades del culto. Amplia y completa libertad de cultos. Libertad de conciencia : nadie podrá ser perseguido o molestado por sus creencias religiosas, o por no profesar ninguna* ».

Esa actitud política se funda en una concepción filosófica sobre el origen de las religiones y sobre la forma en que éstas pueden desaparecer.

Las ideas religiosas surgen ANTES de la división de la sociedad en clases antagónicas. Son un reflejo fantástico, en la mente de los hombres, de las fuerzas naturales que les dominan, y a las que ellos atribuyen un carácter sobrenatural. Son pues expresión, en su origen, de la impotencia, de la ignorancia de los hombres ante las fuerzas de la naturaleza. Más tarde, al lado de las fuerzas naturales, entran en acción fuerzas sociales, que tampoco el hombre comprende, y que también le dominan (1).

En la actualidad, la raíz de la religión para los trabajadores que siguen creyendo en Dios, está en el aplastamiento de que son víctimas por parte de la fuerza del capital, que aparece ante ellos como una fuerza ciega, ante la que se sienten impotentes, y que les causa horribles sufrimientos sin que ellos consigan penetrar en las causas de esos fenómenos. Por eso los marxistas creemos (contrariamente a los anticlericales burgueses) que el camino más directo, más eficaz, para que se extingan las ideas religiosas, consiste en luchar contra su raíz social, contra el capitalismo. Al mismo tiempo, claro está, somos partidarios de una acción ideológica, educativa contra los prejuicios religiosos.

---

(1) Lo que aquí se dice de la religión, en tanto que fenómeno social, no debe ser interpretado como una explicación de todos los casos individuales de hombres que tienen ideas religiosas. Por ejemplo, es sabido que hay hombres con elevados conocimientos científicos y que no obstante conservan ideas religosas. En una sociedad dividida en clases, entran en juego muchos factores, de diversa índole, que explican el que una parte de la población, independientemente de sus conocimientos, puedan conservar ideas religiosas.

Se imputa con frecuencia a los marxistas la intención una vez derribado el régimen capitalista, de aplicar medidas coercitivas, de prohibir por la violencia las ideas y las prácticas religiosas. Comprendemos — lamentándolo — que en las presentes condiciones en que es imposible para tantos españoles conocer el marxismo en sus fuentes verdaderas, tales ideas puedan tener curso. Pero se trata de una burda deformación. Los marxistas, empezando por los fundadores de nuestra teoría, han condenado siempre la idea de que se podía prohibir la ideas religiosas. En su polémica con Dühring, el cual preconizaba precisamente en su Estado « ideal » « la prohibición de la religión », Engels escribe : « *Y cuando ese acto sea realizado, cuando la sociedad por la toma de posesión y el manejo planificado del conjunto de los medios de producción, se haya liberado y haya liberado a todos sus miembros de la servidumbre a que les tienen hoy sujetos esos medios de producción, producidos por ellos mismos, pero que se levantan frente a ellos como una potencia extranjera aplastante... sólo entonces desaparecerá la última potencia extranjera que se refleja aún en la religión, y así desaparecerá el reflejo religioso en sí, por la buena razón de que ya no tendrá nada que reflejar. Por el contrario, el Sr. Dühring no puede esperar que la religión muera de esa muerte natural que le está prometida. El procede de un modo más radical. Es más bismarckiano que Bismarck ; decreta unas leyes de mayo agravadas, no sólo contra el catolicismo, sino contra toda religión en general; lanza sus gendarmes del futuro a perseguir la religión, y así ayuda a ésta a acceder al martirio y a prolongar su vida* » (1).

Los marxistas consideramos pues que la religión morirá de MUERTE NATURAL en la medida, sobre todo, en que desaparezcan las raíces sociales que la engendran y dan vida. Una vez establecido un régimen socialista, el problema de la religión se convierte principalmente en un problema de educación, de cultura. Las ideas religiosas van disipándose en la sociedad socialista en la medida en que se elevan la conciencia y los conocimientos científicos, el nivel cultural de la población. Y es natural que durante ese proceso, necesariamente lento, los hombres que conservan ideas religiosas tienen libertad para practicar su culto, y para defender sus ideas. Como lo ha recalcado recientemente el Presidente de la República Popular de China, Mao Tse-tung, los problemas ideológicos, y por lo tanto los religiosos, desde un punto de vista marxista, no se pueden resolver con medidas administrativas, sino sólo mediante la convicción, la discusión. « *Nosotros no podemos* — dice — *emplear métodos administrativos para liquidar las religiones, no podemos obligar a la gente a no tener creencias, ni a renunciar al idealismo, ni a asimilar el marxismo. Todas las cuestiones de carácter ideológico, todas las cuestiones litigiosas en el seno del pueblo, sólo pueden ser resueltas por métodos democráticos, por métodos de discusión, por métodos de crítica, por métodos de persuasión y educación ; no se pueden resolver por métodos de coerción y de presión* ».

Los marxistas no tememos el libre contraste de nuestra ideología con otras ideologías, incluída la católica. Por el contrario, lo deseamos. Estamos convencidos de que la razón, y el futuro, están de nuestra parte. Pero no puede sorprendernos que católicos de ideas socialmente avanzadas lleguen a pensar que, en una sociedad socialista, en la que la Iglesia haya roto

(1) Edición francesa de « Editions Sociales », pág. 356.

« compromisos non sanctos » (como se dice en el Estudio) y se dedique exclusivamente a sus funciones religiosas, su ideología prosperará mejor que ahora. Cuando España sea socialista, existirá y actuará la Iglesia católica. Se desarrollará en nuestro país, una lucha ideológica, una competencia entre diferentes concepciones del mundo, y concretamente entre las católicas y las marxistas. En esa lucha, en esa competencia, el marxismo afirmará definitivamente su superioridad. Los hechos, la vida, le darán la razón. Y así es cómo triunfará plenamente en la mente de los hombres.

Dice un publicista católico, de ideas avanzadas, dirigiéndose a los marxistas : « *uno a uno os iremos discutiendo los corazones y las voluntades de los trabajadores* ». Bien. No tememos esa discusión. ¡ Luchemos juntos ahora para acabar con una dictadura que impide toda verdadera y libre discusión política e ideológica en España ! ¡ Actuemos de consumo para crear unas condiciones democráticas que permitan el diálogo y el contraste de ideas ! Y en esas condiciones democráticas, como es lógico, las diversas ideologías se esforzarán por ganarse los corazones y las voluntades de los trabajadores.

La unidad de acción hoy entre los marxistas y las nuevas corrientes avanzadas que se manifestan en el catolicismo puede ser una gran ayuda para lograr un amplio entendimiento entre derechas e izquierdas que permita la eliminación pacífica de la dictadura y la devolución al pueblo de las libertades democráticas y del uso de su soberanía. Tal acción común hoy abriría magníficas perspectivas para marchar juntos en futuras etapas del progreso de España.

LA REVOLUCIÓN LIBERAL DE 1820

por Emilio T. Fernández

UN análisis científico de la revolución liberal de 1820 limitado a un simple artículo no puede menos de ser programático. Tiene que ser así porque analizar las causas del fracaso del régimen liberal, que se inicia con la proclamación de la Constitución de 1810 y termina en 1823 ante la intervención extranjera y la insurrección interior, es lo mismo que analizar las causas del fracaso del régimen liberal en 1814 al regresar el rey Fernando VII de Francia y después de la derrota de Napoleón; son las mismas las causas que llevan al fracaso al período liberal de 1836, y al gobierno progresista bajo la Regencia de Espartero de 1840 a 1843. En realidad, las causas del fracaso son las mismas porque se plantean los mismos problemas y se trata de resolverlos con los mismos métodos. Parece como si los hombres de aquella época no aprendieran nada nuevo, y la experiencia histórica careciese de todo valor. Las causas de estos fracasos podrían sin duda prolongarse hasta más adelante, tal vez hasta un período demasiado próximo a nosotros.

Al estudiar esta época, uno de los primeros problemas que se plantean es el de las fuentes. Existen muchos trabajos donde se toma por objeto el análisis del movimiento político de este período; son numerosas las historias, artículos, memorias, recuerdos, etc., pero en su inmensa mayoría están bajo el influjo del formalismo abstracto del liberalismo y la realidad histórica aparece profundamente deformada, y con extraordinaria frecuencia las causas del fracaso son de lo más curioso: para algunos, la causa principal radicó en la división del partido liberal — es decir, de ese conglomerado que se ha llamado partido liberal — en moderados y exaltados, y la lucha que se entabló entre ambas fracciones; para otros, en el sectarismo de las sociedades secretas (masones, comuneros, carbonarios, etc.); para otros — y sin duda ésta es la opinión más curiosa pero bastante extendida, la he encontrado hasta en algún historiador extranjero bastante serio — la causa del fracaso estaba principalmente en el fanatismo, en la ignorancia de las masas « ... la plebe mas ignorante y grosera era absolutista, y la gran mayoría de la aristocracia y las clases instruídas, eran liberales. El despotismo se imponía de abajo arriba, y no de arriba abajo, en la escala social; no eran los poderosos quienes imponían al pueblo las cadenas; era éste, que extraviado por su ignorancia y fanatismo religioso gritaba: **« Cadenas queremos »** (1); ésta es la causa que se alega con más frecuencia para justificarse. No es solamente Fernando Garrido, hombre inteligente y un gran demócrata; sino que es

(1) *F. Garrido, La España Contemporánea, t. I, Barcelona, 1865, p. 228.*

tambien la justificación favorita de Alcalá Galiano, de Quintana, de Andrés Borrego, de Ramón Santillán, etc. Otros hay que consideran la intervención extranjera como la causa fundamental ; muy cerca de esta opinión esta Agustín Argüelles.

Es natural que los escritores liberales — incluyendo los propiamente liberales y los simplemente teñidos de liberalismo — busquen motivos formales para explicar el fracaso de la revolución de 1820. Es una tendencia típica del pensamiento liberal. Característico de la concepción histórica liberal, es tratar de explicar el proceso histórico por los instintos individuales e inmutables del hombre.

En cuanto a los escritores de tendencia retrógrada encuentran las causas de las revoluciones en el sectarismo protestante y en el **filosofismo ;** en la difusión de las ideas nefastas y destructoras de todo orden social ; la explicación más corriente es que las revoluciones son producto de las sectas secretas y del egoísmo humano. Como expresión típica vale este párrafo : « Puede demostrarse de una manera incontestable, que la revolución actual de España, **no ha sido obra de nuestros días, ni provocada por las personas que en el momento de su explosión componían el gobierno,** aun cuando *la negligencia facilitase la ocasión, o algunos errores inexcusables ; ha sido, sí,* un efecto, producido **por causas sumamente remotas,** y precedido por una larga serie de acontecimientos diversos y **una dilatada fermentación de pasiones** (subr. mios) » (1). Este mismo autor continuamente está aludiendo al filosofismo y a las sectas. Existe una cierta coincidencia entre los escritores liberales y los retrógrados : hallar las causas del proceso histórico en los instintos y las ideas. En esta creencia van mucho más lejos los autores retrógrados. El filosofismo, el jansenismo, el regalismo, las ideas enciclopedistas, en general las nefastas ideas traidas de Francia, son las fuerzas terribles que han venido a perturbar nuestra paz y nuestra felicidad ; sin embargo, hecho curioso, si los liberales españoles siguen o adoptan ideas importadas de Francia no son demasiado exclusivistas, pero los escritores retrógrados siguen al pie de la letra y **les conceden** *la misma infalibilidad que al Evangelio,* a los escritos de De Bonald, De Maistre y alguna vez hasta se cita a Burke. En general, se puede afirmar sin temor a equivocarse que el pensamiento retrógrado, absolutista, se ha defendido y ha argumentado contra los liberales siempre sobre la base de autores franceses. Esto es justificable, porque los retrógrados franceses llevaban mucha ventaja a los españoles, de tal manera que les ahorraban a estos la necesidad de pensar.

¿ Se quiere afirmar con ésto que ningún autor de la época se ha dado cuenta de cuales eran las verdaderas causas del fracaso del liberalismo español ? Han sido numerosos los escritores que han comprendido claramente cuales eran esas causas. Puedo asegurar que ninguna de las ideas que yo exponga aquí, acerca de esta cuestión, es nueva. Con más o menos *exactitud las he hallado todas,* o confirmado, en documentos de la **época,** sobre todo en la prensa diaria : editoriales, comunicados, cartas al director etc. Es cierto, que muchos de los historiadores oficiales afirman con la mayor tranquilidad que los acontecimientos es necesario verlos con perspectiva histórica y que todos los escritores o historiadores del siglo XIX deforman los hechos por su partidismo político y además por estar inmersos en el fluir de los acontecimientos históricos que nos transmiten. Naturalmente no habían alcanzado la **olímpica imparcialidad** esteril y anticientifica de los historiadores oficiales del siglo XX. Aquel siglo es profundamente despreciado por los profesores bienavenidos con la nueva situación de maridaje que se inicia con la Restauración y se prolonga hasta ...hoy ; y también hasta hoy continúa siendo una realidad la ignorancia y el desprecio de los « **ciento cincuenta años de incuria liberal** ». *Hace treinta años,* justamente, que un historiador honesto, escribió sobre el siglo XIX : « En cuanto a las generaciones nuevas, las posteriores a 1898 (porque los hombres de esa fecha, tan traida y tan llevada aquí,

---

(1) Fernando VII y la Revolución. Cartas a Arnesto, 4a, Sevilla, 1823.

son de mi misma generación, aunque no sean todos de mis mismos años), esas desconocen en absoluto lo que ocurrió en su patria durante el siglo XIX : parte porque nadie se lo enseña ; parte, porque desprecian a priori aquellos tiempos, sin creer demasiado en los futuros ». (1)

La naturaleza de nuestra historiografía del siglo XIX es muy particular y merece la pena detenerse un momento en sus contradicciones fundamentales. Es necesario tener presente la dependencia que la historia mantiene frente a la ideología dominante de una época ; es decir, la historia — en cuanto dirigida a las generaciones futuras — está siempre penetrada por una tendencia justificadora ; por un afán de ligar la situación presente de la clase dominante con el pasado histórico del país. Esta es una de las características fundamentales de toda historiografía. Naturalmente la historiografía de nuestro siglo XIX se resiente y acusa las especiales condiciones histórico-sociales que la producen y la hacen necesaria.

Lu lucha que tiene lugar en toda Europa entre la burguesia — en cuanto fuerza ascendente — y la aristocrácia feudal, ha terminado ya por el triunfo de una clase o la otra, dependiendo siempre del desarrollo de las fuerzas productivas y de la forma de producción predominante. En nuestro país la forma de producción predominante es la agrícola, lu industra se encuentra en su fase típicamente artesanal ; aunque ya se había iniciado el desarrollo industrial en Cataluña, todavía pesaba muy poco el volumen global de los productos manufacturados frente al valor total de los productos agrícolas. Esta situación ha dado lugar a que nuestro liberalismo poseyera unas características muy peculiares. Nuestros liberales proceden, ya sea de los campesinos acomodados — esa capa que comienza a surgir en la segunda mitad del siglo XVIII, después de la revalorización de los productos agrícolas, de la anulación de las tasas del pan, de la introducción en la zona norte y noroeste de nuevas plantas productoras — y de la misma nobleza latifundista, por una parte ; de la capa mercantilista, especialmente del norte y de Cadiz, por otra. Pero el rasgo dominante de nuestros liberales es su íntima conexión con la actividad comercial. Esta actividad comercial — téngase en cuenta que la mayoria de los comerciantes de Cadiz proceden de la región norte y noroeste y en último origen de la clase noble, que al dedicarse al comercio dejaban de lado momentáneamente sus títulos — es la que más poderosamente ha influido en su ideología, y toda la actividad política se resiente de esta **desconexión** con la producción, y su relacionarse, de una manera más inmediata, con el consumo. El liberalismo español no ha estado ligado a las clases eminentemente productoras : a la producción agrícola o a la industrial. Aquí radica la extraordinaria debilidad del liberalismo y su enorme falta de comprensión de los grandes problemas nacionales. Esta debilidad le llevó a aliarse con sus verdaderos enemigos y a un conciliacionismo híbrido que va a caracterizar toda la política a partir de 1840.

De esta manera toda la historiografia llamada a justificar las diferentes, pero muy semejantes situaciones producidas a partir de 1840, se haya tarada por esa contradicción básica : es un hecho que todos los autores, en mayor o menor grado, están penetrados por la ideología liberal como por el **espíritu del siglo.** Todo hombre que se preciara y que quisiera pasar por inteligente habría de creer en el **progreso** o en algunas de las formas básicas de la ideologió liberal, éste era el matiz especial de todo hombre ilustrado ; debería de ser un poco racionalista, un poco escéptico, bastante conciliador y detestar el fanatismo y lo vulgar ; etc. Los radicalismos quedaban muy atrás, la Guerra de Independencia, la primera época ominosa de Fernando VII, algunos aspectos del trienio liberal, y la « década sangrienta » de 1823 a 1833. Ahora los espiritus elegantes — también los menos elegantes — eran conciliadores, comprensivos ; estaban por encima de los partidos (1843). Si algunos de

---

(1) Rafael Altamira, Obras Completas, Serie Histórica, t. II, 59-60.

estos espíritus elegantes había sido radical en su juventud, atraído e impulsado por el ambiente de la época (Alcalá Galiano, por ejemplo) procuraba por todos los medios desvanecer los rasgos demasiado acusados de su radicalismo. Si la burguesía, en cuanto clase, hubiese triunfado sobre su enemigo natural, la vieja clase dominante, la nobleza feudal y su aliado la Iglesia, la historiografía de este período tendría como finalidad fundamental justificar la nueva situación; no se propondría obscurecer y desdibujar los rasgos radicales y violentos, sino justificar el camino que le había llevado al poder y demostrar que la lucha había sido necesaria y que en la esencia del hombre estaba el que se hubiera llevado a cabo, etc., etc. Pero como la burguesía terminó pactando con la nobleza feudal para repartirse el botín y disfrutarlo pacíficamente — el botín no era pequeño; los bienes realengos, los comunes, los de propios, los bienes de la Iglesia y otras prebendas — el reflejo de esta acción en la mente de los historiadores consistió en desvanecer el antagonismo entre estas dos clases, y elevar las contradicciones a un plano donde se anulasen las oposiciones y se conciliaran de una manera abstracta. Negación que aparecía cubierta por un tupido y espléndido follaje de palabras retóricas e hinchadas, imágenes espléndidas sin contenido concreto.

Basta con observar en los distintos períodos el tratamiento de un tema básico: la Guerra de Independencia. En su tiempo había sido tanto una guerra contra el conquistador extranjero, como una revolución interior; el aspecto revolución, renovación, se destacaba casi por encima del aspecto guerra de independencia; pero, lentamente este aspecto de renovación, de revolución, va a ir atenuandose hasta casi desaparecer. El Conde de Toreno, ese gran transaccionista y especulador, titula su historia « *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España* », pero esto es anterior al contubernio con que termina la guerra civil de 1833 a 1840. El aspecto de Guerra de Independencia se presta para materia de discursos elocuentes, grandilocuentes, en torno al León español, en el que nadie crée, en la unanimidad de todas las clases de la nación frente al Coloso de todos los tiempos, etc., etc. Era un aspecto que sentían una gran complacencia en recalcar: la **unanimidad,** la colaboración en la lucha contra el enemigo común. Naturalmente unanimidad que de hecho no ha existido; pero ofrecía una ocasión magnífica para hacerse creer a si mismos que ese conciliacionismo a que habían llegado la burguesía y la nobleza latifundista tenía raíces muy profundas; e ilusionar a las masas con una cooperación patriarcal de las clases más elevadas con las más bajas.

Toda la historiografía posterior a 1840 ha de ser considerada bajo este condicionamiento básico antes de ser utilizada cientificamente para comprender los tres períodos básicos de nuestra revolución burguesa en la primera mitad del siglo XIX: la Guerra de Independencia y Revolución de 1808-1814, el Trienio liberal de 1820-1823, y la Guerra Civil de 1833-1840.

Quienquiera que vaya a consultar los documentos de la época, de uno de esos tres momentos, se encontrará con una luz completamente nueva para apreciar los hechos. Los periódicos, las proclamas, los folletos, la inmensa riqueza de los Diarios de Sesiones de Cortes, donde se discutían cuestiones fundamentales que se quedaban, naturalmente, en el papel, pero que los hombres venidos de cualquier punto de España enfocaban con solidez y seria honestidad, todo esto, nos ofrece una imagen de nuestro pueblo absolutamente nueva; una imagen que nos lo hace comprender y amar, que nos obliga a reconciliarnos con nuestro pasado; porque vemos con que honradez y desprendimiento luchaban. Nos hace ver que nuestro pueblo se quedó un poco al margen de la historia pero después de una dura lucha; después de haber derrochado mucho heroismo y mucha sangre.

Tampoco se puede negar que determinados individualidades aisladas no hubieran comprendido tan claramente, quizás mucho más, que podemos hacerlo nosotros ahora, el proceso histórico que se estaba realizando en sus propias vidas. Véase sino los

trabajos de Martínez Marina, de Flórez Estrada, de Ramón Salas, de Romero Alpuente. Los escritos de batalla del mismo Alcalá Galiano, no los muy posteriores (Recuerdos de un Anciano, las Memorias, etc.) ; los de Pedro Urquinaona, y en general cualquier trabajo de Manuel Marliani, quizás el más agudo y exacto historiador de aquellos tiempos, a pesar de los defectos y errores que pueda tener. Estupendos análisis sobre la apropiación de los bienes nacionales se hallan dispersos por toda la obra de un prolífico escritor de matiz moderado, casi diría reaccionario, como Andrés Borrego, o Fermín Caballero ; muy interesantes son los folletos publicados por los defensores del proteccionismo, particularmente los del primer propagandista serio, Juan Güell y Ferrer.

Pero sin disputa alguna la fuente más rica es la prensa diaria y las discusiones del Congreso ; los Diarios de Sesiones. Es aquí donde se halla la vida palpitante del país.

Una última característica, a tener en cuenta, es la tendencia a sobrevalorar la historiografía liberal o los escritos de escritores de ideología política liberal. Esto es peligroso. Es frecuente tropezar con liberales poseídos de un dogmatismo inconsciente y de un esquematismo teórico que deforman todo y que resultan realmente reaccionarios, cuya ideología y actividad política ha sido profundamente nociva para el país.

Es necesario tener muy presente la mentalidad de consumidor típica del liberal español, producto de su conexión con la actividad mercantil. Este liberalismo abstracto está estrechamente ligado al fracaso de nuestra industrialización en la segunda mitad del siglo XIX, en la fase de nuestro equipamiento ferroviario. Son, precisamente, del momento de la zarabanda de las concesiones de ferrocarriles, inmediatamente después de la revuelta de 1854, estas frases de Güell y Ferrer : ... « Lo hemos dicho mil veces, es para España una calamidad que Madrid sea un pueblo improductor, compuesto en su gran mayoría de gente que vive del presupuesto y de otros que lo pretenden, de los cuales muchos creen que los sueldos bajan del cielo y no provienen de la clase productora, del trabajo nacional : de aquí la facilidad que han tenido nuestros adversarios (los libre-cambistas) de crear en la Corte una opinión muy generalizada contra la industria, haciendo creer que las importaciones extranjeras son el maná de donde unicamente hemos de esperar nuestra felicidad en todos sentidos » (1). Estas palabras no pueden ser más tajantes y en gran medida exactas.

Conquista del poder y revolución

Entre las muchas contradicciones en que cae el liberalismo está la de confundir la toma del poder con la revolución. Ha sido muy comentada y elevada a la categoría de axioma clarísimo la frase pronunciada por uno de los secretarios de despacho en las discusiones a que dió lugar la propuesta del diputado Alvarez Guerra para reglamentar el funcionamiento de las Sociedades Patrióticas. Dijo « aquel sabio ministro » : « Porque si los medios que se han adoptado para establecer el sistema constitucional, les ha justificado el objeto, y han sido muy conducentes para conseguirlo ; el usar de estos mismos medios para conservarlo, sería destruir irremediablemente el mismo sistema » (2). Pocos días despues « EL UNIVERSAL », periódico gubernamental, ministeral, se extasiaba ante esta perla teórica y la glosaba en un largo artículo :

---

(1) J. Güell y Ferrer, Opúsculo sobrereformas arancelarias, Barcelona 1856, 26-27.

(2) Sesiones de Cortes, Universal, 5 Setiembre de 1820.

« Los medios para conservar la libertad no son los mismos que los que se emplean para recobrarla cuando está perdida... Los gobiernos no se conservan por los mismos medios que se destruyen ». (1)

Una vez que el Rey y otras muchas autoridades hubieron jurado la constitución los liberales se dieron ya por satisfechos, y tan optimistas eran, que creyeron que los absolutistas de ayer se habían convertido por obra de un juramento en constitucionales puros. Estaban convencidos que ya sólo restaba dar leyes para hacer la felicidad de la Nación desde las Cortes. La Revolución no la haría el pueblo; no, la harían los ministros y los diputados a golpe de decreto. Naturalmente, sería una revolución ordenadita, sin perturbaciones ni exageraciones. Una Revolución que como decía bastantes años despues Marliani : « Si uso la palabra **revolución** al tratar de los acontecimientos de que he de ocuparme, es porque aquel vocablo se admite en el lenguaje usual siempre que se trata de sacudimientos más o menos graves de un país; pero estoy muy lejos de creer que los acontecimientos de que ha sido teatro la Peninsula tengan carácter de una verdadera revolución. No han sido más que luchas políticas entre cierto número de personas ». (2)

La conquista del poder no es la revolución; es su primera batalla y no la más difícil. Esta confusión la hemos padecido con mucha frecuencia en España. No es propia solamente de la revolución de 1820. Cuando en nuestro país estalla una revolución es que las cosas van ya muy mal y que el equipo gobernante anterior había cometido muchísimos desaciertos; hasta tal punto que, como ocurrió en el período que va de 1814 a 1820, era tan grande el desorden que las mismas clases dominantes tenían interes en el cambio. Esta situación las debilita para ofrecer resistencia a la primera fase de la revolución, la toma del poder. La verdadera resistencia comienza cuando desde el poder la nueva clase intenta cercenar los privilegios de las clases anteriormente dominantes. Si la toma del poder fuera algo más que el simple relevo de un equipo ministerial, provincial, etc., si la toma del poder fuera acompañada por un ataque a fondo de la masa del pueblo contra los privilegios de las clases dominantes, en este caso estas no tendrían otra solución que defenderse con todos sus fuerzas. Pero, si se analiza lo sucedido en 1820, 1868,... 1931, se verá que las clases dominantes han adormecido a la clase que tomaba el poder. Ha habido un momento de confusión, todos somos unos, **vamos a marchar, y yo el primero, por la senda constitucional;** la lucha ya vendrá después. La clase en el poder, dueña tan facilmente del poder, no ve enfrente resistencia ninguna, ¿ para qué va a armarse ni reagrupar sus fuerzas ? Ahora se trata de realizar la felicidad que se había prometido. Pasados los primeros momentos de euforia, que serían los más apropiados para destruir la resistencia de las clases enemigas, sobreviene una etapa de cansancio, de abandono por parte de la clase que toma el poder. Esta falta de vigilancia, esta confianza es aprovechada, certeramente, por la clase reaccionaria y da comienzo a la labor de zapa de los logros de la revolución iniciada.

Esta labor de zapa es reforzada y facilitada por los desaciertos iniciales del poder revolucionario y por el descontento procedente de la etapa anterior pero que ahora es encauzado contra el gobierno instaurado por la revolución. Esto aparece clarísimamente realizado en las primeras etapas de la revolución de 1820. Pasaron pocos meses después de que los liberales se instalaron en el poder, cuando las viejas clases dominantes empezaron a minar el terreno a la clase revolucionaria; primero, separan a las masas campesinas y hasta las urbanas, en algunas ciudades, de su base — obsérvese como los liberales señalan la indiferencia, con frecuencia la hostilidad de

---

(1) Ver El Universal, 13 de Setiembre de 1820.

(2) Manuel Marliani, La Regencia de Espartero, Madrid 1870, 22. (Esta obra fué escrita en el exilio hacia 1848.)

las clases bajas, de la **plebe** — en segundo lugar, tratan de anular los instrumentos más activos de la revolución : el Ejército de la Isla, el Ejército de Riego ; y las Sociedades Patrióticas, instrumento fundamental para la plena realización de la revolución ; tercero : descrédito de todos los hombres verdaderamente peligrosos y que más se habían destacado en los primeros momentos de la revolución, y que eran considerados como sus dirigentes incondicionales. En diciembre de 1821 se escribe en el « **Eco de Padilla** » : « No se ha hecho todavía la revolución, y añadimos que interim no se haga, se renovarán periódicamente las mismas oscilaciones, las mismas inquietudes que en el día se agitan... y digasenos francamente si la revolución verdadera consiste en las instituciones : en cuyo caso no hay más que hablar, porque en promulgando una ley sapientísima en un pueblo, basta para la felicidad de éste, aunque nadie piense en ejecutar la ley promulgada... » (1). Poco despues en otro periódico, continuación del anterior, aludiendo a las maquinaciones e intrigas centradas en la misma Corte dice : « ... han impedido que la revolución española camine a su objeto, esto es, a la estabilidad del sistema representativo, haciendo que en vez de consolidarse, vaya perdiendo insensiblemente en crédito y en concepto ». (2)

Pero la prueba más palpable de la eficacia de la nobleza y de la iglesia en su labor de separar la masa del pueblo de los liberales, está en la facilidad con que los absolutistas, sobre todo los clérigos, pudieron movilizar a los campesinos en diversas regiones en sus partidas, algunas desde los primeros meses de gobierno liberal, aunque la lucha seria y con impulso ascendente no comienza hasta mayo, aproximadamente, de 1822, lucha que habría de coincidir con la sublevación de la Guardia Real el 30 de Junio del mismo año. La pequeña burguesía y los liberales madrileños pudieron vencer con heroismo, el memorable 7 de Julio, a la Guardia Real sublevada, pero los campesinos insurrectos contra el gobierno de Madrid, en Cataluña, Navarra y algunos núcleos en las montañas del Sur, continuaron su lucha hasta que la intervención francesa, en nombre de la Santa Alianza, acabó con el gobierno liberal.

Contradicciones fundamentales del liberalismo en 1820

EL FETICHISMO MONÁRQUICO. — Es incomprensible el respeto de los liberales hacia la monarquía, y mucho más incomprensible aún, es el respeto hacia Fernando VII a quien, sin ninguna clase de duda, deberían de considerar como un enemigo irreconciliable. Parece qué toda la labor de los agentes de Napoleón para desacreditar y poner en ridículo a Carlos IV y a su hijo con sus intrigas, sus humillaciones, sus traiciones, su falta de pudor, había sido inútil. Es asombroso que hombres que estaban perfectamente al corriente de la miserable conducta del rey cuando era príncipe, durante la Guerra de Independencia y sobre todo después de su regreso de Valencay, no tuvieran ni siquiera la intención de cambiar la corona. He buscado con verdadero interés alusiones claras o expresiones de esta necesidad y no he podido hallarlas, aunque estoy seguro que esta necesidad ha tenido que hacerse patente.

Los dirigentes liberales estaban completamente seguros que desde el primer momento el Rey estaba intrigando para derribar la Constitución, y que era el centro de todas las intrigas. Además aprovechaba todas las circunstancias para desacreditar a los ministros confiando en su impunidad, en su irresponsabilidad. Son bien conocidas las burlas de que ha hecho objeto a los ministros. La primera gran contradicción que ya

---

(1) 18 de diciembre, 1821.
(2) El Independiente, 21 de enero 1822.

veía Marliani era la de que hombres que habían sido personalmente condenados por el monarca pasaran de la carcel a ser sus ministros. El monarca fué en aquella etapa para los liberales el animal sagrado.

No se puede argumentar que el pueblo, la masa campesina, estaba por el rey, si los campesinos fueran liberados de todas las servidumbres que pesaban sobre ellos no sentirían excesivamente la mística pérdida de aquel rey que sólo conocían de oídas en los sermones. Los liberales no arrojaron al monarca del trono porque no entraba en sus cálculos ; porque no querían ir muy lejos, porque, precisamente, tenían mucho miedo a ir demasiado lejos.

Querían simplemente cambiar la camarilla por los secretarios de despacho y hacer ostentación de su vanidad retórica en las Cortes. Pero no les interesaba realizar cambios trascendentales. Les asustaba demasiado **el ejemplo de Francia ;** eran demasiado prudentes, quisieron escarmentar en cabeza ajena y... esto en política es peligroso. Véanse en comprobación de esto los discursos y los escritos de la llamada fracción moderada que fué la que realmente disfrutó del poder y de los altos cargos durante el Trienio. Este párrafo del gran agiotista el Conde de Toreno, es significativo de la prudencio moderada : « ... se nota una fermentación en los ánimos, que no se sabe a que atribuirla ; ¿ qué infracciones de Constitución, qué atentados, qué injusticias se cometen por el Gobierno ni por los principales funcionarios que la ocasionen ? ¿ Qué diría ahora un extraniero que entrando ahora en Madrid advirtiera esta penosa situación en los ánimos ? Diría con un antiguo : aquí esta en duda la libertad. La nación es juiciosa y sensata pero se la quiere precipitar (no hacia el absolutismo, se refiere a los que quieren ir hacia adelante). Tiene una Constitución y un Gobierno libre pero no hay todavía espíritu público, hay poca instrucción, y es menester quitar todos los motivos que puedan extraviar la opinión. Siguió el orador comprobando sus reflexiones con el ejemplo de las desgracias ocurridas en nuestros tiempos en una nación vecina cuya revolución fue dirigida en su principio por hombres grandes en todo género y de exceso en exceso degeneró en una horrible anarquía, y dió finalmente ocasión al despostimo más cruel ». Naturalmente era necesario quitar todos los motivos que pudieran extraviar la opinión, justamente se trataba de quitar uno importante : la existencia de las Sociedades Patrióticas.

La permanencia, la continuidad de Fernando VII en el trono constituía la primera contradicción fundamental ; porque esta permanencia llevaba consigo la permanencia de otras personalidades e instituciones que eran antagónicas con la revolución liberal. El respeto a unas y otras instituciones hicieron abortar la revolución y convertirla en simple relevo de la camarilla por el equipo ministerial.

En cuanto al **ejemplo de Francia,** tan explotado por los liberales de orden, los moderados, fué muy nefasto. La relación de los horrores cometidos en Francia por las turbas, asustaba a muchísimos timoratos muy predispuestos a asustarse.

La adhesión de las masas a la corona, al monarca, es explicable. Es bien conocido que la población española era fundamentalmente agrícola y que vivía en el campo ; es bien conocido el « **feliz** » atraso en que se mantenía a ésta clase. El único medio de difusión en esta sociedad lo constituía el cura párroco y los frailes que eran llamados de cuando en cuando a predicar. El sermón, la propaganda desde el púlpito, era el único medio de formar la opinión de las grandes masas. Como se formaba la opinión es bien conocido. Cabrerizo habla en sus memorias de como los curas de los pueblos de Valencia en sus sermones decían que los liberales eran todos judios y herejes proponiéndose quitarles la religión. Er Orihuela también se acusaba a principios de 1822 de judios a los liberales (1). Por esta causa les fué sumamente fácil

---

(1) Ver El Independiente, 6 de enero de 1822.

a los enemigos del régimen indisponer a las clases campesinas con los liberales. Para éste trabajo contaron, naturalmente, con la colaboración inconsciente de los liberales, que no hicieron otra cosa que adoptar medidas legales y abstractas en favor de la clase más explotada y numerosa. Otro aspecto de la colaboración de los liberales se relaciona con la exaltación y la propaganda hecha a favor del rey durante la Guerra de Independencia y aún ahora después de haber jurado la Constitución. La exaltación mística del rey durante el tiempo que estuvo prisionero la creyeron necesaria los liberales para movilizar a la **plebe ignorante**, ya que carecía de todo sentimiento de patria o de nacionalidad. Estos dos términos y los sentimientos por ellos designados son creaciones del liberalismo para simbolizar de una manera abstracta el nuevo sentimiento de la unidad nacional surgida durante la segunda mitad del siglo XVIII y que culmina en la Guerra de Independencia (1) Estas palabras pasan de los libros al lenguaje cotidiano y toman formas en la tan conocida frase « Viva el Rey Fernando, la Patria, y la Religión » ; (2) nacional y nación (3) comienza a aparecer para calificar el ejército y al Gobierno, pero ambos terminos eran muy poco agradables al rey, a la nobleza y al clero.

EL ESPANTAJO DE LA ANARQUÍA Y LOS EXALTADOS. — El temor a la anarquía, el temor a que la revolución fuera demasiado lejos fué la perenne obsesión de los gobiernos que se sucedieron durante el Trienio liberal. Pocos son los escritores que tratando de esta época no hablen de la debilidad y de la inconsecuencia del gobierno que consumió sus energias en perseguir a la « facción exaltada » con gran *alegría de los verdaderos facciosos. Un magnifico análisis de esta incongruencia de* los gobiernos liberales, comparándola con la actitud de los gobiernos liberales de la Guerra Civil, 1833-1840, se encuentra en los Artículos publicados por Joaquin Maria López en el « Eco del Comercio » : « Al examinar la historia de nuestra administración del 20 al 23 facilmente se descubren los principales caracteres que nos revelan el espíritu que la dirigía. Estos eran :

1. Lenidad suma con los enemigos de las instituciones.

2. Constante tendencia a adormecer y a sofocar el espíritu público.

3. Impolítica restricción e injustas prevenciones contra el espíritu de libertad.

4. Credulidad ciega respecto al Gobierno francés » (4).

Los periódicos ministeriales « El Censor », « El Universal », « El Imparcial », etc., no abandonan ni por un momento el « espantajo de la anarquia » y el desorden.

« Empezar una revolución es fácil : detenerla donde conviene no es empresa con que se sale siempre que se quiere. Ninguna puede empezar bajo mejores auspicios que la francesa : la nación parecía hallarse suficientemente ilustrada : no es fácil reunir hombres de tanto saber como los que al principio la dirigían ; y sin embargo cuando quisieron era ya tarde para detenerla, sólo conocieron que habían soltado con sus proprias manos las fieras que iban a devorarlos cuando ya no podían escaparse de sus garras ».

« Es pues el primer deber de los gobiernos que los pueblos establecen a consecuencia de una revolución, impedir que pase más allá de lo que exige la necesidad

---

(1) Carmelo Viñas, « Prólogo » a La Sociedad española en el siglo XVIII del prof. A. Dominguez Ortiz, Madrid, 1955.

(2) Ver Alcalá Galiano, « Indole de la revolución en España », « Revista de Madrid », III, (1838), 202; Obras Completas, t. II, BAE, 319.

(3) Ver Alcalá Galiano, Ob. cit., t. II, 25.

(4) 18 de abril de 1839 ; ver también los días 19 y 20.

que la ocasionó, conformándose con la voluntad general, único juez competente en materias de conveniencia pública. Pero dondequiera que se fije el término de una revolución, nunca podrá ser al gusto de todos, porque es imposible que la ambición de todos haya quedado satisfecha con la mudanza. Los contentos desearan que cese, y los descontentos trabajarán porque continúe, y entonces es cuando los gobiernos deben desplegar toda su fuerza para contener el torrente, cuyos diques habia destruído la necesidad. La debilidad en estos casos es un crimen, y perecer resistiendo es el deber de todos aquellos en cuyas manos está depositado la fuerza pública » (1).

Aquí está expresado con toda claridad cual va a ser la trayectoria seguida por el gobierno liberal del trienio; y esto no sólo por lo que se refiere a los gobiernos tildados de « anilleros », « pasteleros » conciliadores, sino también del gobierno surgido después de la victoria del pueblo de Madrid del 7 de Julio. La prensa más « exaltada » convertirá en blanco de sus ataques al Gobierno de Evaristo San Miguel que pasaba por ser más radical. Serían infinitas las citas que podrían traerse en apoyo de éste argumento. Quintana en su magnífico y claro, a la vez que profundo, análisis de los acontecimientos de ésta época, dice : « Otra desventaja del Ministerio en ésta contienda (se refiere a la sublevación de la Guardia Real el 7 de Julio) era la poca energía que se le notaba en contener y castigar las tentativas de los conspiradores. Si al tiempo que se deponía a Riego y se circulaba la instrucción sobre elecciones se hubieran visto demostraciones de vigor y de justicia contra los enemigos de la libertad no se habría dado ocasión a aquellas recriminaciones de servilismo que por todas partes se les hacían » ... « Los ministros no veían ni temían más peligros que los que podían venir de los desordenes y pasiones evtraviadas de la opinión liberal » (2). « Se persiguió a los fieles y se quiso contemporizar con los que no podian serlo, y que miraban como un efecto de debilidad, lo que nuestros reprensentantes creían el ultimatum de la política. » (3) « Y digo ésto para que todo el mundo sepa que no son los liberales los que quitan la libertad a los jueces. Yo no he visto que se haya castigado a los serviles ; pero a los liberales se les echa toda la ley... Es también indudable el empeño que se ha tomado en perseguir a los que se ha bautizado con el nombre de « exaltados » en contraposición de los que se han enmascarado de **constitucionales moderados**, porque no hay quien no se averguence de ser servil. Pero ¿ quiénes son los exaltados ? Son los que tienen fuerza y energía para resistir la arbitrariedad, los que se declararon franca y terminantemente el año 20 ; ... No hay en España temor a la anarquía, ni de que se levante un dictador; épocas ha habido muy a propósito para todo y no lo ha consentido la sensatez del pueblo español ». (4) « ¿ En qué tiempo propone el gobierno leyes coercitivas de los preciosos derechos ? Cuando propiamente hablando no hay gobierno ; cuando su voz se desatiende en tantas provincias ; cuando el órgano de las comunicaciones entre el trono y los representantes de la nación es un cuerpo monstruoso compuesto de ministros desacreditados y de oficiales mayores desconocidos, incapaces los primeros por la nulidad de sus talentos de ponerse a la altura de las cosas... era de esperar que se pusiese un término a esta lucha temeraria que se ha entablado entre la masa de sus intereses, y los intereses de un pequeñísimo número de personas... Los que conocen los hombres que llenan los empleos en España, saben que nos hay exageración alguna en nuestros recelos, y que, montados como están los juzgados de primera instancia y gobernadas las provincias por Meredas y San Martinez, todo se debe temer... » (5). « Había entonces Gobierno que apenas

---

(1) Ver El Universal, 13 de Setiembre de 1820.

(2) Quintana, « Cartas a Lord Holland ». Obras Completas, BAE, 559 y 561.

(3) Espectador, 7 Agosto de 1822.

(4) El Diputado Ochoa en la Sesión de Cortes del 15 diciembre de 1822, Eco de Padilla, 16 diciembre 1822.

(5) Ver El Independiente, 25 de Enero 1822.

tenemos en la actualidad; habría orden, las realistas se intimidarían; ... y que se forme un sano criterio de opinión pública que permita al gobierno proponer y hacer *lo que en la actualidad no se atreve a pensar siquiera, sintiéndose débil y sin medios* para hacerse obedecer ». (1)

La acusación de anarquista que en el lenguaje de alguna prensa — la ministerial — equivalía al epiteto de exaltado, servía de anatema paralizador, como en nuestros tiempos se utiliza la amenaza comunista en algunos países. Cuando se quería anular a algún orador en el Congreso y desprestigiar a algún periodista resultaba un expediente fácil acusarle simplemente de anarquista y hasta republicano, que también esta palabra sirvió de espantajo. Y es frecuente, en la prensa más *radical burlarse del miedo de algunos políticos a la república, señalando acertada*mente que en España no existían condiciones para esa forma de gobierno. Pero todos estos espantajos eran eficaces, servían para atemorizar, los timoratos e indecisos y de esta manera justificar medidas de represión; subterfugio a que acudieron con demasiada frecuencia los llamados moderados.

ÉXTASIS LEGALISTA. — « Entre un partido que en nombre del poder real todo lo cree permitido, y un partido que encastillado en vagas teorías nada sabe *practicar de cuanto puede y debe asegurar su existencia, claro es que la victoria* debe quedar por el que vive con las condiciones lógicas de sus principios » (2). Esto escribía Marliani en 1848 cuando ya había tenido ocasión de presenciar muchos fracasos. Y, efectivamente, el legalismo ha sido uno de los errores más graves de nuestros liberales, tanto de los llamados moderados, como de los progresistas o exaltados. Esta característica aparece ya en las Cortes de Cádiz, cuando se lanzan ingenuamente a legislar con la seguridad de que promulgando leyes **sabias** y justas, se echarían definitivamente las bases para la felicidad de los españoles. ¿Quién podría dejar de obedecer tales leyes? Pronto hubieran salido de su error si no tuvieran una fé ciega en los principios teóricos. Muchas y justas leyes fueron elaboradas y promulgadas en el primer período constitucional, pero nada quedó de ellas después del regreso de Fernando VII; de hecho, ni aún antes del regreso del rey habían sido obedecidas. Magníficos discursos se pronunciaron en la discusión de la reversión a la corona (a la Nación) de los Señoríos; la ley consiguiente fué aprobada con una gran mayoría. ¿Cuáles fueron los resultados positivos, ni cuando se cumplió? Tres problemas ocupan de preferencia a los que escriben sobre este tema: exceso de leyes, absoluta inobservancia de ellas, la más completa bancarrota de la administración.

*No sólo se critica el exceso de leyes, sino que se acusa lo inapropiado e inopor*tuno de esa multitud de leyes. « De aquí nace sin duda la poca fortuna que tuvieron *los decretos más importantes que dieron aquellas Cortes unos por falta de oportuni*dad, otros por falta de temperamento. Díjose, por ejemplo, que el decreto sobre los *afrancesados era prematuro*, el de regulares equivocado, el de las sociedades patrióticas insuficiente, el de los señoríos injusto; no pareció bien calculada la supresión del medio diezmo, ni atinado la aplicación del jurado a la libertad de imprenta, ni realizable el reglamento sobre instrucción póblica, sobradamente magnífico y ambicioso ». (3)

El exceso de leyes y su frecuentes inoportunidad ha sido una calamidad que nos viene a los españoles de muy atrás y *que desgraciadamente aún se continúa hoy.* Cualquier observador podrá comprobar esta abundancia legalista haciendo una excur-

---

(1) A. Borrego, La España del siglo XIX, 8a conferencia, 61.
(2) M. Marliani, La Regencia de Espartero, Madrid 1870, 85.
(3) Quintana, « Cartas a Lord Holland », Obras Completas, BAE, 560.

sión por los diferentes órganos de publicación de las leyes. Y se sorprenderá de ver decretos derogando otros que no habían llegado a tener un mes de vigencia, y ésto sin cambiar, naturalmente, de ministros, porque cuando combian entonces... pueden ser dias u horas. De esta zarabanda de leyes y decretos nace la inobservancia, la falta de respeto; la ley carece de esa solemnidad que adquiere en otros países, donde, regularmente, la ley promulgada viene a sancionar una costumbre o una necesidad muy acusada, es decir, que la ley surge cuando existen las condiciones necesarias para su cumplimiento, para que la inmensa mayoría de los ciudadanos puedan cumplirla sin esfuerzo. Pero estas leyes exigen un gran estudio para su elaboración y un gran respeto para los intereses de la mayoría, y ésto ne se ha dado entre nosotros.

Son curiosas nuestras contradicciones en este terreno. Durante toda la baja Edad Media el esfuerzo de nuestras ciudades municipales, la gran aspiración de todos los comunes castellanos, era el establecimiento de leyes observadas por todos; que se extendiesen a toda Castilla. Los cuadernos de Cortes son muy explícitos a éste respecto; y era muy frecuente que las ciudades encargasen a sus procuradores entablasen conversaciones unos con otros antes de las reuniones para proponer las mismas medidas. Esta tendencia centralista será deformada cuando la poderosa energía, creada por la democracia castellana, sea utilizada de una manera imperialista en beneficio de una dinastía y de una clase parasitaria, para sojuzgar, no solo otras regiones peninsulares, sino territorios enteramente extraños. Aún ciñéndose a los territorios propiamente peninsulares, la acumulación legislativa dió lugar a un cuerpo monstruoso y completamente carente de unidad. La unidad nacional con anterioridad al siglo XVIII fué una unidad de tipo completamente feudal. Castilla era el único estado unificado, donde el Estedo había progresado rápidamente, y habia logrado la madurez de un estado moderno, pero las regiones forales conservaban todos las características medievales (Navarra, las Provincias Vascongados, Aragón, con Valencia, Cataluña y Baleares) (1).

Los Cortes de Cádiz, y después las Cortes del trienio, que siguieron en todo sus huellas, intentaron crear un cuerpo legal enteramente nuevo y válido para todo el ámbito nacional; intentaron reducir el caos que venia arrastrándose desde la Edad Media, a un todo orgánico y racional. Los hombres que intentaban realizar esta obra estaban naturalmente animados de los mejores deseos, pero la realidad no podía adecuarse a sus deseos. Su mentalidad mercantilista, racionalista, formada normalmente bajo la influencia de autores extranjeros, franceses con preferencia, los convertia en verdaderos extraños dentro de su propio país. El desconocimiento de las condiciones reales de su país era extraordinario.

Como era natural, unas leyes elaboradas en el más completo desconocimiento de la realidad social que debían regularizar, y proclamadas por un gobierno central, lejano y abstracto, fueron enteramente inútiles e inobservadas. La autoridad del gobierno de Madrid estaba lejos y era débil, pero la autoridad de las oligarquías provinciales y de los pueblos estaba cerca y era efectivo; y esto sin tener en cuenta que la mayoría de los pueblos y villas eran de señorío, y las leyes aboliendo los señoríos (ley del 6 de agosto de 1811 renovada por la ley de 3 de mayo de 1823) carecieron de toda efectividad: « Claro está que la transcendencia de esta ley era más teórica que práctica, puesto que los señores continuaban en la propiedad territorial de los pueblos de señorío.

« De nada servía en la práctica liberar en el texto de la ley a los vecinos de la dependencia jurisdiccional y gubernativa de aquellos, si como jornaleros y colonos

---

(1) C. Viñas, « Prólogo » a la Sociedad Española del siglo XVIII, del Prof. Dominguez Ortiz, ya citada.

de sus tierras ex-señoriales continuaban bajo su férula, máxime cuando la designación para los cargos de justicia y gobierno local de hecho seguía — y ha seguido haciéndose mucho después — a voluntad y elección del Señor » (1).

En cuanto al exceso de leyes, las críticas de la época son muy duras : « Esas trescientas órdenes diarias ¿ son más que trescientos **pedazos de papel más o menos bien** escritos, **más o menos** acertadamente pensados, pero a cual más **inútil**, a cual más **ilusorio**, a cual más **inoportuno** ? ¿ Qué resulta de esa prodigalidad de papel sino desorden, confusion y descredito ? ¡ Con **trescientas órdenes diarias** el ministerio **no ha podido hacer el menor bien a la Nación** ! ¡ No ha podido ejecutar las leyes sancionadas por las Cortes ! ¡ no ha podido hacer marchar uno de los muchos ramos que le están encargados ! La estéril abundancia, la infructífera fecundidad de esas tenebrosas oficinas, ¿ bastan a disculpar sus desaciertos o son más bien nuevos cargos a que no encontrarían respuesta los mismos ministros ? » (2). « En vano se publican las leyes si no han de cumplirse. Todos los días vemos repetidas estas verdades, y todos los días vemos con asombro la manera más escandalosa con que se eluden las disposiciones legislativas y gubernativas ». (3) Un escritor absolutista dice sobre esta cuestión : « Mientras más se escribe, más débil debe de ser la institución, lo que puede comprenderse facilmente ; pues siendo las leyes una declaración de los derechos, y no haciéndose dicha declaración sino en el caso de ser atacados dichos derechos, la multiplicación de leyes constitutivas escritas, no manifestará o probará otra cosa, que la multiplicación de los ataques y el peligro de la ruina... » (4).

En íntima conexión con el « empacho legalista » está el caos administrativo. Son varios los factores que han conducido a nuestro país, en aquella etapa, a tal caos administrativo. En primer lugar no existía una administración claramente perfilada ; las distintas funciones y los diferentes órganos de control social se interferían. La administración de justicia, la acción política y la administración fiscal se confundían frecuentemente en una misma persona. No existían organismos ni instituciones especializadas. En segundo lugar estaban las capas de población exentas — nobles, clérigos — y las interferencias administrativas producidas por los señoríos ; estos privilegios acentuaban el caos. No se puede comprender hoy claramente, las enormes dificultades que esta situación producía en nuestro país, y con que vigor obstaculizaba todo progreso. La lamentaciones de los diputados en las Cortes y las injusticias denunciadas en las comunicaciones a la prensa son infinitas y abarcan todos los aspectos de la vida nacional ; todo parece confabularse para hundir a nuestro país en el desorden más esterilizador y en la miseria. Es asombroso que aún hoy haya gentes ociosas que se dediquen a buscar causas metafísicas de nuestra decadencia, cuando tienen tan a la vista motivos no sólo suficientes para llevar a la ruina a un país, sino para estudiar con verdadero detenimiento como es posible que nuestro país pudiese realizar los adelantos que fué capaz de llevar a cabo, a pesar de tantísimos obstáculos como ha tenido que vencer. No se puede menos de admirar la maravillosa energía de nuestros campesinos de toda la zona norte y noroeste, de todo levante, que han sido capaces de elevar el nivel de la agricultura a despecho de las dificultades de todo orden que se les ha opuesto y no digamos nada de los industriales.

« También es evidente que todo lo que huele a administración en España lleva consigo un pecado original, de que no basta a lavarlo la sabiduría ni la abundancia de reglamentos. Dígalo sino ese crédito público a cuya sombra se enriquecen tantos, sin

---

(1) C. Viñas, La Reforma agraria en España en el siglo XIX, Santiago, 1933, pág. 40.

(2) Ver El Eco de Padilla, 17 diciembre de 1821.

(3) Ver El Espectador, 15 de Agosto de 1822, pág. 501.

(4) Constitución de las Cortes, Cartas a Arnesto. Sevilla 1823, 28-29.

que la Nación haya recogido a la hora esta, más que el descrédito de su papel, el aumento de su deuda y la prosperidad de los grandes propietarios que era precisamente lo contrario de lo que se buscaba... no de otro modo se convierten en ricos señorones los que ayer vivían a expensas de la beneficiencia pública no de otro modo se hacen viajes lucrativos y se colocan millones en los bancos extranjeros. Es cierto, muy cierto, y a precio de que satisfagan su amor al oro « para ciertos hombres de cierta época, nada importa que la causa pública se la lleve Satanás » (1). « Si de la cuestión política pasamos al examen de la administración del reino, y principalmente de las cuestiones económicas, por todas partes hallamos el caos ; ignorancia, abusos sin cuento, vicios envejecidos, reglamentos absurdos, leyes descabelladas : he aquí lo que se encuentra en esa administración. Así es que ha conseguido agotar, momentáneamente a lo menos, todos los manantiales de la riqueza pública y hacer que el gobierno del país más fértil y privilegiado de la naturaleza sea un tipo de miseria y de pobreza ; y este vergonzoso estado de cosas, por ser tradicional ha llegado a tomar el carácter de una situación normal, acabando españoles y extranjeros por persuadirse de que es un mal irremediable » (2).

Los abusos ya tradicionales aparecen agravados por la actividad solapada, y a veces manifiesta, de los magistrados y funcionarios provinciales y municipales que eran los mismos que antes de proclamarse la Constitución en marzo de 1820. Esta labor de zapa es sobre todo gravísima en la administración de justicia ; aquí las quejas y lamentos, las denuncias y representaciones a las Cortes pidiendo que se corten los abusos, son desconsoladores. Cualquiera que sea el periódico que se tome no dejara de ser portador de alguna **exposición.** « Dos males enormes aquejan nuestro sistema judicial. **La multitud de leyes, es decir la falta absoluta de leyes** (subr. mio), y la ignorancia, la arbitrariedad y la malicia de los curiales... » (3). » Nace (este adormecimiento del país) de que hay falta de justicia ; pues muchos jueces, son tan enemigos de la Constitución como los facciosos mismos, y haciendo lo que harían ellos en su lugar, protegen y salvan a sus cómplices y persiguen y castigan los más distinguidos patriotas » (4). Y ¿ qué decir del comportamiento de la administración y de las autoridades municipales en el cumplimiento de las leyes sancionadas por las Cortes relativas al reparto de tierras a los campesinos pobres ? Esta es la cruz de nuestros liberales, desde Carlos III y sus regeneradores ministros — Campomanes, Conde de Aranda, Olavide, etc., etc. — hasta la actualidad. Este tema ha hecho correr tanta tinta, tantas lágrimas y tanta sangre, que exige mucho respeto mucha consideración y mucho talento para tratarlo. Esta cuestión ha sido y **es** la tragedia de nuestro pobre patria.

Este es el gran fracaso de los liberales de 1820, como lo fué de los **liberales** de todos los tiempos en nuestro país. En general, se puede afirmar que no sentían las necesidades de la clase más sufrida de la nación ; no eran sus representantes ; no estaban vinculados e ella como clase. Esto ha sido señalado ya : los liberales, leguleyos, comerciantes, profesionales, etc., conocían el campo solo por los libros y por muy buenas que fueran sus intenciones no tenían energía suficiente para imponerlas en la práctica. De esta falta de comprensión se resiente mucho la prensa de Madrid ¿ Es posible que siendo el problema del campo el problema **número uno,** no sea objeto de más artículos, comunicados, discusiones en las sociedades patrióticas, de lo que ha sido esta cuestión ? Desconsuela ver periódicos como « El Eco de Padilla », « La Antorcha », « El Espectador », « El Independiente », « El Indicador », el mismo « Zurriago », « El Constitucional de la Coruña », « El Indicador Catalán », y otros

---

(1) Ver El Independiente, 13 de enero de 1822.
(2) M. Marliani. Ob. Cit,, pág. 30.
(3) Ver El Independiente, 17 de febrero de 1822.
(4) J. Romero Alpuente, Discurso sobre el ministerio actual, Madrid, 1822, pág. 10.

muchos, siempre dispuestos a la denuncia de los abusos y al examen certero y claro de muchas cuestiones, como callan, o no entra dentro de sus preoccupaciones el tema de los campesinos. Teniendo en cuenta que la situación era lamentabílisima : « Por lo que a la agricultura se refiere, extensos territorios se hallaban convertidos en tristes eriales y despoblados. Solo en la Campiña de Córdoba se contaban 53 villas arruinadas, en cuyos parajes existian únicamente miseros cortijos y los restos de torres y alquerias. En Castilla la pobreza de sus habitantes era tan extremada que, no pudiendo en absoluto pagar las contribuciones, eran embargados sus enseres y habitaciones, viéndose en muchos pueblos de los más apremiados por el fisco grandes depósitos, donde estaban los colchones, mesas, sartenes, y hasta los candiles de los infelices insolventes, y grupos de hombres y mujeres, de ropas haraposas y rostros famélicos, vagaban sin abrigo ni techo en torno de sus ajuares saqueados y de sus viviendas vacías » (1). Denuncias como ésta aparecen en los hombres más conscientes de la época. Para convencerse de ello basta echar una ojeada por el tomo sexto del « Diario de las discussiones y actas de las Cortes » que contienen el resumen de las discusiones a que dió lugar la propuesta del diputado Garcia Herreros, sobre la reversión de los señorios a la Corona. Aqui se encontrará la más viva expresión de los males que agobiaban y agobiaron... a nuestro país. También preocupó profundamente ésta cuestión a los Padres de nuestra Democracia, Martínez Marina, Ramón Salas, más tarde Flórez Estrada, Franco Salazar, Toribio Nuñez, Francisco Gómez, Gutierrez de la Huerta, José Calatrava, Casimiro Orense, posteriormente tambien Ramón de la Sagra ; destacando por encima de todos por su inteligencia y por la honradez con que sostuvieron sus opinions Martinez Marina y Flórez Estrada, los dos figuras más señeras de nuestra época contemporánea. (2)

No faltaron en absoluto las denuncias de los abusos cometidos con los campesinos ; no fueron tan frequentes como debiera de haber ocurrido, pero se destacan por su vigor : « Otro corresponsal buen observador nos dice : ¿ Cuándo se darán los baldíos a los pobres ? Nunca, a menos que no se ahorquen unas cuantas docenas de alcaldes y no se envíen a presidio diez o doce jefes políticos, por el criminal descuido con que miran una providencia tan saludable y que por si sola bastaria a afianzar el sistema creando una nueva clase de interesados en sostenerlo. En este pueblo, yo que soy el secretario del ayuntamiento, que estoy aguijoneando continuamente a los concejales para el repartimiento y que lucho a brazo partido con todos los obstáculos que se me oponen, nada he conseguido a la hora ésta. ¿ Qué será pues en aquellos donde el secretario, paniaguado de los magnates, come con aquellos, vive del fruto de los abusos y deja rodar la bola ? La aristocracia lugareña de que ustedes no tienen idea en la corte, es la peor de las aristocracias. Diez o doce caciques en cada pueblo de España imponen la ley y sacrifican a su egoísmo el interés general. Los baldíos no se reparten porque sus pastos sirven para engordar los carneros del señor A o del señor B. Los jefes políticos yacen en la más apática modorra, como el mismo ministro de la Gobernación, del cual no hemos visto salir hasta ahora más que emplastos. Si en lugar de señoritos que llenan aquella oficina hubiera 8 o 10 hombres experimentados y de pulso, el erario ganaria mucho y la nación más. (3). Una muestra de la esperanza, del anhelo con que se esperaba la tierra ; de cuanto esperaban las masas campesinas del reinado de la Constitución lo constituye el Anónimo de 1881, citado por Costa. : **Repartimiento de baldíos, realengos y arbitrios entre los benemeritos defensores de la patria por premio patriótico, y entre los vecinos que no tengan otra tierra propia,** etc., Cordoba, 1821. « El decreto más benéfico, el más importante

---

(1) P. Zancada, « Sentido social de la Revolución de 1820 », Revista Contemporánea, t. CXXVII (1903), 139.

(2) Ver C. Viñas, La Reforma agraria...; J. Costa, El Colectivismo agrario en España, Madrid, 1915, págs. 203-227.

(3) Ver El Independiente, 13 de enero de 1822.

y el más trascendental de todos los que han dictado nuestras Cortes, es aquel por el cual se manda que los terrenos baldíos o realengos y los de propios y arbítrios se distribuyan en suertes proporcionadas a los benéméritos militares retirados que sirvieron en la pasada guerra, dando también suertes por sorteo a los vecinos que no tengan otra tierra propia »... « ¡ Infelices jornaleros ! Vosotros todos los comprendidos en la numerosa clase de no propietarios, consolaos. La injusticia de la suerte la repara con vosotros la Constitución y las disposiciones que dimanan de ella. Antes de ahora os veíais condenados a trabajar solamente para que otros disfrutaran. Parecía que vosotros no erais hijos de Dios, puesto que no os era dado disfrutar de las tierras que crío para todos. Las propiedades territoriales, se habían apoderado exclusivamente de ellas las clases **fuertes** ; y vosotros habíais de trabajar perpetuamente el suelo ajeno, sin poder adquirir más propiedad que la de la sepultura, a donde prematuramente os llevaba la fatiga continua y la miseria no interrumpida. Vosotros nacíais en el hambre y la desnudez, os criabais en la escasez y la pobreza, y cuando vuestra robustez podía daros confianza en vuestros brazos, os viérais atados a la tierra ajena, teniendo que emplear vuestros sudores por el ínfimo precio a que quisieron sujetaros. Hecho el cultivo de la propiedad del poderoso, os pasabais una parte del año mendigando el pan a su puerta y sobrellevando la intemperie, sin tener alimento que ofrecer a vuestra desolada familia. A una juventud tan afanosa sucedía una vejez miserable y después de haber consumido vuestros lozanos días en enriquecer a otros, la infelicidad era el apoyo que restaba a vuestras cansadas fuerzas y la desnudez y el hambre eran otra vez los precursores de vuestro término. **El Hospital que a costa de vuestra miseria se fundara venía a ser vuestro único albergue,** y en él acababais una temprana carrera, siendo la brevedad de su término lo más grato que pudiérais hallar en ella. Hambre y desnudez era el único patrimonio que quedaba a vuestros desolados hijos, de los que tampoco erais más que una carga, pero que quedaban sin vuestro amparo. Parecía que no érais criaturas iguales a las demás de vuestra especie ; formadas por el Hacedor Supremo a imagen y semejanza suya como todos los hombres. Pero Dios liberalísimo, justo y benéfico, se dolió de vuestra suerte, y para bien de la humanidad os dió la Constitución que gozamos, la cual os eleva a una existencia feliz y llevadera. Ya podréis trabajor para vosotros mismos. Ya podréis ser propietarios; y no sólo podréis serlo, sino que por la Constitución tendréis gratuitamente y en propiedad absoluta un pedazo de tierra cultivable, que puede daros una existencia venturosa, y en el cual derrameis vuestros sudores en beneficio de vuestros hijos. Sí, ciudadanos apreciables, ved que ventajas obteneis de éste nuevo sistema. Vuestra infelicidad os hace quizá parecer ilusoria tanta ventura, pero estáis en el caso de que se realiza... » (1).

Efectivamente tanta ventura era ilusoria. Como en otra parte dice Costa : « **la revolución pasó sin que el pueblo hubiese adquirido un palmo de tierra** ». Pero esta cita — aunque un poco larga — nos pone de manifiesto el hambre de tierra que existía en nuestro país.

El vendaval individualista y desamortizador, iniciado ya a finales del siglo XVIII, arrebató a los pueblos, para convertirlos en propiedad privada individual, los baldíos, los comunes, las tierras de propios ; y más tarde, todos los bienes de la nación en manos de tanta institución muerta y en manos de la Iglesia. Y toda esa riqueza quedó en manos de los agiotistas, de los políticos de nuevo cuño (2), y de los caciques provinciales y locales. El pueblo naturalmente también recibió algo ; como los municipios fueron desposeídos de los bienes de propios, cuyas rentas solían cubrir los gastos municipales, en adelante estos gastos recayeron sobre los alimentos de uso más corriente, es decir sobre la parte más numerosa de la población.

---

(1) J. Costa, Colectivismo... ; págs. 208-209.
(2) Ver una nota en El Eco de Padilla, 12 de noviembre de 1821.

EL EJÉRCITO Y LA LUCHA CONTRA LA CONSTITUCIÓN. — El ejército fué el que inició la lucha por la Constitución de 1812, y el ejército ha sido quién la enterró. Parece paradójico, pero es cierto. Entre los años 1816 y 1820 la situación financiera del ejército era catastrófica, había años que apenas recibían los sueldos correspondientes a un par de meses; los ascensos se debían al favoritismo, no existía orden alguno, añadidas a estas otras dificultades, el descontento en el ejército era muy grande. Pero no es preciso establecer una relación demasiado intima entre este **descontento y la opresión que sufría el pueblo**; no, el ejército respondía fundamentalmente a sus orígines de clase. Es preciso no olvidar que hasta la Guerra de Independencia, era necesario pasar las pruebas de nobleza para poder ingresar en las *Academias Militares*.

No se puede dudar que la Guerra de Independencia y la permanencia en Francia como prisioneros de muchos oficiales, así como la asimilación de muchos de los combatientes irregulares procedentes del pueblo o de las clases acomodadas, no nobles, rompió un poco los lazos de casta; pero no se debe exagerar esta interferencia, como tampoco conviene exagerar la penetración de las sociedades secretas. Muchos escritores de la época propenden a ver los orígenes de la revolución en la penetración de estas sociedades secretas en el ejército; y consideran este hecho como un germen de desorden y de disolución; y en gran parte causante del fracaso de la revolución y de la caida de la Constitución.

No se debe ver en las sociedades secretas ningun espantajo, ni quedarse demasiado en las apariencias: las sociedades eran simplements las **formas embrionarias de los partidos políticos**; es necesario desprenderlas de todas las zarandajas misticas y contemplarlas en sus actividad real. Después de proclamada la Constitución, las sociedades secretas dejan de ser tal, es decir, si continuaran siendo secretas no podrían actuar políticamente sobre el pueblo, por eso se convierten en sociedades patrióticas que son los órganos de agitación y propaganda, de captación de los partidos politicos que comienzan a dibujarse: el moderado (absolutista enmascarado) y el progresista. Además que en las condiciones de cladestinidad y conspiración, las sociedades secretas eran el instrumento indispensable. Pero el eje de ellas, más que los militares, lo eran los *comerciantes, hombres de profesiones liberales y hasta sacerdotes. Todo el que* ingresaba en ellas sabía que lo hacía con un sólo fin: conspirar con más eficacia.

Pasados los primeros meses de euforia, comienzan a notarse signos de descontento en el ejército. Los capitanes generales ya no son todopoderosos; a su lado está el Jefe político; la prensa registra con demasiada frecuencia sus abusos, cosa a que no estaban acostumbrados. Por otra parte todo ataque a los privilegios necesariamente repercutía en ellos. Su situación era mucho más independiente y lisonjera en el *ambiente particularista del absolutismo* y anhelaban volver a él.

Cuáles eran los verdaderos deseos de los militares se vieron bien claros cuando arreciaron las conspiraciones y el levantamiento de partidas a partir de mayo de 1822. El comportamiento de los militares, salvo señaladas excepciones, fué bastante pasivo. Siendo de notar la combatividad de los elementos de tropa (1). No digamos nada de la conducta de los altos jefes durante la invasión del Ejército de la Santa Alianza. Ramón Santillán relata en sus recuerdos como vienen retrocediendo desde Burgos a *Madrid, sin haberse comprobado realmente* si las tropas francesas habían penetrado en territorio español; se rumoreaba que si, pero no lo habían comprobado ni se atrevían a harcerlo (1).

---

(1) Ver Ramón Santillán, « Sucesos de 1820 à 1823 », en la Revista España, tomos CXIC (1886) y CXV (1887).

EL PUEBLO Y LA CONSTITUCIÓN. — Es desconcertante la frecuencia con que los escritores de la época hablan del despego, de la indiferencia; y aún de la hostilidad del pueblo hacia los instituciones liberales y hacia la Constitución. Era tan frecuente que llegó a convertirse en un lugar comun. Se hablaba de ello como de una verdad axiomática que no necesitaba explicación alguna. Sólo más tarde en el periodo de la Guerra Civil se comienza a comprender ese despego del pueblo hacia las instituciones liberales. En Joaquín María López (trabajo citado), en Flórez Estrada y en Marliani, *se hacen completamente claras las causas de ese alejamiento del pueblo* de las instituciones liberales. « El pueblo, cansado de tantas miserias, ve pasar los acontecimientos sin tomar en ellos parte alguna, dejando libre a los partidos el palenque donde se disputan un poder efímero. Esta es la hora en que el pueblo ignora cuál es el objeto de tan continuas agitaciones, pues los vencedores de uno u otro partido jamás han legitimado su triunfo dando al país una organización más adecuada a sus necesidades » (1). « No nos hagamos ilusiones : los sacudimientos que han estremecido la Península, la esterilidad de los pronunciamientos, son señales manifiestas de que estas cuestiones ni interesan al pueblo ni las entiende, pues ninguna parte toma en ellas; y sin la cooperación real y verdadera del pueblo, ni en España ni en ningún otro país hay posibilidad de *fundar cosa alguna que lleve el sello de la magnitud* y de la duración » (2). Ya en 1840 decía Marliani : « En cuanto al pueblo, abandonado todo y sin asomo de gobierno eficaz y pensador, podría a sus anchuras aguantar la miseria que aportaban las demasías de la iglesia y el derrochamiento de la corte, o bien protestar con mano airada contra los pudientes y labrarse a punta de espada una ley agraria según su paladar » (3).

Estas citas de Marliani *muestran evidentemente que sabía cuál era la causa* del alejamiento del pueblo y que en ningún momento se había contado con él. Pero lo más corriente son las citas en las que se pone de relieve la indiferencia o la hostilidad, sin preocuparse de averiguar las causas (4).

No puedo menos de aducir estas dos citas de Marliani que dan una idea clara de sus elevados sentimientos : « En España no es el pueblo el atrasado, sino las pandillas, políticas, miserables plagiarias de la Francia, a la que imita en lo que tiene de peor (5). « Mi convicción es que el desarrollo de las ideas de libertad en las masas es mucho mayor de lo que se cree, y que llevan la delantera a las que ocupan la mente del mayor número de los hombres políticos, entre los cuales algunos quedan rezagados, imbuidos en las peores teorías de la revolución francesa, mientras otros discípulos de la escuela doctrinaria de Francia siguen la huella de sus maestros » (6).

A este respecto es curioso observar las apologías que se han escrito acerca de la cordura, de la responsabilidad, de los sentimientos democráticos puestos de manifiesto por el pueblo español en los primeros años de la Guerra de Independencia. En aquellos momentos convenía halagar los sentimientos del pueblo para que combatiera contra los franceses, pero una vez derrotados estos, se hacía necesario que el pueblo volviese a su lugar ; y si este, que había sufrido todo el peso de la lucha, planteaba alguna exigencia, éntonces era el pueblo estúpido, servil, ignorante, que pedía **cadenas;** y todos se confabularon para sostener ésta afirmación injuriosa.

---

(1) M. Marliani, La Regencia... pág. 23.

(2) M. Marliani, Ob. cit. ... pág. 27.

(3) M. Marliani, Historia política de la España Moderna, Barcelona 1840, págs. 39-40.

(4) Ver sobre esto : Zurriago, núm. 4, pág. 9; F. Garrido, pasaje citado ; R. Santillán, varios pasajes, especialmente, tomo CXIV, pág. 195; A. Borrego, La España del siglo XIX, varios pasajes, especialmente, 9a conferencia, pág. 77; Quintana ,Ob. citada, 563; Alcalá Galiano, numerosos pasajes, etc.

(5) Marliani, Regencia..., pág. 25.

(6) M. Marliani, Ob. cit., pág. 26.

La brevedad de este trabajo no permite hacer un estudio exhaustivo de las causas que han llevado al fracaso de la llamada revolución de 1820 ; aquí sólo se aluden esquemáticamente las que se pudieran considerar como principales, y ni aún puedo decir que estas quedan agotadas. Entre las fundamentales se encuentran :

1) La carencia de sentimiento de clase de los liberales, y por lo mismo la incomprensión de los problemas nacionales.

2) El temor de ser arrollados por la corriente popular y verdaderamente revolucionaria que llevó a los gobiernos moderados a destruir todas las defensas que hubieran podido detener la contrarrevolución.

El que una empresa árdua
se atreve a acometer,
si a la mitad se queda
si signo es perecer. (**Zurriago**, núm. 66.)

3) Estas inconsecuencias revolucionarias hicieron imposible la creación de una base que apoyase incondicionalmente todos los logros de la revolución : la entrega de la tierra a los campesinos carentes de ella.

4) El respeto exajerado a numerosas instituciones procedentes del régimen absolutista y que acabaron por ahogar el débil sistema constitucional.

5) La incapacidad para unificar los verdaderos intereses de la misma burguesía. La revolución dejó al margen a los industriales catalanes, con sus desaciertos.

6) Hasta las mismas revoluciones tienen leyes ; lo que parece paradójico y no se puede, impúnemente, evitar que recorran las fases correspondientes. Y cuando la excesiva prudencia lleva a querer evitar algunos de los « males » que acompañan a toda revolución, se acaba en la esterilidad, en la contrarrevolución.

Me gustaría terminar con estas palabras de nuestro gran poeta y patriota Manuel Quintana : « La libertad es para mi un objeto de acción y de instinto y no de argumentos y de doctrina ; y cuando la veo poner en el alambique de la metafísica me temo al instante que va a convertirse en humo » (1). « Y no se engañen los españoles : la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres o no, está por resolver todavía. Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raices. Por consiguiente, han de ser atacados sin cesar, y si no se atiende a su defensa con decisión y constancia, será al fin miserablemente atropellados. **El estado de libertad es un estado de continua vigilancia y frecuentemente de combates.** Así sus adversarios, considerando aisladamente la agitación de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan a la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena songrienta de gladiadores encarnizados. Este espectáculo a la verdad no es agradable : pero hay otro mucho más repugnante todavía, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otro a los campañeros de Ulises ». (2).

---

(1) Quintana, « Carta a Lord Holland », Obras Completas, BAE, 532.
(2) Quintana, Ob. cit., 532.

LOS SUPUESTOS HISTÓRICO-SOCIALES DEL PENSAMIENTO CONTRARREVOLUCIONARIO ESPAÑOL

por Juan Paredes

EL pensamiento contrarrevolucionario es, en esencia, un desarrollo dogmático de la concepción providencialista de la Historia. Parte de la existencia de un Bien y de un Mal que luchan por dirigir el curso de los acontecimientos humanos. « *El pensamiento contrarrevolucionario... tiene presente que en el fluir histórico hay valores eternos que son precisamente los que deben configurar el pensamiento y la sociedad* », configuración que debe realizarse « *en instituciones tradicionales de honda vida histórica* ». « *Todas estas reflexiones descansan sobre la idea de que ninguna cultura se ha originado ni puede desarrollarse si no es partiendo de la necesaria y natural relación del hombre con Dios* » (1). Como antítesis irreconciliable del desarrollo « recto » de la Historia, surge la obra diabólica, la Revolución, « *conjunto histórico de todos los movimientos culturales que en la Edad Media van contra la tradición cristiana de Europa, tanto los religiosos como los filosóficos, políticos, literarios, artísticos o sociales* » (2). El Mal, vencedor del Bien, con arreglo a este metafísico planteamiento, libra la primera batalla en el mundo de las ideas. La Revolución « *religiosa — protestantismo — y la filosófica — racionalismo — preparan la revolución política que estalla en Francia en 1789. Era inevitable que ocurriera así: de la vida del espíritu — religiosa o intelectual — se pasa a la vida social mediante la acción política; si la primera se quebranta, ésta resultará quebrantada y con ello se pertubará toda la vida social* » (3). Pero la derrota es momentánea. « *Dios también escribe con renglones torcidos* ». La solución, superadora, es la Contrarrevolución, que halla su fuerza « *en la nueva actualización de la fuerza creadora del Cristianismo* ».

---

(1) *Rafael Calvo Serer*: « *España sin problema* », *Madrid 1949.*
(2) *Ibid., pág. 15.*
(3) *Ibid., pág. 18.*

Tan abstracta concepción parece fundarse en principios eternos, fuera de tiempo y lugar. Sin embargo, tiene una radicación histórica muy concreta: la Revolución burguesa en Francia. La violenta alteración del orden feudal produce une verdadera conmoción en las clases aristocráticas... y también en las *mentes artistocráticas*, en los pensadores contrarrevolucionarios, que con su doctrinarismo no persiguen otro fin que la vuelta al «orden filosófico, cultural, cristiano medieval», con su correspondiente base político-social: las relaciones de producción correspondientes al feudalismo. Pero la Revolución es, en su concreta manifestación histórica de la lucha de clases, la inequívoca señal de que las nuevas fuerzas productivas necesitan un nuevo orden, el adecuado a su desarrollo. No es tan sólo la negación del pasado (el modo de producción feudal), es, al propio tiempo, la afirmación del presente, de la burguesía como clase ascendente, con una nueva visión del mundo y un nuevo planteamiento de las cosas. La lucha frente a este enemigo ha de librarse en todos los terrenos. Así, como muro de contención del «espíritu de la Ilustración», y como bandera movilizadora frente a la burguesía, nace el pensamiento contrarrevolucionario.

¿Por qué es precisamente la Revolución francesa la que despierta a los teóricos de la reacción? Por ser la revolución burguesa en que hay una mayor intervención del pueblo en su conjunto; por ser la que de manera más radical pone en evidencia las contradicciones irresolubles del «orden cristiano medieval». La Revolución inglesa (1640-1688) finalizó, como ha indicado Christopher Hill, «*en la unión de los comerciantes y de la aristocracia terrateniente*», en una solución de componenda entre la burguesía (fundamentalmente comercial) y las castas aristocráticas. En la Revolución americana interviene poderosamente el factor de la independencia nacional, y une a su carácter de revolución democrática el de revolución colonial. Por el contrario, en Francia, las contradicciones de clase eran agudísimas, antagónicas, y no tenían más superación que la violenta. «*La Revolución francesa que sorprende por su irresistible instantaneidad... se estuvo preparando por más de un siglo. Surgió del divorcio, cada día más profundo, entre la realidad y las leyes, entre las instituciones y las costumbres, entre la letra y el espíritu... La burguesía poseía la mayor parte de la fortuna francesa. Su mismo desarrollo le hacía sentir más vivamente las inferioridades legales a que seguía condenada*» (4). Esto es, «*las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradición con las condiciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han movido hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se truecan en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social*» (5).

Pensamiento «de compromiso» frente a la coyuntura histórica de la Revolución francesa, paradigma de las revoluciones burguesas, la ideología contrarrevolucionaria es pues un arma de combate frente a los nuevos principios de la burguesía, triunfante, o al borde del poder en todo caso, y también un intento de conseguir, críticamente, la movilización de secto-

---

(4) *Albert Mathiez, La Revolución francesa, traducción española, Madrid. 1935, Cap. I.*

(5) *Carlos Marx, Obras Escogidas, Barcelona 1938, pág. 339.*

res vacilantes entre ambas alianzas de clase. Es obvio que, con la llegada al poder y con la consolidación en él de la burguesía, estas actitudes ideológicas pasan al cajón de las teorías muertas, y algunas de ellas, justamente, al patrimonio de la cultura como testimonio fiel de unas clases en una coyuntura histórica. Y cuando las relaciones jurídico-económicas burguesas son rebasadas por un nuevo impulso del trabajo del hombre y de la técnica, y la nueva clase ascendente, la clase obrera, lucha por una nueva adecuación, las defensas de los grupos sociales, ahora reaccionarios, serán forzosamente distintas. El ejemplo es reciente. Los Maurras, Barrès, Banville, Lur-Saluces, fracasan en su intento de convertirse en los ideólogos de la burguesía agraria de Francia. Sin embargo, en esta época, y requerido por el mismo problema que Acción Francesca trató inútilmente de solucionar, comienza a elaborarse el pensamiento con que las fuerzas regresivas del siglo XX van a intentar su justificación : el fascismo. Ciertos elementos comunes (la invocación de la « tradición », el nacionalismo agresivo, el antiparlamentarismo) los aproximan ; pero son armas diferentes, porque corresponden a distintas situaciones de clase.

Los efectos de la Revolución francesa en España no producen, de inmediato, el florecimiento de la teoría contrarrevolucionaria. La obra de Hervás y Panduro es más descriptiva que teórica. De un mayor interés es la reacción de los pensadores avanzados de la época. Los que se radicalizan hacia vías claramente revolucionarias (como Cabarrús) o los que retroceden hacia zonas más tranquilas (como Jovellanos) se desenvuelven en un plano teórico : no existen las condiciones para un movimiento revolucionario. La Guerra de la Independencia ofrece el curioso fenómeno de la traslación de esas contrarias actitudes a los bandos en pugna : los « afrancesados » se polarizan en torno a José Bonaparte, y en torno a la Junta Central los teóricos del despotismo ilustrado pasados al conservadurismo.

Es la primera guerra civil el acontecimiento histórico que pone en marcha la actualización en nuestro país de la polémica ideológica, ya en vías de superación en Europa. La Guerra comienza por una cuestión dinástica : el hermano de Fernando VII, al fallecer éste en 1833, aduce mejor derecho que la hija del rey, Isabel, y desde Portugal, protegido por su cuñado, levanta fuerzas en Vascongadas y Cataluña, fundamentalmente. Observa Suárez Verdaguer lo extraño que resulta que una cuestión dinástica apasione de tal modo a los españoles. « *Lo cierto es que la reina y el infante representaban dos tendencias ideológicas, dos maneras distintas de entender la vida y el mundo* » (6). Sin aislarlo de otros factores, es claro el definido carácter de clase que ofrece la causa de don Carlos. Es la causa de la Iglesia, uno de los grandes titulares del poder feudal de su tiempo. Amortización o desamortización, son los impulsos últimos de ambos bandos. Sin necesidad de planteamientos teóricos, fuertes sectores del feudalismo defienden sus intereses. Pero ¿por qué son las provincias vascas, gallegas y catalanas tan poderosa fuerza al lado de la Iglesia feudal, constituyendo su ejército de filas ? Influye poderosamente el factor regional. Este « regionalismo españolista », foralista, de carácter campesino, es el gérmen de las futuras luchas, tras la burguesía, hacia el

(6) *Santiago Galindo Herrero, « Breve historia del tradicionalismo español », Madrid 1956, pág. 35.*

derecho de autodeterminación de Euzkadi, Galicia y Cataluña. No hay que olvidar tampoco que estas regiones, constitutivamente minifundistas, a través de la compleja organización parroquial reciben un enorme influjo religioso, de gran eficacia movilizadora en condiciones como aquéllas. Tampoco es un factor desdeñable la reacción provocada por las medidas desamortizadoras de los bienes de propios y comunes de municipios hasta tal momento ricos.

De la guerra civil salen triunfadoras las ciudades (7) pero, como clase hegemónica, la oligarquía territorial, beneficiada en la desamortización de los bienes eclesiásticos, o consolidada en sus propiedades. De un planteamiento bélico de una contradicción de clase, resulta la sustitución en la titularidad del poder; la oligarquía, a lo más, cede la parte de poder que, por necesidades históricas, corresponde a la burguesía. De 1833 al fin de la guerra, nada ha cambiado esencialmente: la sociedad española conserva su estructura semifeudal.

El pensamiento contrarrevolucionario español nace al fin de la guerra civil, con Balmes y Donoso Cortés. En principio, es un intento de conciliación entre los principios feudales, la autoridad espiritual de la Iglesia y la nueva oligarquía. Ambos son « tradicionalistas », pero no « carlistas »; a lo sumo, sienten simpatía por éstos. Sus razones son casi siempre de cara al vacío y resuenan problemas no nacionales o no actuales. Comparando, en líneas generales, la « tradición contrarrevolucionaria » francesa y la española, señala Diez del Corral cómo aquel pensamiento. « *se puede caracterizar de abstracto, de intemporal, sin verdaderas pretensiones de encarnación, con un dejo siempre de juego literario y social... Desgraciadamente, tal despego y aun fuga de la realidad actual, los transmitió al pensamiento español por él influído* » (8).

Desde el final de la primera guerra carlista hasta la Revolución de Septiembre, el carlismo, desorganizado como fuerza política por los conflictos domésticos a que dió lugar el « volteriano » infante don Juan, apenas da señales de vida. Sin embargo, la Revolución de Septiembre, y el intento de la burguesía de consolidarse en el poder, permite su reagrupamiento. Pero la monarquía burguesa de Amadeo y la Primera República no reciben este sólo ataque de las fuerzas feudales del país. La contradicción existente entre la Iglesia y sus reivindicaciones, por un lado, y la nueva oligarquía latifundista, por otro, hace que sus frentes sean diferentes, y que derrotadas las posiciones liberales, una vez más se enfrenten ambos sectores. El « carlismo » no fué vencido por la burguesía liberal, amadeísta o republicana, sino por los vencedores de ésta.

En esta contradicción entre dos sectores del « viejo orden » hay que buscar la falta de fortuna del pensamiento contrarrevolucionario « clásico ». Desde 1868 à 1930, la « tradición », a través de Aparisi y Guijarro, Cándido Nocedal, Ramón Nocedal, Vázquez de Mella, Víctor Pradera, no obtiene el menor eco. Es un discurso en el vacío. Por eso, aunque sea brevemente, se hace necesario precisar cuál es el papel de una doctrina política y cuál ha sido el de la doctrina política « tradicionalista ».

---

(7) *No puede olvidarse el papel decisivo de las ciudades, dentro de las provincias « carlistas », en especial Bilbao.*

(8) *Luis Diez del Corral, « De Historia y política », Madrid 1956, pág. 331.*

De Balmes a Rafael Calvo Serer media más de un siglo. El examen de esa línea, más o menos continua, de pensamiento, necesita, para su comprensión, relacionar la teoría política con las fuerzas sociales a que sirve ; lo que en última instancia podrá ser un testimonio para el estudio de la lucha de clases en nuestro país.

Una teoría política es el reflejo de unos determinados intereses de clase. Intenta abstraer los principios esenciales que mejor corresponden a los intereses del grupo, pero, al propio tiempo, pretende hacer tales principios válidos para las demás clases. Sólo existe une clase que no intenta « generalizar », respecto a las clases hostiles y antagónicas, su detentación del poder político : es la clase obrera. La razón es que la clase obrera toma el poder para edificar el orden social sin clases. El marxismo parte de la necesidad histórica de superar el modo de producción capitalista — última forma social clasista — y sustituirlo por el modo socialista de producción — primer paso hacia la sociedad sin clases. Tal labor sólo la puede realizar la clase que lleva en sí los caracteres embrionarios del nuevo tipo de sociedad y que, según leyes objetivas del desarrollo social, habrá de edificarla. En su lucha por el socialismo, estratégicamente, puede coincidir y concertar alianzas, y de hecho así lo hace, con otras clases y capas sociales, progresistas hasta un cierto punto, o interesadas objetivamente en el desarrollo democrático revolucionario ; pero no trata de disfrazar el carácter de clase de su teoría, ni tampoco la emboza tras principios abstractos y eternos. El socialismo sólo puede edificarse mediante la dirección de una clase, mediante la teoría de una clase, porque los intereses de la clase obrera y del socialismo se funden.

El pensamiento contrarrevolucionario, en cambio, es un ejemplo típico de una teoría política de clase que pretende aparecer, formalmente, como total. Las fórmulas ideológicas del tradicionalismo son elaboradas por intelectuales al servicio del feudalismo. Pero, para conseguir sus efectos. es *necesario* que los dogmas doctrinarios no aparezcan como tales. Para ello, la teoría corta el cordón umbilical que la une al grupo social de que nace. Se convierte, mediante lo que Max Raphael llama « *proceso de apriorización específica de las condiciones materiales* » en una teoría caída del cielo. Y por su carácter « divino », de universal validez.

¿A qué obedece tal transformación, tal embozamiento de la realidad ? No se trata aquí de recordar el proceso de formación de las ideologías en general, sino de averiguar la peculiar estructura de las concretas formaciones ideológicas que son las teorías políticas. Tratamos de hallar la explicación del carácter « totalizador » de éstas, y particularmente, del tradicionalismo.

Una ideología es expresión, más o menos directa, de los intereses de una clase ; y una teoría *política* de los intereses *políticos* de una clase. Pero ¿ cuáles son los intereses políticos de una clase ? Naturalmente, conquistar el poder, o conservar el poder ya conquistado (presupuesta, claro está, la sociedad de clases) ; en otros términos, conseguir (o conservar) el aparato que facilite la dominación sobre las restantes clases. La expresión ideológica, la teoría política, que mejor cumple con esos intereses será la que intente, mediante la mixtificación de la conciencia social, hacer olvidar la realidad inexorable de las contradicciones de clase. Los elementos que maneje esa ideología variarán según las clases que la utilicen y según las clases a quienes se dirija. Específicamente, el pensamiento con-

trarrevolucionario español (*)intenta la justificación ideológica del orden feudal ante aquellas capas de población que, por naturaleza, permanencen *vacilantes* entre la burguesía (clase entonces revolucionaria) y las capas residuales del feudalismo, a fin de movilizarlas en la empresa de frenar la marcha ascendente de la burguesía democrática. Estas capas vacilantes (campesinado, pequeña burguesía artesanal y comercial) están *objetivamente* interesadas en la liquidación total del feudalismo; pero *ideológicamente* son susceptibles de movilización, ya que en algún caso existen razones particulares reales para que, momentáneamente, combatan a la burguesía.

Este es el aspecto más importante del tradicionalismo. Persigue, no tanto la toma de conciencia de las castas reaccionarias del país, cuanto la *implicación* de esas clases « neutras » (al decir de Costa) en su lucha particular de clase. Está al servicio de aquellas capas residuales del feudalismo, pero se ha elaborado y dirigido a la clientela política de esas fuerzas vacilantes. La ideología política, al servicio de los intereses políticos de la clase más reaccionaria, se esfuerza por ensanchar la base de acción política de aquel grupo, implicando y movilizando, mediante generalizaciones destinadas a mixtificar su conciencia, a otros sectores sociales. El feudalismo no necesita para agrupar políticamente sus fuerzas de justificaciones ideológicas; lo que necesita es una teoría que « absolutice » sus intereses específicos, presentándolos como válidos para otras capas de población. En otra ocasión podrán analizarse los elementos con que el tradicionalismo intenta esa « generalización ».

Ya hemos visto cómo, en España, el pensamiento contrarrevolucionario termina identificándose únicamente con uno de los dos grandes bloques de fuerzas sociales residuales del feudalismo. El monopolio de la teoría por el bando derrotado en las dos guerras civiles hace que la oligarquía cerealista consolidada en la Restauración, no pueda utilizar tal arma. Aunque está en armonía con sus intereses, se la asocia con el bando carlista. La Restauración no produce, apenas, ideologías gubernamentales que vivan más allá de la sesión de Cortes. El arma teórica está en manos de la « oposición » carlista. No tardará mucho tiempo en que el arma cambie de manos.

En cuanto a los motivos implicadores, aparte del religioso, permanece el común a tanta ideología reaccionaria del siglo: el temor a la burguesía, a las ciudades y a la nueva industria, que se utiliza entre el campesinado. Hay un tercer motivo de particular interés, ya que en él coinciden las reivindicaciones justas de grupos nacionales y los propósitos mistificadores de la Iglesia. En efecto, la bandera « foralista » es el gérmen de la lucha por la autodeterminación de las naciones incluidas forzosamente en

---

* Aunque se desprende del conjunto de este trabajo, conviene precisar, para aquellos lectores posiblemente no familiarizados con todos los planteamientos concretos de la lucha ideológica en España, que el autor entiende bajo el concepto de « pensamiento contrarrevolucionario » aquella corriente específica del tradicionalismo español que, de Donoso Cortés a Calvo Serer, se enfrenta con los problemas suscitados por el proceso histórico de la revolución democrática. Es obvio que existen en España otras corrientes ideológicas contrarrevolucionarias, aunque no se definan genéricamente como tales, cosa que sí hace el pensamiento tradicionalista, cuyo análisis es objeto de este ensayo. (Nota de la Redacción.)

el Estado plurinacional castellano. Como tal, es una lucha de ineludible planteamiento. Euzkadi, Cataluña, Galicia, poseían cada una una completa comunidad de idioma, de territorio y de psicología (manifestada en una cultura nacional, fundamentalmente popular). Pero, hasta el paso al capitalismo, no podía darse otro factor fundamental: la vida económica común. Este es justamente el momento en que se inician los primeros síntomas de que esas naciones virtuales tratan de hacerse reales, en los terrenos cultural y educacional, primero, en el derecho a la autodeterminación política, después. Tal es el caso de Cataluña y las Vascongadas. La acelerada industrialización supone la unificación definitiva de esos pueblos en naciones. La burguesía industrial, nueva clase ascendente, oscila entre encabezar la lucha por la independencia o aliarse a la burguesía agraria del centro, para asegurarse el mercado castellano merced al establecimiento de aranceles proteccionistas. Será en los comienzos del siglo XX (fundación de la Lliga Catalana, aparición en la vida política de Sabino Arana), cuando esa contradicción se resuelva en la dirección autodeterminista.

Aquí es donde el « foralismo » (agrario, pequeño-burgués) se transforma en « nacionalismo burgués » (industrial), que arrastrará, tras la burguesía como clase dirigente, a la mayoría del pueblo. Lo que en las guerras carlistas fué una empresa feudal, pasará a ser una empresa burguesa. El carácter burgués de la lucha por la autodeterminación no es óbice para que el proletariado y las clases populares participen en esa lucha, ya que sus intereses, aunque no coincidan con el interés nacionalista burgués, aunque ofrezcan un planteamiento de clase diferente, están por el derecho a la autodeterminación nacional. En este sentido, toda lucha nacional puede suponer, momentáneamente, una debilitación de los antagonismos de clase, y como tal, puede hacer el juego a las clases detentadoras del poder, dentro del marco nacional (9). Si bien una clase obrera desarrollada, en este trance, lucha por *transformar* el carácter de la lucha por la autodeterminación y trata de convertirla en lucha socialista y no capitalista, une clase obrera sin cuadros dirigentes inspirados en una teoría revolucionaria científica, con débil conciencia de clase, poco desarrollada, también será afectada por esa atenuación posible de las contradicciones de clase.

Esta conversión del « foralismo » en « nacionalismo burgués » es decisiva para el tradicionalismo. Hasta los comienzos del siglo XX, la burguesía industrial vasca y catalana lucha, en una adecuación perfecta a la correlación de clases en ese momento, contra los restos feudales. La Iglesia, como poder social, encabeza una guerra de segregación nacional, sobre bases regionales; las clases medias (particularmente agrarias) oscilantes, la secundan. Entonces, la única opción de la burguesía regional es pelear

(9) *El franquismo ha sabido aprovechar bien esta circunstancia. Durante muchos años, la hábil explotación del mito del « cerco internacional » ha servido para aminorar las contradicciones entre el capital financiero y la oligarquía latifundista, por un lado, y la burguesía nacional, por otro. Hasta el fútbol, hinchado por la prensa a la que se obliga a dar determinadas páginas mínimas de deportes, ha sido utilizado para este fin. En estos últimos tiempos, aunque sea en forma paulatina y no muy visible, este chovinismo va dejando paso al verdadero patriotismo, el que pone al desnudo la verdad de esas contradicciones.*

contra esa guerra foralista, porque su planteamiento es un planteamiento de clase, exactamente el de las castas reaccionarios. Pero, pasado medio siglo, vemos cómo la burguesía industrial y de las ciudades se pone a la cabeza de esas clases medias y de las clases populares, precisamente bajo unos lemas que proceden directamente de aquéllos que combatió en las guerras carlistas. La burguesía ha pasado a ser la clase directora de esas comunidades nacionales; ha derrotado (en regiones minifundistas) los restos de feudalismo, y plantea ahora, a su modo , la lucha por la autodeterminación.

Este cambio en la correlación de clases supedita un cambio de ideologías. Al tradicionalismo le sustituye el nacionalismo burgués; y en los próximos tiempos, a este planteamiento de la lucha nacional le sucederá un planteamiento socialista, bajo la dirección de la clase obrera.

Volviendo sobre los acontecimientos históricos recordados, no queda sino señalar el fracaso del tradicionalismo. Convertido en arma de la Iglesia, su intento de hallar eficacia social en las clases campesinas y pequeñoburguesas encuentra la respuesta de dos guerras perdidas. Los hombres de la Restauración se bastan con el ejercicio de hecho del poder. Sólo a partir de 1909 comienzan a necesitar algo más que la organización caciquil. Dentro del proceso, que formalmente nace de esa fecha, la consolidación de la burguesía y aparición en la arena política de la clase obrera, tiene su oportunidad el tradicionalismo.

Desde el 14 de abril de 1931, se acelera la revolución democrática española y con ello cobra insospechada vida el pensamiento contrarrevolucionario. Factores decisivos para ello son el pacto de Alfonso XIII y el « abanderado de la tradición », don Alfonso Carlos; la fundación del grupo « Renovación Española », en el que los monárquicos « liberales » de la Restauración se transforman en monárquicos « tradicionales »; la revista « Acción Española »; el pacto electoral del « Bloque Nacional »; la activa contribución a la preparación del golpe militar del nuevo « abanderado » Javier de Parma. La razón del resurgir del tradicionalismo no es otra que la de su apresurada adopción, como arma ideológica, por parte de la oligarquía financiero-latifundista. Si ésta, durante los años tranquilos de la Restauración, pudo desaprovechar la idoneidad de esta teoría, la inminencia de momentos revolucionarios hace que la reacción española se agrupe en buena parte tras las banderas tradicionalistas.

Casi simultáneamente, aparece una nueva expresión, actualizada coreográficamente, de la mentalidad contrarrevolucionaria: el falangismo. Tras el discurso de la Comedia, en octubre de 1933, un autor tradicionalista da testimonio de las esenciales semejanzas: « *En lo fundamental, la coincidencia (entre falangismo y tradicionalismo) es notoria* », excepto « *algunas discrepancias — por estridencias sin duda de lenguaje — que en materia social le separan del tradicionalismo* », « *años y años que el tradicionalismo dijo cosa parecida* » (10).

Ambos motivos, claramente reaccionario el uno, burdamente disfrazado el otro, acordes en sus líneas generales, terminaron uniéndose, un

(10) *Víctor Pradera*, « *¿Bandera que se alza?* », *Antología de Acción Española*, Burgos 1937, pdg. 217.

tanto forzosamente, en el hoy ya desguazado « partido único » : Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Falangismo y tradicionalismo intentan unir al carro de la oligarquía a las clases medias, vacilantes, utilizando, como importante elemento implicador, la creencia religiosa. Hasta la revolución de Asturias, las clases medias no caen en la trampa de tan perjudicial alianza : o contribuyen al avance de la revolución democrática, aunque intenten limitar la participación en ésta de la clase obrera, o se encuadran en los marcos, más o menos democráticos, de los partidos burgueses de derecha. Pero desde los acontecimientos de Asturias, y aún más, desde el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, la correlación de fuerzas da un giro notable. Los agresores del 18 de julio, mientras preparan la sublevación, fomentan el temor de los pequeños propietarios hacia el socialismo y de los católicos hacia las posibles medidas contra la organización eclesiástica. Sin embargo, aunque la revolución democrática sea un paso hacia el socialismo, en 1936 España aún tenía pendiente una radical transformación económica, política y social del país, que no implicaba la supresión de la pequeña propiedad campesina, comercial e industrial. El grupo de futuras « víctimas » (grande terratenientes, monopolistas industriales), utilizando armas ideológicas apropiadas, pretendía embarcar en la inminente guerra de agresión un mínimo de adhesión popular.

Así, únicamente ante la desvirtuación por parte de las fuerzas del capitalismo financiero y del latifundismo de los objetivos y procedimientos de la revolución democrática, vacilan esas clases medias, por naturaleza vacilantes, y se hace posible una plataforma social que, al menos, sea neutral en los primeros tiempos del golpe militar. Cuando la resistencia del pueblo español hizo que el alzamiento se transformara en una guerra de tres años, en las zonas ocupadas ya por los « nacionales », los efectos de la mistificación de la conciencia de las clases medias fueron las « banderas » de Falange y los « tercios » del Requeté. Pequeños campesinos, intelectuales, funcionarios, pequeños industriales y comerciantes, se embarcaban en la nave de regreso a la explotación por la oligarquía financiero-latifundista, sin tener conciencia de sus reales conveniencias de clase.

La estructuración del nuevo Estado, tras la guerra, se realizó bajo la tutela de las Potencias del Eje. No es de extrañar por ello que la expresión contrarrevolucionaria dominante fuera la falangista. Los De Maistre y Maurras del nuevo andamiaje doctrinario, serán Gentile, Rocco y Rosenberg (11). Sin perjuicio de examinar detenidamente, en su día, lo peculiar del falangismo, es necesario destacar lo que fué su gran intento... y su gran fracaso : « embarcar », mediante la mistificación de su conciencia de clase, al proletariado en la « empresa nacional » de ser explotado por el capital financiero y los propietarios latifundistas. La demagogia, las obras

(11) *De la total falta de fecundidad de los supuestos doctrinales falangistas es buena prueba la casi nula labor de sistematización y revisión de los mismos. En tal sentido, ofrece algún interés — no para sus autores, desde luego, hoy día seguramente « olvidados » de tan desventurada empresa — « El Estado Nacional Sindicalista » (Barcelona, 1940) de Luis Legaz Lacambra, y la « Doctrina del Caudillaje » de Javier Conde.*

benéficas y asistenciales, la retórica, han sido empleadas para conseguir tal objetivo. Durante muchos años, las fuerzas del orden han visto en los discursos de Girón la garantía de la tranquilidad. Pero la lucha de clases ni se suprime ni se crea por decreto ; es el motor de la historia. La clase obrera española, la catalana, la vasca, ha demostrado en estos últimos años su fuerza. Lo que en muchos años de franquismo fué lucha ilegal y clandestina, es ahora, dentro de las condiciones mismas creadas por un Estado policíaco, una franca y decidida acción, a la vista de toda la nación.

A partir de 1950, el tradicionalismo tiene un nuevo resurgimiento, en sus formulaciones clásicas. Al propio tiempo, la ficción del « partido único » se está viniendo abajo, y los grupos políticos se van deslindando. La razón decisiva de la « vuelta » al pensamiento contrarrevolucionario tradicionalista ha sido el haberse convertido en la bandera ideológica del Opus Dei, encuadramiento político sucesor de los bandos y grupos carlistas y de Acción Española.

También hay que considerar como importantes las razones internas de descomposición del equipo falangista, tales como la derrota del fascismo internacional; el fracaso de la « nacionalización » de la clase obrera ; la superación de la retórica del falangismo por las nuevas generaciones, radicalizadas al máximo ; la mediocridad de sus líderes políticos ; el abandono por parte de los intelectuales de toda posición falangista (12); la hostilidad del país entero contra el símbolo de la burocracia y del enchufe; la tradicional aversión de la derecha española hacia la Falange. Libre el camino de acceso al poder, una camarilla ha sustituído a otra. La « carrera » que inició el Opus ha culminado en la última crisis ministerial, pero su comienzo se remonta al año 1950.

Con gran despliegue de recursos económicos, el Opus Dei se introdujo en la vida política española, precisamente a través de una campaña ideológica. En sus numerosas publicaciones, ha reeditado clásicos del tradicionalismo, traducido obras de todos los reaccionarios europeos en buen uso (con Bertrand de Jouvenel como gran figura) ; « vuelve » a Menéndez y Pelayo y a Maeztu ; lanza « nuevos valores » (13). La cabeza visible

(12) *Hoy día, todos los antiguos falangistas de alguna categoría intelectual, están a mil leguas de sus anteriores posturas. Así Dionisio Ridruejo, encarcelado por defender la reconciliación nacional, Pedro Laín, Antonio Tovar, Javier Conde, Rodrigo Fernández Carvajal.*

(13) *Como pasatiempo para largas veladas de invierno, es recomendable la lectura del ensayo « Maeztu y la Revolución » del joven caballero Gonzalo Fernández de la Mora (publicado como prólogo al libro de Maeztu, « Frente a la República », Madrid 1956), buena prueba del nivel mental de esta nueva hornada de contrarrevolucionarios. Como muestra de esas inefables páginas, recojo estas frases : « Para el marxismo la revolución es el acto de fuerza de la masa proletaria universal ». « La formulación marxista... no admite más revolución que la proletaria ». « ... en la U.R.S.S. lo verdaderamente revolucionario será proclamarse capitalista ». « Las más de las revoluciones las hacen minorías aristocráticas, en el sentido etimológico de este vocablo... los relevos se efectúan dentro de un mismo plano social : Inteligencia ». Si esto último fuese cierto, aparte de todo ¡ ¡ triste carrera política la de Fernández de la Mora ! !*

del grupo en el sector intelectual (en el político ese papel corresponde al triumvirato Carrero Blanco, Vigón, López Rodó), ha sido, a través de estos años, Rafael Calvo Serer, con la colaboración de Florentino Pérez Embid, Vicente Marrero, Rodriguez Casado, etc. ¿Qué características ofrece este nuevo resurgimiento? ¿Qué perspectiva de continuidad pueden calculársele?

El « neotradicionalismo », en primer lugar, tiene el decidido afán de « ponerse al día », remozando las glorias olvidadas. En particular, la respetable figura de Menéndez y Pelayo ha servido de « muerto » para especular, construir teorías, y « adivinar actuales soluciones ». « *En la labor intelectual de Menéndez y Pelayo y en la reconstrucción que él hizo de la conciencia española, siguiendo la línea del pensamiento contrarrevolucionario, están las bases firmes para la única solución valedera de tan fundamental disputa* » (14). De esta forma se intenta suprimir el hecho de un pasado y una tradición democráticos, y cerrar el paso a toda polémica. Sin embargo, la utilización de Menéndez y Pelayo como padre de la « tradición » que el Opus Dei pretende única, no hace olvidar a nadie su verdadera significación política y humana, tan lejos del sectarismo de sus epígonos. Junto a esta equívoca vuelta a Menéndez y Pelayo, los « téoricos » del Opus buscan un remozamiento, aunque sea formal, en otros pensadores reaccionarios europeos, e incluso se permiten ciertos pinitos neohegelianos y citas « terriblemente atrevidas » de Nicolai Hartmann y Peter Wust.

Una segunda característica, de gran importancia política, es el forzoso abandono de la concepción descentralizadora y foralista. Las utopías medievales han dejado paso a un férreo estatismo nacionalista. El tradicionalismo de Vázquez de Mella insistía en la existencia de una pluralidad de grupos dentro de la sociedad global. Definía la nación como « sociedad de sociedades ». Frente a esta concepción, el neotradicionalismo utiliza el pensamiento de Maeztu, considerablemente más totalitario. Como indica uno de sus comentadores ortodoxos : « *Maeztu montó toda su teoría del Estado sobre una idea absolutamente nuclear... el reconocimiento del orden público como supremo bien político* ». La otra cara de esta « idea nuclear » es un nacionalismo chovinista a ultranza. Para ello se utilizan las disparatadas ideas racistas del Menéndez y Pelayo joven, que su biógrafo Laín pone en irónica cuarentena, y la desdichada « Defensa de la Hispanidad » del proprio Maeztu. La hispanidad es, para Maeztu, nada menos que una « Weltanschaung », al propio tiempo que un sistema político, una « hermandad de pueblos hispanos » (seguramente similar a la « hermandad » hispanocubana en 1897). Ambos lados, el irracionalismo metafísico que pretende « *restaurar el espíritu español en su españolidad* », y el larvado imperialismo, tan similar al de J. A. Primo de Rivera, son, en última instancia, la justificación de un centralismo autoritario y la imposición de la artificial unidad del capital financiero y la oligarquía central. El cambio de carácter del tradicionalismo en este aspecto, es total. Y comprensible. El regionalismo campesino y pequeño-burgués, ha sido sustituído en los últimos 50 años por una decidida acción de Euzkadi, Cataluña y Galicia hacia la autodeterminación. Por otro lado, este neotradicionalismo no está ya al servicio exclusivo de la Iglesia feudal de la época de las guerras

(14) *Rafael Calvo Serer, « España sin problema », pág. 10.*

carlistas, sino más predominantemente al de la alta burguesía agraria del centro, tan necesitada de «unidad nacional». El cambio de carácter queda perfectamente explicado.

Como tercera característica, el grupo de Calvo Serer ofrece la de renovar las rudimentarias nociones económicas de la «tradición» para sustituirlas por el «descubrimiento» del capitalismo popular. Como ocurrió antes con la teoría keynesiana, esta fórmula mítica del imperialismo americano nada tiene que ver con nuestro país. Desde posturas profesionalmente honestas de algunos de los economistas de ARRIBA y PUEBLO, aun dentro de la legalidad franquista, esta exhibición de desvergonzada ignorancia ha tenido su réplica. Keynes sirvió de «justificación» de una política inflacionista y de ahorro forzoso. El capitalismo popular pretende ser ahora el mito del futuro. Paradójicamente, el pecado original de la revolución industrial, dentro del sistema tradicionalista, se redime, en la obra de los neotradicionalistas, por la gracia santificante de la productividad y de la automación.

Por último, el Opus Dei escamotea los problemas nacionales detrás de respuestas técnicas, que en nada solucionan problemas políticos. En su lenguaje : «*España no tiene problema, sino problemas*». La idea de sustituir la política por la «buena administración» es una idea standard de la mentalidad de la pequeña burguesía. En otro tiempo, justo sería augurarla una eficacia en esos medios. Pero hoy, todo el mundo sabe que el problema de España existe y que tiene dos soluciones : dictadura o democracia; corrupción o control; arbitrariedad o justicia; paternalismo o representación; opresión o libertad; monopolios privados o del Estado; tierra de unos pocos o tierra para quien la trabaja. Hasta la pequeña burguesía comprende que esos problemas son la base de los otros, que no todo consiste en llevar bien las cuentas de la cocinera.

¿Qué arroja este breve examen de las características más notables, diferenciales, del tradicionalismo opusdeista ? ¿Qué perspectivas de eficacia social se le ofrecen a este tradicionalismo ? Esta fórmula ideológica, utilizada por las fuerzas más reaccionarias del país para justificar su política y su ejercicio del poder frente a las clases vacilantes y aliarlas a su empresa ¿conserva posibilidades de largo alcance ? Son muchas las razones que hacen creer que el medievalismo está librando su última pelea, pero fundamentalmente pueden resumirse en estas tres.

Anto todo, la mala compañía en que va el tradicionalismo. El Opus Dei, versión siglo XX de los Apostólicos fernandinos, sólo ha podido llegar a tener influencia en el país en un régimen de camarilla como el franquista. Pero estar en el gobierno de Franco *hoy*, como grupo o como ideología, supone no estar en el país *mañana*, quedar al margen de las fuerzas políticas realmente representativas.

En segundo lugar, ya indicábamos que el tradicionalismo ha perdido su fuerza social. En la futura España democrática, hoy mismo, no le quedan al tradicionalismo más que escasos restos, y exclusivamente en el campesinado atrasado, de clientela política. El tradicionalismo, durante años, se ha afirmado polémicamente frente a los partidos nacionalistas. La fuerte burguesía, la poderosa y consciente clase obrera industrial de Euzkadi, Cataluña, e incluso Navarra, han debilitado al máximo las condiciones que hacían posible la influencia política del tradicionalismo.

Por último, se registra un paulatino cambio en la manera de enfrentarse el catolicismo español con los problemas sociales y políticos. No es ya sólo la clase obrera católica, ni los universitarios católicos avanzados, los que abogan por un enfoque no confesional de la política, sino incluso los sacerdotes jóvenes. Y si el tradicionalismo pierde su apoyatura confesional, prácticamente será una forma teórica vacía, inútil para las maniobras ideológicas de los sectores reaccionarios del país. La Iglesia, en cuanto grupo social, no ya sólo los católicos, también varía de rumbo. Comprendiendo lo efímero de los beneficios obtenidos con el franquismo, *objetivamente* está interesada en tolerar un libre desarrollo de las fuerzas y corrientes democráticas, y de hondo contenido social, que comienzan a dibujarse entre los católicos españoles. Ramiro de Maeztu planteaba : « *O la Cruz, o la hoz y el martillo* ». La traslación de un antagonismo ideológico a términos políticos resulta inadecuada, como hoy reconoce el catolicismo progresista. Catolicismo y marxismo resultan contradictorios en cuanto posturas filosóficas totales. Pero a la hoz y el martillo no se le opone la Cruz, sino el yugo y las flechas, los haces fascistas o la cruz gamada. La hoz y el martillo representan la unión de los trabajadores del campo y de la ciudad, la unidad de la clase obrera, la representación política de esa unidad. La Cruz, una creencia religiosa, con la cual se discute en el plano de las ideas. Y esto lo empiezan a pensar ahora, no sólo los marxistas, sino también los católicos. Aparte de la enorme importancia que esto tiene para el porvenir de España, en el caso del tradicionalismo puede significar su definitiva condena de muerte.

VEINTE AÑOS DESPUÉS: FEDERICO GARCÍA LORCA

por Juan Rejano

Con motivo del 20 aniversario de la muerte de Federico García Lorca, tuvo lugar en México un acto conmemorativo, en el que el poeta Juan Rejano pronunció una conferencia.

***En la imposibilidad de reproducirla íntegra,* publicamos a continuación un amplio fragmento de la misma. (Nota de la Redacción).**

★

¿ Fué García Lorca, realmente, un poeta popular? Si por popular se ha de entender uno de esos poetas facilones que, con exiguas monedas del idioma hacen sonar estribillos y lugares comunes para el regodeo mesocrático, no. Federico era lo opuesto. Tenía el « ángel » y el « duende », para emplear el término que él mismo definiera ; poseía la grácia y el secreto ; pero era también poeta de esfuerzo y trabajo, de mucho estudio, muchas tentativas, muchas búsquedas y no pocos tropiezos. Pero si por popular entendemos ese hilo de agua virginal y honda por donde nos llega la experiencia sensible, el saber acongojado o jubiloso, dulce o amargo que el tiempo humano ha ido acumulando, entonces sí, entonces García Lorca era — y es — un poeta popular, un poeta lleno de caudales populares. No un poeta popular adrede, tampoco, uno de esos artistas de la palabra que, por medio del bello artificio, fingen el sentido de lo popular. Nada más lejos de Federico que el popularismo culto, como más de una vez se ha llamado a ese retruécano literario que, cual lo arcaizante en el estilo, es una manera de inhibirse de los problemas estéticos que con sus correspondientes formas lleva en sí cada época. Lo popular en arte no es erudición ni acarreo folklórico, aunque el folklore sea uno de sus elementos. Es simplemente creación, creación con todo aquello que la tradición del pueblo ha puesto a nuestro alcance y que nosotros, después de establecerlo en el espíritu, lo devolvemos hecho signo de

nuestra personalidad. Es decir, lo popular, en este caso, es un determinado y sincero modo de ver, de sentir, de expresar.

Por cualquier parte que nos acerquemos a la poesía de García Lorca, encontraremos la prueba :

Vine a este mundo con ojos
y me voy sin ellos.
¡ Señor del mayor dolor !
Y luego,
un velón y una manta
en el suelo.

Quise llegar a donde
llegaron los buenos.
¡ Y he llegado, Dios mío !...
Pero luego,
un velón y una manta
en el suelo.

Limoncito amarillo
limonero.
Echad los limoncitos
al viento.

¡ Ya lo sabeis !... Porque luego,
luego,
un velón y una manta
en el suelo.

Federico poseía el dón de lo popular. Claro está que, para madurarlo, necesitó, como decía antes, el estudio, la laboriosidad, y a Lorca, además de la herencia que había recibido por la tradición oral, además de su cultura literaria, le sirvió de mucho su educación musical.

Federico fué músico de manera natural, espontánea ; pero también lo fué por vocación y dedicación. Estudió el piano, aprendió armonía y composición, tañía la guitarra. Las canciones populares que recogió y armonizó para Encarnación López son una muestra de su talento musical, pero sólo una pequeña muestra. Lo importante era oirlo cantar, al piano o a la guitarra, aquellas tonadillas, aquellas coplas que en su voz rota y opaca, *como de « cantaor viejo » parecían surgir por primera vez* a la vida. Moreno Villa, en dos de sus libros publicados en México (1), dejó algunos trazos muy vivos del Lorca musical. Después de describirnos los momentos en que Federico, rodeado de amigos, se sentaba al piano o abrazaba la guitarra para entonar sus canciones, el escritor aduce : « Yo diría que Federico era un alma musical de nacimiento, de raíz, de herencia milenaria. La llevaba [la música] en la sangre, como la llevaba la « Argentinita », o la, llevaron Juan Breva y Chacón... Federico daba la impresión de que manaba música, de que todo era música en su persona. Sus sonrisas y sus risas, lo mismo que sus iniciativas vitales o teatrales. Este era su verdadero

---

(1) J. Moreno Villa : « Vida en Claro ». Autobiografía. El Colegio de de México, 1944.

secreto o poder fascinador, Despedía música» (1). Más adelante, Moreno Villa advierte « Su alma musical era muy distinta de la de los grandes músicos creadores que uno ha conocido. Era un alma musical popular retozona y desesperada al mismo tiempo, sin la pedantería de la música sabia, pero con el brío de la manzanilla y del tomillo, con la noble franqueza del toro y con la intimidad de una mesa de camilla ». Por último, el escritor se pregunta : « ¿ Hay relación entre la capacidad musical del hombre y su simpatía humana ? » Y se responde a continuación : « En Federico la musicalidad fué humanidad, fué calor humano ». Yo añadiría : e incentivo para subir a muchas de sus creaciones poéticas.

Es cierto que la música, como la pintura y el dibujo que también cultivó Federico con cierta originalidad, no era sino una rama menor en el árbol de su personalidad ; pero, relacionándola con su obra de poeta, tiene una especial significación, García Lorca fué amigo y discípulo de Falla. De él recibió enseñanzas, orientaciones. Con él — y con otros artistas — organizó aquel famoso concurso de « cante jondo », del año 22, que en ciertos aspectos supuso un retorno a la vieja canción andaluza que ya se estaba olvidando. Pues bien, si miramos atentamente la obra de creación de uno y de otro — de Falla y Federico —, nos daremos cuenta de que en ambas se origina el mismo proceso, con idénticos resultados. El maestro Falla ha sido el músico más eminente que ha dado España desde la época de los polifonistas y los vihuelistas. Y su grandeza estriba en haberle devuelto a la música española su esencia nacional, que ya desde Pedrell, con Albéniz y otros compositores, empezaba a manifestarse. Falla retorna a las fuentes de la tradición — de la tradición escrita y oral — y encuentra en lo popular la base para un renacimiento musical. Pero no la utiliza, no utiliza lo popular como podría hacerlo un folklorista ni, menos, como lo han hecho algunos corifeos del casticismo, sino que lo trasfunde, en su propia invención y, con aquel caudal de sabiduría técnica que poseía y aquella pureza de medios y propósitos que le inspiraba, levanta una de las obras musicales más grandes de nuestro tiempo. España encontró en ella, nuevamente, universalidad. La riqueza rítmica española — la andaluza, especialmente — que es uno de los fundamentos de nuestra música, tiene en Manuel Falla cabal expresión. Lo popular en el compositor de las « Noches en los jardines de España » es una conducta, no una divertida aventura, ni un truco. Lo mismo, exactamente lo mismo que en García Lorca.

★

Y ahora estamos en disposición de entrar en la obra del poeta. Pero, antes, valiéndonos de las reflexiones que acabamos de hacer, podemos llegar a esta conclusión : la poesía de García Lorca — lo lírico y lo dramático — es una poesía entrañable, una poesía apegada al hombre y su drama. Viene de la tierra, de su tierra propia y definible, de la tierra de España, y late al unísono con el corazón del hombre español y, por ello mismo, del hombre universal. No es un juego intelectual, aunque a veces lo parezca. Esta poesía está cargada de resonancias humanas y cargada también de temporalidad, esa condición tantas veces requerida por Antonio Machado para toda auténtica creación poética. Ello explica, en buena parte, que la obra de Lorca se salvara del torbellino de tendencias, modas, experimentos, más o menos pasajeros, que se cruzó en su camino y en el que muchos desaparecieron o quedaron inválidos. Y, a su vez esta explicación nos sirve para comprender por qué la poesía lorquiana, aun siendo en ocasiones aparentemente hermética, no cayó bajo la divisa que ha identificado a una porción considerable del arte burgués de nuestro tiempo : lo minoritario. No, Federico García Lorca supo llegar con su palabra a los grandes núcleos

---

J. Moreno Villa : « Los autores como actores y otros literarios de acá y de allá »., El Colegio de México, 1951.

humanos. Yo he conocido en España y en América gentes del pueblo que sabían de memoria poemas de García Lorca y que encontraban un verdadero placer estético recitándolos. ¿ Puede llegar a mayor gloria un poeta ?

Cuando Federico nace a la vida literaria, están cruzando por ella vientos contrarios, fenómenos diversos, que pretenden renovar el viejo tronco, un poco derrengado, es decir, academizado, en que aquélla cosecha sus frutos. Es la época del dadaísmo, del superrealismo — del ultraísmo en España ; la época del creacionaismo, del vánguardismo y no sé cuántos ismos de añadidura. Federico no desdeña estos aires de rebeldía y renovación. Es más : atrapa algunos de ellos con hábiles manos y los inserta en ciertos pasages de su obra. En ciertos, nada más. Yo diría que el poeta lleva a cabo esta operación un poco pudorosamente. Nunca cae de lleno en la seducción que emana de tal o cual corriente del momento. Y es que Federico sabe que lo permanente de ese mundo poético que lleva dentro tiene ya su fisonomía propia, aunque todavía no se haya revelado del todo, sabe a lo que aspira, a dónde va, qué se propone. Es, en definitiva, la imagen acendrada del hombre que en redor suyo se mueve.

Pero si aun necesitamos un testimonio más claro de su actitud poética recordemos aquellas palabras suyas, contenidas en una declaración periodística y referidas a una de las cuestiones estéticas que más apasionaron, veinticinco años atrás : la cuestión de la llamada poesía pura. Federico decía acerca de ella : « Ningún hombre verdadero cree ya en esa zarandaja del arte puro, arte por al arte mismo. En este momento dramático del mundo el artista debe reir y llorar con su pueblo... La creación poética es un misterio indescifrable, como el misterio del nacimiento del hombre. Ni el poeta ni nadie tienen la clave del secreto del mundo Pero el dolor del hombre y la injusticia constante que mana del mundo, y mi propio cuerpo y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas ». Y en una carta escrita, más o menos por la misma época, añade : « Yo nunca me aventuro en terrenos que no son del hombre, porque vuelvo tierras atrás en seguida y rompo casi siempre el producto de mi viaje. Cuando hago una cosa de pura abstracción, siempre tiene — creo yo — un salvoconducto de sonrisas y un equilibrio bastante humano ». Cierto. A la actitud contraria es decir, la de la poesía pura y la deshumanización — la minoritaria —, Federico, según cuenta Jorge Guillén (1), la llamaba « lo putrefacto ». En su tiempo, esta violenta denominación tal vez sonara a burla juvenil. Hoy, las burlas se han vuelto veras : quien quiera puede comprobarlo.

★

En la obra de Lorca pueden distinguirse dos grandes secciones, perfectamente delimitadas, aunque sólo por el género, hablando en términos de clasificación literaria. Estas dos secciones son : la poesía lírica y la poesía dramática. Pero, dentro de la primera — y ya en la vecindad de la segunda —, se puede distinguir, a su vez, un apartado, que yo llamaría más bien enlace, que, sin despojarse ni perder sus ricas vestiduras líricas, antes bien, cubriéndose hasta los pies con ellas, crea una variante genérica : es la que pudiéramos denominar poesía narrativa. De esta manera, y apurando la clasificación, es posible situar la poesía lorquiona en tres grupos o aspectos : el lírico, el narrativo y el dramático, y hallar, al mismo tiempo, entre ellos, sus conexiones.

---

(1) *Prólogo a las « Obras completas de F. G. L. ». Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1954.*

Ya el « Libro de poemas », primera salida del poeta, si dejamos a un lado ahora aquellas impresiones en prosa de 1918, resultado de un viaje por Castilla, que, con las narraciones y las conferencias, representan el capítulo menor, aunque no insignificante, en la obra de Federico ; ya el « Libro de poemas », digo, publicado en 1921 por Gabriel García Maroto, maestro siempre en vislumbrar lo que otros no alcanzan, contenía en embrión todo lo que después, con un desarrollo más sabio, sería la poesía de su autor. Pero no sólo el acento, el aire : también, en muchos casos, la temática, incluso la temática — me atrevo a decir — de algunas de las obras que más tarde subirían a la escena. He aquí tres ejemplos, tomados de tres poemas distintos.

Uno :

La sombra de mi alma
huye por un ocaso de alfabetos,
niebla de libros
y palabras.

(1919)

Otro :

Esquilones de plata
llevan los bueyes.
— ¿ Dónde vas, niña mía,
de sol y nieve ?
— Voy a las margaritas
del prado verde.
. . . . . .
— ¿ Quién eres, blanca niña ?
¿ De dónde vienes ?
— Vengo de los amores
y de las fuentes.
Esquilones de plata
llevan los bueyes.

(1919)

Y otro :

El duro corazón de la veleta
entre el libro del tiempo.
(Una hoja la tierra
y otra hoja el cielo)

(1920)

Es curioso este caso. Federico no fué un poeta, digamos, al modo de Antonio Machado o, en cierta manera, de Juan Ramón Jiménez, aunque este último no sea sino parcialmente un ejemplo típico de lo que quiero decir, Machado, a lo largo de toda su obra, es un poeta de unánime perfección. Nace ya con una conciencia clara de lo que se propone expresar y de cómo lo ha de expresar. Parece como si en su voz no hubiese veladuras. Su primer verso puede ser el último, y viceversa. Federico no era así. En su libro inicial — en el « Libro de poemas » — hay vacilaciones y torpezas, no pocas caídas y apagones que denotan los balbuceos, el aprendizaje, y, sin embargo, repito, en él está implícita, y como enunciada, toda la obra posterior. Están ya las canciones para niños, las canciones de luna, las baladas del agua y del aire, los motivos andaluces, los nocturnos, la muerte, los melancólicos interiores y, en medio de ese pequeño bosque sonoro· algunos temas un tanto sorprendentes, como de quien anda buscando su camino, que no volverán a aparecer en la poesía lorquiana.

Y están también — claro — las resonancias de otros poetas, especialmente de los maestros más cercanos : Darío, Machado, Juan Ramón. Resonancias directas o indirectas. Conscientes o inconscientes. Y siempre identificables aquí o allá. Pero tan débiles ante el ímpetu de esta voz grávida de fulgores e impaciencias, que, más que de orientación, le sirven de cortejo. El cántico que está naciendo con Federico es de los que no toleran obstáculos, ni consejos, ni tutelas : se abre paso a través de lo que sea, porque es un cántico intransferible. E incontenible : desde las plantas lo viene impulsando una fuerza generosa, un aliento antiguo y siempre adolescente, que arranca del corazón del hombre y se nutre de su mismo savia.

Si del « Libro de poemas » pasamos al « Poema del cante jondo », escrito en 1921, pero no publicado hasta diez años después, advertimos que Federico empieza a desarrollar aquí, con una mayor hondura de mensaje y de forma, uno de los temas insinuados en su primer libro : el misterio dramático del alma andaluza, aposentado en la canción, en el llamado « cante jondo ». Pero a Federico, al encararse con este tema, no le seduce ni lo folklórico, ni lo erudito, ni siquiera lo que la palabra enseña en la superficie del verso. Eso es lo que hicieron otros escritores y poetas como, por ejemplo, el tan olvidado Augusto Ferrán, que cultivó la brevedad de los cantares para llenarla con sus propias melancolías sentenciosas, y como Manuel Machado que, enamorado de los metros populares, de los « tercios » del cante, que diría un « flamenco », los anima y recrea, inventando nuevas soleares, seguiriyas, cañas, polos, tonás, livianas. No, Federico va más allá : se mete dentro del tema, bucea en sus profundidades, trata de arrancarle su más oculto sentido, porque lo que él busca no es sólo lo que expresa la copla, sino lo que dejó de decir, la raíz el por qué de ella.

En este « Poema del cante jondo » no aparece una sola forma tradicional de la canción andaluza. No hay aquí imitación ni recreación. Se habla de la seguiriya, de la petenera, de la solear, de la saeta, pero se habla desde el trasfondo conmovido de la personalidad del poeta. Es el cante jondo remontándose, transfigurándose en la desnuda pregunta del hombre. Lo contrario de cualquier supuesto flamenquismo. Ya lo dijo el propio Federico en una entrevista : « De expresar yo algo flamenco, sería lo hondo, lo escueto, el fondo primitivo de lo andaluz, la canción que es más grito que gesto » (1). Eso es : el grito. Dicho está exactamente. El grito. Ni la palabra ni la música, sino lo que está más allá de ellas. Andalucía en llama viva. Ya lo he advertido — y que se me perdone la cita — en unas soleares que dediqué a Alfonso Reyes cuando cumplió sesenta años : « Andalucía no canta. — Al cante jondo le sobran — la música y la palabra ». Le sobran porque las lleva dentro, porque las trasladó a su sangre y ya no le queda sino pura garganta : garganta hecha ascua. Tal ocurre con el « Poema del cante jondo ». Las menos referencias directas posibles. Apenas un asidero a la vista. Pero, en esta soledad, cuánta Andalucía auténtica, popular, agónica, jocunda ; cuánta hondura de voz honda — la voz que el pueblo se saca de las entrañas, hasta sentirse el hueco. El hueco y el hueso, que es, en puridad, con lo que canta.

Muerto se quedó en la calle
con un puñal en el pecho.
No lo conocía nadie.
¡ Cómo temblaba el farol !
Madre.
¡ Cómo temblaba el farolito
de la calle !

---

(1) Citado por J. Chabas : « Literatura española contemporánea » (1898-1950). Cultural, S. A., La Habana, 1952.

Era madrugada. Nadie
pudo asomarse a sus ojos
abiertos al duro aire.
Que muerto se quedó en la calle
que con un puñal en el pecho
y que no lo conocía nadie.

★

En los libros « Canciones » y « Primeras Canciones », publicado este último catorce años después de escrito, encontramos el mundo lírico de Lorca, probablemente, en su mayor pureza. Han desaparecido ya los titubeos. Han desaparecido también las influencias visibles. El poeta es ya dueño absoluto de sus medios de expresión. A pesar de su extremada juventud, cuenta ya con un tesoro de recursos. Pero no los dilapida, no los emplea ciegamente. Al contrario, los administra con tal rigor, que no se puede llegar a mayor proeza económica. Federico demuestra aquí lo que es posible hacer en poesía cuando se tiene conciencia de lo que es la sobriedad. Esencialidad frente a retórica. En estos pequeños poemas que apenas llegan a ser un esquema melódico o pictórico, se dice todo con la menor cantidad de materia verbal. A veces, con el silencio. Como a los grandes músicos, a Federico le basta con un acorde, con un sonido, para cuajar un estado de ánimo, un paisaje, un acento del aire, una impresión fugitiva. Todo está como en esqueleto y, sin embargo, nos deja un sabor a pulpa madura y rezumante. Las imágenes, las metáforas fulguran como diminutos astros que nacieran de la tierra y, engastados en ellas, los sentimientos personales del poeta, que siempre está presente cuando el mundo exterior solicita sus sentidos. La infancia y la muerte, la naturaleza y el amor, los juegos, la mitología, los recuerdos, la presencia del pasado, la nostalgia, el tiempo y el sueño, entrelazados, asoman, como por insinuación, a este país de cristal donde habita lo deslumbrante, envuelto en una delgada niebla de melancolía. El destello abriéndose en formas diminutas, tal apunté antes. Esa es aquí la gran aspiración de Federico. Pues, como él mismo quería, « Granada ama lo diminuto », y en Granada « se limita el tiempo, el espacio, el mar, la luna, las distancias, y hasta lo prodigioso : la acción ». Porque, en fin, « comprendiendo el alma íntima y recatada de la ciudad, alma de interior y jardín pequeño, se explica también la estética de muchos de nuestros artistas más representativos y sus característicos procedimientos » (1). Así nos explicamos nosotros, en estas canciones, la estética de Lorca. Así se manifiesta y permanece, fino chopo vibrátil sobre la dilatada ribera.

★

Pero Federico no es un poeta localista. Aunque Granada palpite en él, su sensibilidad necesita saltar los límites, ganar territorios más extensos. Hace tiempo que otra canción más ambiciosa suena en sus adentros. Siente, además, la necesidad de una comunicación más amplia, de llegar a los vastos auditorios y hechizarlos con

---

(1) « Granada. Paraíso cerrado para muchos » en « Obras completas de F. G. L., Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1954.

su palabra musical. Hasta ahora, su poesía, no por afán minoritario, sino por su inalterable subjetividad, apenas ha traspuesto las fronteras de los grupos intelectuales. En adelante, sin perder sus virtudes primeras, tendrá que revestirse de otros atributos para nagivar por mares altos. Entonces crea el « Romancero gitano ».

Este libro señala uno de los momentos cenitales de la poesía española contemporánea. Pero no por lo que algunos suponen, cortos de vista, atentos sólo a la epidermis de la anécdota, al gitanismo pintoresco, sino porque con él está naciendo para el pueblo un poeta nacional. Con el « Romancero gitano », Lorca abre en su obra poética el apartado de lo narrativo — y el paso hacia lo dramático — que ya estaba esbozado en algunas composiciones de sus libros anteriores, y se sitúa en el cauce de la gran tradición española, la de los viejos romances anónimos y la de los romances cultos que, del siglo XVI, llega a nuestros días con Cervantes, Góngora, Lope, Quevedo, Meléndez Valdés el Duque de Rivas, Zorilla y Antonio Machado.

Federico enriquece el romance, dándole una hondura imaginística que hasta entonces no había tenido. El poeta sabe que esta épica menor que ahora se dispone a cultivar necesita, como toda épica de nuestros días, un sustento lírico que la acerque al gusto dominante, ya que de lo contrario sería difícil mantenerla en pie, y la viste entonces de unas calidades excepcionales que, sobre su belleza rítmica y estrófica, la hacen realmente fascinadora. Pero llega a más : busca a su héroe en el gitano que, salvo muy escasas ocasiones y con carácter episódico, apenas había entrado en los predios de la poesía, y en la vecindad del gitano hace figurar arcángeles, guardias civiles, personajes bíblicos y hagiográficos, unos y otros dentro de una exaltada mitología de sangre, persecución, lujuria y muerte.

No es caprichosa esta amalgama. Aparte de que en la poesía de Lorca aparecen con frecuencia temas y alusiones a la mitología pagana y cristiana, la intención del poeta, en esta ocasión, es reducir a un mismo esquema emocional, o sea, a su doloroso reino de sensualidad y mortal espasmo y a su tierra andaluza cargada de imágenes populares, lo abstracto y lo concreto, lo simbólico y lo real. Coherente fusión de elementos dispares que, además del inaprehensible hilo poético, la sostiene el deseo de humanizar por el sufrimiento criaturas y mitos. Los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel (Gradana, Córdoba, Sevilla) pueden ser, así, los guardias civiles celestes de no se sabe qué mal ángel gitano a los alcances, y la meridana Santa Olalla con los senos cortados, la transfiguración mítica de esa apenada Soleded Montoya, la de los pechos como yunques ahumados. Nada es imposible en la fragua metafórica del poeta.

Conviene advertir, una vez más, al llegar a este punto, que el tema del gitanismo no es en García Lorca un tema « literario », dicho sea entre vergonzantes comillas. Precisamente, esa supuesta « literatura » que los cazadores de galas han visto en él es lo que originó el prolongadísimo y multiplicadísimo fenómeno de las imitaciones lorquianas, que todavía, de vez en cuando, asoma su cola, aunque bastante deslucida, por ahí. El Parnasillo menos auténtico de lengua española, de los últimos veinte años, rebosa de Camborios, verdes lunas, claveles varoniles, olivares y yunques, Soledades Montoyas, navajas, jacas cordobesas, varas de mimbre, noches nocheras y otras expresiones archiconocidas.

No, no era eso lo que buscaba Federico en el tema del gitanismo, aunque también eso tenga su importancia, y él mismo lo dijo alguna vez. Con estas palabras : « Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de lo perseguido : del gitano, del negro, del Judío » (1). Es decir lo que García Lorca veía en el gitano era, ante todo, el hombre, el hombre que sufre persecución, la raza proscrita. En esto,

---

(1) « La gaceta literaria ». Madrid, 1931.

como en otras cosas, le movía un sentimiento universal de justicia. Y no podía ser de otro modo, porque Federico, sabía, como lo sabemos todos los españoles, que el gitano, además de ser un cáncer social bastante desagradable, no ha dado nada fundamental a España. Los gitanos son unos andaluces, unos españoles de anteayer. Llegaron al suelo bético, como a otras regiones de la península, en la centuria XV, esto es, cuando Andalucía tenía ya una compleja y rica personalidad madurada por los siglos, forjada por una cultura de hondísimas raíces. Y caso curioso : el único lugar, que yo sepa, donde los gitanos no han logrado liberarse de la influencia del medio ambiente es Andalucía. Andalucía acabó imprimiendo en los gitanos, tan celosos de su idiosincracia tribal, algunas de sus peculiaridades. Por ejemplo, el cante jondo, el baile y los toros, entre otras típicas expresiones de lo andaluz, sedujeron el temperamento de los gitanos y, cultivándolos, consiguieron en ellos indudable y fuerte arraigo. En algunos aspectos, los enriquecieron ; pero no los modificaron. Lo único que aportaron es una especie de barroquismo trágico, muy apegado a su sangre, que ha dado oscuridad, retorcimiento, a lo que antes de ellos debió ser salada claridad como en el verso del sevillano. Andalucía, exenta de gitanismo, sería lo mismo Andalucía que conocemos, pero sin un rizo de fatalismo haragán ni una negra pincelada carcelaria. Los gitanos ho han dado nada fundamental a Andalucía.

Y aquí volvemos al origen del « Romancero gitano », de Lorca. Que, a mi modo de ver, no está en el pintoresquismo del tema, como ya se dijo, ni siquiera en lo que éste pudiese tener de común con ciertos rasgos de la vida andaluza. Está, esencialmente, en el dramatismo de un ser que, por su inadaptación y su espíritu anárquico y contradictorio, resulta una víctima de la realidad social· y por eso Federico, para encuadrarlo exactamente en su canto, acude al género narrativo, que tiene más aliento. Esta poesía es, pues, una poesía de fondo social, como la que hoy escriben muchos poetas, con escándalo de otros que se sienten puros y aislados, tal si vivieran en una redoma. Yo confieso que no entiendo — aunque sí la entiendo — esa oposición a la llamada poesía social. ¿ Pero es que hay alguna que, en mayor o menor medida, no lo sea ? El hombre es un producto social, y todo lo que salga de su inteligencia y de sus manos tiene una raíz social y un valor social. Creo que si la poesía es un relámpago de belleza y de inquietud espiritual que la palabra abre entre los hombres, es también, por ello mismo, un medio de acendrar la condición humana, incluso de defender al hombre cuando los valores esenciales creados por éste se encuentran en peligro.

★

De esta fase de la obra lorquiana no hay más que un paso para entrar en la poesía dramática : para subir a la escena. Federico lo ha dado ya, aunque no con mucha firmeza todavía. Mientras escribía el « Romancero gitano » ha ido componiendo también las escenas de « Mariana Pineda ». Esta pieza se estrena, en Barcelona primero y en Madrid después, por la compañía de Margarita Xirgu, el año de 1927, el mismo en que apareció el libro « Canciones », editado por la Imprenta « Sur », de Málaga, en la colección « Litoral », dirigida por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Años antes, en 1920, Federico había estrenado otra obra teatral, su primera obra, titulada « El maleficio de la mariposa ». Ni una ni otra tentativa escénica consiguieron un gran éxito. Mejor dicho, la primera esto es, « El maleficio de la mariposa », fué un fracaso. No lo merecía, sin embargo.

Pero necesitamos, antes de ocuparnos del teatro, apurar, hasta donde sea posible, el proceso de la lírica lorquiana. Con antelación a su viaje a Norteamérica donde escribe uno de sus libros más valiosos, « Poeta en Nueva York », Federico publica

en la « Revista de Occidente », la « Oda a Salvador Dalí » (1926) y la « Oda al Santísimo Sacramento del Altar » (1928). Las dos obras, escritas en alejandrinos de extremada perfección, tienen, una más que otra, cierto significado dentro de su poesía. La « Oda a Salvador Dalí » es, como han notado algunos críticos, una especie de arte poética, donde el autor va fijando, confidencialmente, al amigo — al amigo pintor — los límites en que la creación estética debe contenerse. Parece como si Lorca pasara aquí por uno de esos momentos en que la conciencia de toda una época gravita sobre el artista, que siente por ello la gran responsabilidad de su misión y trata de definirla y precisarla. Pero Federico no recurre entonces a ningún dogma. Percibe el sentido profundo de su tiempo, lo que éste le exige como intérprete sensible, y va exponiendo unas a modo de normas inefables, en que, sin embargo, el que sepa escuchar con atención recogerá un mensaje congruente.

Los pintores modernos, en sus blancos estudios,
cortan la flor aséptica de la raíz cuadrada.

... ...

El hombre pisa fuerte las calles enlosadas.
El gobierno ha cerrado las tiendas de perfume.
La *máquina* eterniza sus compases binarios.

... ...

Un *deseo de formas y límites* nos gana.
Venus es una blanca naturaleza muerta
y los coleccionistas de mariposas huyen.

... ...

El mundo tiene sordas penumbras y desorden,
en los primeros términos que el humano frecuenta.
Pero ya las estrellas, ocultando paisajes
señalan el *esquema perfecto* de sus órbitas.

La « Oda al Santísimo Sacramento del Altar », que algún historiador de la literatura considera como un instante de crisis en lo que él llama fondo cristiano de García Lorca, creo yo que responde más bien al influjo de una corriente ideológica y literaria que, procedente de Francia, sobre todo, hace unos treinta años, tuvo en España sus adeptos y seguidores, aunque no todos con la misma convicción. Esta corriente fué la que conocemos con el nombre de neocatolicismo, la cual produjo algunas obras aisladas y, sobre todo, una revista de indudable significación en nuestras letras : la revista « Cruz y Raya », que dirigió José Bergamín. Yo apoyo esta opinión mía en el hecho de que, a lo largo de la obra de Lorca, no hay ninguna otra manifestación que pueda emparentarse con la « Oda al Santísimo Sacramento del Altar », sin que trate yo de negar en absoluto que Federico tuviera alguna inquietud religiosa, en el más hondo sentido de la palabra. Pero, aun ateniéndonos al carácter mismo de la composición, no creo que ésta pueda tomarse como modelo de catolicismo ortodoxo. Veamos algunas estrofas, entresacadas de la « exposición » :

Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.
Punzado por tu Padre con aguja de lumbre.
Latiendo como el pobre corazón de la rana
que los *médicos* ponen en el *frasco de vidrio*.

Y más adelante :

Piedra de soledad donde la hierba gime
y donde el agua oscura pierde sus tres acentos,
elevan tu columna de nardo bajo nieve
sobre el mundo de ruedas y falos que circula.

Ya sé yo que cada poeta tiene sus símbolos, sus cifras naturales, que, a veces, aunque lo aparenten, no atentan a lo substancial de su mensaje. No olvido tampoco que, según el dogma, el verbo, el verbo divino, puede hacerse carne, y en esta palabra cabe todo lo humano... y lo divino. Sin embargo, qué distancia entre la actitud de Lorca en este caso y la de los místicos o, simplemente, la de los escritores católicos que alguna vez llevaron a las letras profanas los grandes temas teológicos. Alguien podría objetarme, al llegar a aquí, con San Juan de la Cruz. Pero San Juan, a todas luces, es otra cosa. La poesía de San Juan, que en ocasiones parece operar con irreverencias — ¿quién mejor que él lo ha explicado? —, no hacía sino trasmutar a categorías terrenales, amorosas casi siempre, las categorías divinas, pero dentro de una órbita y un lenguaje poéticos no contaminados de lo oscuro del hombre.

Aun hay más. De la segunda parte de la « Oda » son estos versos que a continuación transcribo :

Escribientes dormidos en el piso catorce.
Ramera con los senos de cristal arañado.
Cables y media luna con temblores de insecto.
Bares sin gente. Gritos. Cabezas por el agua.

Para el asesinato del ruiseñor venían
tres mil hombres armados de lucientes cuchillos.
Viejas y sacerdotes lloraban resistiendo
una lluvia de lágrimas y hormigas voladoras.

Yo no dudo de que García Lorca escribiera este poema, como todas sus obras, con la mejor intención, y por eso sería disparatado que le atribuyera un propósito de profanación más o menos consciente. No. Lo que ocurre, como dice el proverbio, es que del dicho al hecho hay mucho trecho. O, más claramente, que hay aquí más alegoría que doctrina, más estética que fe. Tengo la seguridad de que la « Oda al Santísimo Sacramento del Altar », a despecho de su belleza, no cuenta con la bendición de la Iglesia.

Así, esta pequeña joya retórica, donde, por tal o cual lado, aparece la sal andaluza de Federico, incluso algunos de los motivos característicos de su poesía popular, queda como un hito, algo desconcertante, en medio de la producción lorquiana.

El poeta emprende, poco después, su viaje a Nueva York. En una de sus universidades vive durante un año. Lo acompañan amigos, compatriotas, escritores, artistas. Pero el choque con la ciudad tremenda le hace recogerse en una íntima soledad donde sus nervios se equilibran y vuelve a cantar su corazón. ¿A cantar o a condenar? Imaginemos la dolorosa colisión, la brusquedad del encuentro. Federico, granadino, español de lo diminuto, andaluz con olor a campo y a emociones elementales, dándose de bruces en el murallón más alto del egoísmo, rebotando contra el dolor y la angustia que asordan el zumbido de las máquinas y el tintineo amarillo de los millones. Ya en una de las primeras composiciones de « Poeta en Nueva York » dice el recién llegado :

Yo no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba.
Cerca de las piedras sin jugo y los insectos vacíos
no veré el duelo del sol con las criaturas en carne viva.

¿ Qué es entonces lo que ve el poeta ? ¿ Qué es lo que le ofrece el terrible paisaje babélico ? Y nos responde con inflexión casi desolada :

No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su curso encuentran su vacío.
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente
y en mis hojos criaturas vestidas ¡ sin desnudo !

Hay un dolor de huecos, sí, en todo lo que el poeta encuentra. Hay un mundo convulso que, bajo su costra refulgente y su incesante progreso mecánico, rezuma miseria, tristeza, angustia. ¿ A dónde volver la mirada ? En los negros halla Federico el único asidero de esta orilla enloquecida, en los negros que, como el gitano, son hombres perseguidos, las víctimas predilectas del sistema de vida americano. Y por los negros levanta su canción, y registra su agonía de seres aplastados en versos de alta tensión. Pero el acento más desgarrado y tierno de este poema está en el « Grito hacia Roma », grito lanzado desde el Crysler Building. ¿ Qué dice desde esa eminencia de la ciudad el poeta, qué distingue desde ella ?

No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.

El poeta se da cuenta de que, bajo las cúpulas sahumadas y las estatuas, no hay amor. No hay amor más que en la sed, en la pobreza, en el hambre, en los oscuros besos. Y dice entonces :

Pero el viejo de las manos tráslucidas
dirá : amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos ;
dirá : paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita ;
dirá : amor, amor, amor
hasta que se le pongan de plata los labios.

Y luego, dejando volar su garganta, tal vez como en ningún otro momento de su vida :

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ ay !, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar, aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada

hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.

Este libro, « Poeta en Nueva York », en el que fácilmente puede advertirse la influencia superrealista, pero en el que también está presente la voz andaluza de Federico, su voz más diáfana y persistente, señala una de las cumbres de la poesía lorquiana. Obra acaso la menos conocida entre las suyas y no obstante muy discutida, aunque algunos se empeñen en no verlo, tiene la calidad de las mejores páginas de García Lorca. Es probablemente la prueba más difícil a que se vió sometido Federico, y la supo vencer con holgura. En ella demostró que el poeta de las canciones de cuna, de las baladas provinciales y los suspiros del agua podía ser también el poeta de las grandes llamaradas colectivas.

A razones bien distintas obedece que el poema « Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías » sea también un poema de singular valor en el haber de Federico. Opuestamente a « Poeta en Nueva York », es obra que ha alcanzado gran popularidad. El ritornelo aquel de « a los cinco de la tarde » y el grito frente a la sangre derramada : « ¡ Que no quiero verla ! » están en la memoria de incontables gentes. La trágica muerte del amigo, lidiador famoso, en la plenitud de su existencia, arranca al poeta lágrimas profundas que se transforman en metáforas de patético fulgor. Pero este hermoso poema no es un canto a la muerte, por más que la muerte sea el motivo central : es un canto a la vida, una lamentación que lleva implícito un himno a lo que el hombre fué, a las cualidades que le realzaban. La muerte es lo que arrebata, lo que suprime ciegamente, injustamente. Pero la vida, aunque segada, está frente a ella, afirmando su poderosa razón, su inacabable fortaleza. Pocas veces se ha llegado, en la poesía elegiaca española, a una mayor hondura de pensamiento y, a la vez, a una más acabada belleza formal. Injusto sería no recordar aquí el poema que Rafael Alberti compuso también a la muerte de Ignacio Sánchez Mejía, que, con el de Federico, pero en distinto tono, ocupa un lugar relevante en la lírica española.

Con el « Diván del Tamarit » y los « Sonetos del amor oscuro », inéditos ambos al morir el poeta e incorporados hoy a sus obras completas — en su totalidad el « Divan », en mínima parte los « Sonetos » —, se cierra la obra lírica de García Lorca. El « Diván del Tamarit » es un libro compuesto en gacelas y casidas, que denota, hasta en eso, lecturas muy asíduas de la poesía arábigo-andaluza, seguramente en las traducciones de los modernos orientalistas españoles, pero dirigidas hacia un mundo donde se mezclan la manera antigua y siempre renovada de Federico y ciertos elementos latentes del superrealismo que todavía no ha abandonado después de « Poeta en Nueva York ». Las gacelas y casidas del « Diván del Tamarit » tienen un fondo triste, donde el amor y la muerte, la herida y el sueño, la noche y el alba, dentro del paisaje familiar en que el poeta se mueve, metamorfoseado a veces por la imaginación, funden sus contornos y se hacen dolorosa niebla, como la que cubre en otoño las alamedas que suenan junto a los ríos.

En los « Sonetos del amor oscuro », toda la tragedia erótica del poeta parece volcarse, buscando, arrolladora, un cauce físico donde hacerse espíritu. La voz del amor cobra aquí modulaciones que llegan a la violencia, casi a la desesperación. Todo se dice en forma de llama o de huracán contenido en que se consume el ansia, el deseo de posesión. El poeta llama a su amor, le pide que le escriba o lo deje vivir en su noche del alma, oscura para siempre. La llamada tiene tal fuerza, tal penetración, que semeja el lamento de un animal herido y, a la vez, de una criatura angélica, desasida ya de toda realidad inmediata. Son — como otros anteriormente escritos —

unos sonetos bellísimos. Bellísimos y atormentados. En el fondo, la pena más amarga y lenta acaso que Federico llegó a expresar. La pena negra, que diría uno de sus fantasmales gitanos.

★

Llegamos, así, al estadio último de la obra de García Lorca. Al estadio donde el poeta alcanza la plenitud. Plenitud de esa sed de expresión y, al mismo tiempo, de comunicación, que lo ha espoleado siempre. Llegamos a la poesía dramática. El teatro de Federico, estrechamente unido a su poesía lírica, ya que de ella proviene, en buena parte, merece, por sí sólo, un extenso estudio que no estamos ahora en condiciones de emprender. Pero, por breves que sean nuestras palabras, creemos que han de ser suficientes para coronar el propósito que nos impusimos en esta ocasión, es decir, exponer los enlaces entrañables que unen las diversas partes de la obra de Lorca o, lo que es lo mismo, demostrar su unidad interna y creadora.

Después de algunas obras de Galdós, de algunas de Benavente y Jacinto Grau, después sobre todo del teatro, no representado en su mayor parte, de Valle-Inclán, del cual se notan no pocas influencias en algunas piezas menores de Federico, éste del granadino es, sin duda, la expresión dramática española más auténtica, de treinta años a esta parte, a la cual se suma ahora la que Rafael Alberti está logrando en su teatro, no tan abundante, pero sí construido también con inconfundible y densa sustancia nacional. Fué en aquel tiempo — en cierto modo, todavía lo es : sus resonancias en algunos países europeos y americanos empiezan a escucharse ahora — como lluvia benéfica que cayera, refrescándolo y fecundándolo, sobre el agostado panorama del teatro español. El de Federico, poético por naturaleza, es además un teatro realista, siguiendo la tradición de las grandes creaciones literarias españolas. El mayor acierto de Lorca es precisamente ese : haber vuelto a las fuentes tradicionales, pero no con ánimo arqueológico, cual han hecho otros, sino para servirse de ellas como espejo donde reflejar los problemas de su época y de su pueblo. (Tradición no es anquilosamiento : es dinamismo.)

Por eso, este teatro no podía ser psicológico ni costumbrista : es un teatro de grandes pasiones, de tempestades y arrebatos, donde la psicología y las costumbres cumplen también su papel, pero en grado menor. La realidad que Federico lleva a la escena no es esa insípida y hueca realidad, muchas veces falsificada, de que está llena una parte considerable del teatro español de este medio siglo. Federico mostraba la realidad más honda y apasionada de la vida española, perdida a veces en los repliegues de la geografía y del alma peninsulares, pero no por ello menos viva y presente. Y los motivos centrales que expone, independientemente de la diversidad de los temas, son los mismos de su poesía lírica y narrativa : el amor y la muerte enlazando sus brazos sobre unas criaturas y un medio social, en que la ternura, la sordidez, la lujuria, la frustración, el crimen, levantan los resplandores de la tragedia. A veces, como en « Bodas de sangre », el verdadero protagonista es un cuchillo, ese cuchillo obsesivo, viajero funesto de la obra lorquiana. A veces, como en « Yerma » y « La casa de Bernarda Alba », es un ser invisible — el hijo no concebido, el amante que estérilmente se desea. A los ojos del público, la delirante arcilla que uno y otro modelan, aparece como la imagen conmovedora de la desventura humana.

Federico amaba con pasión el teatro. Y tenía clara conciencia de su verdadero valor. « El teatro — decía en una charla ante un grupo de comediantes — es una escuela de llanto y risa y una tribuna libre donde los hombres pueden poner en

evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre. » Luego, añadía : « Un pueblo que no ayuda y no fomenta su teatro, si no está muerto, está moribundo ; como el teatro que no recoge el latido social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risas o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro » (1). Pero Federico no fué sólo un creador de literatura dramática : fué también un animador. Un esforzado animador teatral. Recuérdese « La Barraca », aquel teatro ambulante que, con un elenco estudiantil, llevó García Lorca por los pueblos y aldeas de España, representando a nuestros clásicos. Complemento, en cierta manera, de las misiones pedagógicas que la República puso en actividad, « La Barraca », dirigida por García Lorca, devolvió al teatro español la frescura y el vigor de sus mejores días, y al pueblo uno de sus espectáculos más queridos. De paso, resucitó un estilo y un vigor en la representación escénica, en los cuales tomó pie una escuela que aun sigue dando sus frutos.

Por este amor, por esta conciencia esclarecedora, Federico cultivó el teatro en casi todos sus matices o subgéneros : el boceto, la estampa romántica, el guiñol, la leyenda, la farsa, la comedia, el drama, la tragedia. Hemos reído como ríe el pueblo con don Cristobica y su retablillo, con la traviesa zapatera, imán juvenil de galanes, y nos hemos sentido profundamente melancólicos con don Perlimplín, enamorado hasta la sangre de Belisa. Hemos llorado con Marianita Pineda al pie de su cadalso y con la solteria aromada por el lenguaje de las flores de doña Rosita la *granadina*. Pero, sobre todo, nos ha sobrecogido el alma la desolación de Yerma, la llama esclava en que se retuercen las hijas de Bernarda Alba, la pasión turbadora que impele a las víctimas de las bodas de sangre. En estas tres obras, reflejo heroico, diría yo, del íntimo drama que estremecía al poeta, está la mayor grandeza de su teatro. De ellas cabía esperar esa luz última y como milagrosa que sólo nace de la frente del genio.

---

(1) F. G. L. : « Obras completas ». Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1954.

LAS TEORÍAS MATERIALISTAS DE D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

por Rafael Martínez (*)

La moderna investigación histórico-crítica, aunque a pasos lentos, va superándose y arrojando luz sobre la significación nacional de las figuras más representativas de nuestra cultura.

Objeto de serios estudios ha comenzado a ser la multifacética obra de nuestro eminente sabio Santiago Ramón y Cajal, que roturó una tierra científica casi nueva y sembró un profundo pensamiento científico que dió grandes brotes en España y en el extranjero.

Cierto es que no han faltado homenajes que nos recordaran la existencia histórica de una de nuestras mejores glorias intelectuales, ni alusiones ni juicios, como tampoco vastos escritos, incluso de plumas tan acreditadas como las del doctor Marañón y Pedro Laín Entralgo.

No obstante, la atención prestada a la gran obra de Cajal no corresponde aún a su importancia. El examen de las concepciones político-sociales, filosóficas e históricas expuestas por Cajal con gran altura de pensamiento, no ha sido situado todavía en el terreno histórico-científico.

Cooperar a esta tarea especialmente por lo que se refiere a las concepciones filosóficas de Cajal, fué la razón e intento del presente artículo.

I.

La vida de Cajal (1852-1934) está fundamentalmente comprendida por el vasto y singular período de la historia de España que va desde la revolución burguesa de 1868-1875 hasta la democrático-burguesa del 1931.

(*) Candidato en Ciencias Filosóficas por la Universidad de Moscú.
El grado académico soviético de « candidato en ciencias » corresponde en la práctica al grado de Doctor en España.

Su obra se encuentra realmente situada en un horizonte nacional delimitado por la necesidad de llevar a cabo la revolución burguesa; por un movimiento político, social y filosófico que le precede e ilumina; por una corriente liberal humanística; por la transformación de la clase obrera en dirigente de las masas trabajadoras de España.

El desarrollo económico-social de la segunda mitad del siglo XIX lleva a la sociedad española a nuevas y agudas contradicciones. Como reflejo de ésto en diferentes campos de la vida espiritual surgen ideas progresivas, llamadas a organizar y movilizar a aquellas fuerzas sociales que se encontraban interesadas en la liquidación de las trabas feudales y semifeudales que frenaban el progreso de la sociedad.

El movimiento político-social de este período histórico dió eminentes hombres a España que en sus actividades políticas, científicas y artísticas, combatían al caduco régimen monárquico-feudal, al clericalismo reaccionario y se proclamaban partidarios de una revolución burguesa que abriese cauce a la industrialización del país, a su desarrollo agrícola, comercial y cultural.

En tal notoria pléyade de españoles avanzados se encontraba Cajal, profundamente ligado a las tradiciones democráticas del pueblo.

Cajal se entregó por entero no por mero ímpetu, más o menos ciego, basado en un deseo indefinido por la « justicia social », a la causa del progreso nacional.

Hijo de un modesto cirujano provinciano de voluntad y talento, compartió siendo niño, las vicisitudes de las gentes laboriosas. A lo largo de su vida vió en ellos, no solamente a los explotados, sino también a los creadores de los bienes materiales.

« ...Aunque sin querer, columbro siempre, al través de cada moneda recibida, la faz curtida y sudorosa del campesino, quien, en definitiva, sufraga nuestros lujos académicos y científicos ».

Desde joven, Cajal se siente identificado con la causa del pueblo y pronto se fija objetivos nobles y patrióticos, que alcanza, y hacia ellos orienta su esfuerzo cualquiera que sean las circunstancias que atraviese. Como fuente emanada de su propia vida, los intereses del pueblo constituyen la base social de sus ideas políticas.

Ya en el dramático 1898, se nos aparece Cajal, en la prensa, como crítico dotado de excelentes cualidades literarias. Pone su pluma incipiente e inspirada al servicio de avanzados ideales sociales, al servicio del campo progresivo de la sociedad española.

Sus artículos, publicados por « El Liberal », escritos con ocasión de la requisitoria que abrió este diario acerca de las causas del desastre colonial, con estilística clara y sencilla, desarrollaban una aguda crítica.

Refiriéndose al tema que entonces se debatía, Cajal escribe :

« En la guerra con los Estados Unidos no fracasó el soldado ni el pueblo (que dió cuanto se le pidió), sino un gobierno imprevisor, desatento a los profundos e incoercibles anhelos de las colonias e ignorante, tanto de las codicias solapadamente incubadas, como del incontrastable poderío militar de Yanquilandia. »

Junto con Azorín, Costa, Ortega y Gasset, Pío Baroja y otros, Cajal contribuye a mantener en alto la bandera de lucha contra el régimen monárquico-feudal.

Por determinados rasgos, es Cajal en este tiempo semejante en concepciones a los representantes de la « generación del 98 ». Pero con notorio progreso, se mueve en sociología y filosofía, dentro de ideas más radicales, que desembocan a la larga en la ideología de los demócratas más avanzados. Mención especial, por su actualidad, merecen los juicios de Cajal sobre el origen de las guerras, expuestos en los artículos aludidos y, más tarde, en 1915, en el semanario « España » con motivo de la primera conflagración mundial.

Sintiendo la necesidad de romper con aquella monotonía de ideas antihistóricas que prevalecían en España, respecto al origen de las guerras, señala Cajal las contradicciones interestatales intrínsecas en la sociedad anatagónica como principal generador de los conflictos bélicos.

Es claro que Cajal no pudo hacer un riguroso análisis histórico-filosófico de las causas que motivan las guerras y su tesis sobre el carácter cíclico de estas requiere un examen crítico. Lo esencial — por lo cual nos interesa sobremanera — es que Cajal, movido por un profundo humanismo como testigo y víctima de la guerra llevada por las clases gobernantes españolas contra el movimiento liberador en Cuba, condena públicamente la guerra.

Otro acto, que caracteriza también la conciencia política de Cajal, fué su aguda crítica a la ideología y dictadura fascistas establecidas en Alemania e Italia.

El mirar penetrante de Cajal llegó a zonas muy amplias de la vida nacional. Manifestando una enorme preocupación por el estado de la economía, artes y ciencias de nuestra patria, Cajal disertó en problemas de interés nacional e hizo proposiciones que pusieron en conmoción a muchos intelectuales de su época y conservan, aún en nuestros días, actualidad. Así, por ejemplo, Cajal consideraba que el progreso de España requería llevar a cabo perentoriamente reformas tales como : une justa redistribución de las tierras, elevación de los ingresos de los trabajadores, modernización del sistema universitario, establecimiento de beneficiosos contactos culturales y científicos con los países adelantados.

Cajal fué un factor de patriotismo y no un simple predicador de él. Su patriotismo se extendió a todos los « millones de hermanos nuestros que aman, esperan, luchan y odian al unísono con nosotros : que hablan, en suma, la misma lengua y tienen iguales prosapia y destino ».

Se hallaba tan identificado con España, que elevó altamente el concepto de patriotismo, experimentando entusiasmo y orgullo por todo lo positivo y progresivo del país ; y, al mismo tiempo, le dolía hasta el corazón nuestro atraso, social y científico.

Como patriota, se propuso, en la medida de sus fuerzas, contribuír al desarrollo de la ciencia española. Venciendo dificultades y hasta hostilidades y sufriendo privaciones, colocó a la escuela neurológica española, creada por él poco después de la fundación oficial del Laboratorio de Investigaciones

Biológicas, en las avanzadas de la ciencia mundial. Es interesante recordar que la fundación de dicho laboratorio se debió a la repercusión que produjo en la sociedad la adjudicación del premio de Moscú.

En el ocaso de su vida, después de confrontar toda una serie de teorías sociológicas europeas con los hechos esenciales de más de medio siglo de nuestra práctica político-social, Cajal detiene su mirar en el marxismo. No es por puro azar, sino correspondiendo a las exigencias de esa constante y honrada búsqueda de la verdad científica que le caracterizó siempre, como « descubre » Cajal, claro que a su manera, el socialismo científico.

Teniendo en cuenta las características del ambiente social en que se movía, es digno de admirar su espíritu ávido de renovación, que sabe centrar el pensamiento de cara a la nueva concepción del mundo y de la sociedad.

A pesar de que hallamos hoy en el pensamiento de Cajal explicables incomprensiones, no podemos por menos de admirar su espíritu al leer en sus obras juicios como el que sigue :

« Miro con simpatía las justas reivindicaciones del socialismo contra la burguesía ; mas al reflexionar sobre las consecuencias del triunfo de las ideas de Marx y de Lassalle, asáltanme algunas dudas y no pocos recelos » (1).

La muerte impidió a Cajal llegar a ver y comprender el magnífico ajuste sistemático de las partes integrantes del marxismo, su concordancia con el espíritu de las ciencias y su finalidad histórica.

II.

El examen de las obras de Cajal pone de relieve que nos hallamos ante un pensador materialista que posee un profundo conocimiento de la filosofía y es original en cuanto a la aplicación de los principios generales del conocimiento a las ciencias naturales.

Cajal mismo nos dice que su innata predisposición a la observación personal de los fenómenos del mundo, además de la influencia paterna, le impulsó a estudiar con espíritu crítico las doctrinas biológicas y filosóficas. Quizás él no hubiera llegado nunca a su más grande descubrimiento : la independencia de las neuronas, si no se le hubiera ocurrido antes esa idea, en virtud del estudio y de preocupaciones teóricas.

Se percibe que en la constitución de la mentalidad de Cajal como pensador jugaron un papel importante las ideas sociológicas, tanto españolas como estranjeras, que más directamente correspondían a las exigencias del progreso de la nación.

Numerosas alusiones, así como también el planteamiento y solución de algunos problemas, descubren que el árbol genealógico-ideológico de

---

(1) Santiago Ramón y Cajal : « Obras literarias, pág. 1194.

las concepciones filosóficas y psicológicas de Cajal tiene profundas raíces en las obras de Vives y Huarte, tan trascendentales en la historia de la renovación metodológica.

Allá por el agitado período de la República de Castelar vemos a Cajal dominado por un fuerte interés, en mucho determinado por los problemas que dimanaban de la lucha de clases, por el saber filosófico; interés que más tarde, al estar ligado a su posición de biólogo, se transforma en pura necesidad que no cesa hasta su muerte.

Bien pronto llega Cajal a ver que en la filosofía existen posiciones antitéticas. En el problema fundamental de la Filosofía, que estriba en saber si el mundo natural es o no anterior al espíritu y si es tal como lo percibimos independientemente de nuestra conciencia Cajal se declara por el materialismo .

Las consecuencias filosóficas de Cajal ,en su mayoría, se encuentran estrechamente ligadas a las interpretaciones científicas dadas a los complicados fenómenos que el sabio escudriñó.

Su enfoque de los fenómenos se caracterizó, desde el punto de vista filosófico, por que en el momento de la expresión científica del hecho no mantiene *a priori* el concepto materialista como postulado sino que le nace en forma de una tentativa para resolver la incógnita planteada.

Tal modo de proceder reafirma, por otro lado, que todo descubrimiento científico, además de aportar la adquisición de un nuevo conocimiento particular, es también una comprobación parcial de la concepción materialista en la que se precisa el cuadro dialéctico de la Naturaleza.

Esta particularidad del pensamiento filosófico de Cajal se manifiesta en :

1) la aplicación directa de los principios del conocimiento a la investigación de los fenómenos naturales imprimiendo a la dilucidación de los problemas un consecuente rigor metódico.

2) las conclusiones generales sacadas del conocimiento científico-natural de los hechos ; estos revelan la actitud filosófica adoptada por su severo y objetivo meditar, su modalidad de entendimiento que consiste en explicar la Naturaleza tal como es, sin ninguna clase de aditamentos.

Por su propia índole y con fines de renovación y enriquecimiento, el pensamiento filosófico de Cajal acoge en su seno a muchas de aquellas ideas que el materialismo de su época elabora en constante lucha contra el idealismo y en consonancia con el progreso de las ciencias. Por otro lado, en ciertas huellas, aunque débiles, del método metafísico, engorroso lastre que perdura aún en el siglo XIX y contrasta con el riguroso impulso que dió al desarrollo de la Filosofía el método dialéctico marxista. Dicho fenómeno se explica por una dualidad de factores, consistente en cierto influjo del pasado metodológico y el impulso renovador que se dan en el pensamiento filosófico, en relaciones contradictorias.

Partiendo de la concepción materialista del mundo, constituida como doctrina filosófica que se dilata longitudinalmente a través de la historia y transversalmente en los principios que figuran en cada una de las etapas de

su desarrollo, Cajal mensura la significación del idealismo y reafirma la primacía y existencia real de la materia, como extensión en el espacio y duradera en el tiempo.

« Aquella singular manera de discurrir — escribe Cajal — de pitagóricos y platonianos (método seguido en modernos tiempos por Descartes, Fichte, Krause, Hegel y recientemente — aunque sólo en parte — por Bergson), que consiste en explorar nuestro propio espíritu para descubrir en él las leyes del universo y la solución de los grandes arcanos de la vida,, ya sólo inspira sentimientos de conmiseración y de disgusto. Conmiseración, por el talento consumido persiguiendo quimeras ; disgusto, por el tiempo y trabajo lastimosamente perdidos. La historia de la civilización muestra hasta la saciedad la esterilidad de la metafísica en los reiterados esfuerzos por adivinar las leyes de la Naturaleza. Con razón se ha dicho que el humano intelecto, de espaldas a la realidad y concentrado en sí mismo, es impotente para dilucidar los más sencillos rodajes de la máquina y de la vida ». (1)

El reconocimiento del valor permanente del materialismo y la contraposición de éste al idealismo involucra la consideración que caracteriza toda la postura filosófica de Cajal.

En los juicios de Cajal sobre el idealismo se apunta que el conocimiento en función de su desenvolvimiento histórico presenta lados abstractos y reflejos invertidos de la realidad. Así, por ejemplo, Cajal ve que la filosofía de Hegel no trata de averiguar el sentido real, la significación verdadera de los hechos naturales e históricos, sino que introduce en éstos un sistema lógico preconcebido, una construcción de ideas preestablecida.

Pero las bases clasistas del idealismo no fueron compulsadas por Cajal ni siquiera a través de las sagaces pesquisas que hizo en el campo de la Historia de la filosofía.

Al análisis de los procesos del conocimiento y, sobre todo, de las características que adquieren en el terreno teórico y experimental, dedica Cajal gran atención como lo demuestra su obra « Reglas y consejos para investigaciones científicas ».

La revisión materialista de Cajal consiste en conceptuar el conocimiento como el reflejo activo del mundo objetivo, que expresa los modos y transformaciones incesantes de la materia por medio de procedimientos específicos.

« Ante los fenómenos que desfilan por los órganos sensoriales — escribe Cajal — la actividad del intelecto solo puede ser verdaderamente útil y fecunda reduciéndose modestamente a observarlos, describirlos, compararlos y clasificarlos, según sus analogías y diferencias, para llegar después, por inducción, al conocimiento de sus condiciones determinantes y leyes empíricas » (2).

Cajal se muestra adverso a la opinión que considera a la lógica como la ciencia que trata de la formulación de los métodos particulares de inves-

---

(1) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », página 488.
(2) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », pág. 844.

tigación científica. A su sentir, el problema del método general o bases metodológicas de las ciencias no debe confundirse con los principios y formas metódicas en que se apoyan las diferentes ramas del saber.

En la estructura lógica de los conocimientos parciales ve Cajal la expresión de la concatenación de los fenómenos; dentro del método científico perfila los elementos esenciales que se aplican a la obtención y construcción del conocimiento.

Cada método particular tiene sus rasgos y determinaciones propios. Al dominio del método científico pertenece, según Cajal, la tarea de descubrir el vinculo interno de los fenómenos. Gran preocupación por el método, sin el cual no hay lugar para el progreso científico, se percibe a través de todo el trabajo de investigación teórica y experimental de Cajal.

La obra original, que realza en gran manera el valor revolucionario, innovador, del metodo científico, comienza en 1887 con el estudio del método de Golgi, con el cual había de realizar aún más importantes descubrimientos.

Poseyendo ya una rica experiencia de investigación anatómica y anatómico-patológica, sigue perfeccionando la técnica experimental. El rendido culto a la realidad (« religión de los hechos », en decir de Cajal), la observación atenta, las pruebas y experiencias de los fenómenos, le llevaron a la acertadísima idea de aplicar el método de Golgi al estudio de los centros nerviosos de embrión y animales jóvenes.

Los resultados obtenidos por Cajal reflejan los rasgos esenciales de la estructura de las células nerviosas. Ellos hicieron cambiar la concepción imperante hasta entonces en la neurología. Al investigar el fenómeno desde sus formas inferiores para elevarse a las superiores, Cajal, de hecho, aplica magníficamente la tesis materialista que exige llegar a la determinación del objeto a través de su génesis y filiación causales.

« Método excelente es — escribe Cajal — para determinar la significación de una cosa, averiguar como llega a ser lo que es... » (1)

Todas las ciencias postulan de manera explícita la existencia de los fenómenos que estudian. Las que se refieren al sistema nervioso, así como en lo anatómico como en lo funcional, por tener como objeto el órgano de las facultades psíquicas más directamente que otras ciencias, aportan datos científicos a la resolución del problema de la relación entre el alma y el cerebro. En este sentido, la investigación cajaliana de las leyes que rigen la morfología del sistema nervioso del hombre y los vertebrados, constituyen una de las bases científico-naturales de la moderna comprensión materialista de dicho problema.

Siendo para Cajal un hecho de experiencia científica que la actividad psíquica del individuo es producida por un órgano somático en cuya patología radica la causa de sus alteraciones, rebate en el terreno filosófico la concepción idealista que independiza el alma del cerebro.

---

(1) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », pág. 594.

Su monismo materialista respaldado por 50 años de rica experiencia científica resalta de manera conclusa y terminante en la contestación dada en Abril de 1934 al Presidente de la Sociedad de Estudios Psíquicos de Venezuela, Ramón Pueyo.

« En síntesis : le diré que no creo — escribe Cajal — en el espiritismo ni en la metafísica. Cuantas veces asistí a reuniones espiritistas me convencí de que se trataba de fenómenos nerviosos, desdoblamiento de la personalidad, auto y heterosugestión, etc. Jamás ningún autor, ni los mismos Frammarian y Puchet han obtenido la prueba de la autenticidad de las comunicaciones de ultratumba. El fraude, además, es una cosa corriente en los médiums de efectos físicos (E. Paladino, Shlade, Katie King, etc.). Sobre estos fraudes tengo escrito un libro inédito, donde se narrará las andanzas de cierto médium español femenino, que imitaba a la perfección todos los milagros de los médiums extranjeros. En América hay prestidigitadores especializados en descubrir todas estas supercherías. »

Reiteradas veces Cajal señala que el alma, comprendida como algo capaz de existir y obrar con independencia del cerebro, es un concepto surgido en el pensamiento primitivo y alimentado por la religión hasta nuestros días como medio de inculcar la idea de Dios.

Cajal, en sus concepciones filosóficas, concibe la Naturaleza como un conjunto coherente de múltiples y polimorfos fenómenos y procesos en movimiento. « Constituye la naturaleza — escribe Cajal — un mecanismo armónico, donde todas las piezas, aún las que parezcan desempeñar oficio accesorio, conspiran al conjunto funcional... » (1)

Las interconexiones y las interacciones mútuas de los fenómenos manifiestan en su totalidad la unidad de la materia y el movimiento.

« Porque todo el mundo — escribe Cajal — está unido por lazos causales. En nuestra vida repercuten las causas profundas y lejanas de la evolución, desde las órbitas vertiginosas de los electrones hasta el giro majestuoso de los astros. » (2)

Gran interés filosófico tiene la comprensión de Cajal del fenómeno de la vida.

La vida, según Cajal, tanto en su contenido material como dinámico, presenta la modalidad superior de existencia de la materia bajo una forma muy complicada de energía y elementos químicos. Las leyes internas que rigen las relaciones y acciones aparentes de los procesos son específicas e irreductibles a las otras formas de movimiento de la materia.

Estriba la esencia de la vida en el metabolismo o movimiento fisioquímico incesante e inherente a todo ser viviente. Este se verifica en la unidad de dos procesos contrapuestos — el asimilatorio que produce la síntesis de la sustancia protoplasmática, y el de la destrucción o desasimilación protoplasmática — que constituyen la base incondicional de la existencia de los seres vivos.

---

(1) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », pág. 503.
(2) Ramón y Cajal. Obra citada, pág. 512.

« La vida — escribe Cajal — no se mantiene sino a condición de la novación continua de las moléculas orgánicas integrantes del protoplasma » (1)

Es interesante señalar aquí que esta concepción de Cajal, parte fundamental de su experiencia científica, concuerda con la tesis de Engels que dice :

« La vida es el modo de existencia de los cuerpos albuminoides. En su esencia, este modo de existencia consiste en una constante autorenovación de los componentes químicos de dichos cuerpos ». (2)

Las ideas de Cajal, sacadas del estudio de las leyes que rigen la vida de los organismos, ponen de relieve que el proceso de la vida encierra en sí contradicciones internas que representan, a su vez, la unidad y el antagonismo de diferentes fenómenos, cuyo desenvolvimiento lleva a la completa transformación del estado cualitativo del ser orgánico. Así, coherente a la vida es la muerte. Como antítesis o negación de la vida constituye la muerte inmanente propiedad del ser orgánico en sus dos formas : monocelular y policelular.

La muerte celular, siendo propia para cada célula considerada individualmente en los organismos complejos está también determinada por la totalidad biológica de éstos.

La transformación completa del proceso de la vida en su opuesto significa un quebrantamiento de la continuidad de la vida, su aspecto finito ; cada ser viviente individual recorre un ciclo vital, pero a él preexiste y tras él subsiste el tipo propio de su especie. En la sucesión discontinua del surgimiento y de la desaparición de los seres biológicos, se realiza el contradictorio proceso de la continuidad del fenómeno de la vida.

Basándose en esta interpretación materialista del proceso de la vida, confirmada por sus numerosas experiencias histológicas e histólogofisiológicas, Cajal demuestra la inconsistencia científica de la concepción idealista que afirma la existencia de la inmortalidad potencial de las células embrionales en contraposición a las teorías evolucionistas de los seres orgánicos.

« El acto divisorio — pregunta Cajal — ¿ no implica la muerte, o sea la cesación de una individualidad, en vez de representar, conforme al criterio de Weismann, prueba palmaria de la inmortalidad de las células indiferenciadas? Entre estas dos interpretaciones, juzgo más defendible la primera. » (3)

A últimos del siglo XIX, aprovechando las dificultades objetivas del desarrollo de la Biología, el idealismo hace resurgir, a fin de luchar contra el darwinismo, la concepción vitalista bajo la forma de la teoría de la evolución inmanente, cuyo reverso es la negación del papel activo de los factores ambientales en el desarrollo filogenético y ontogenético de los seres orgánicos.

---

(1) Ramón y Cajal. « Anatomía patológica », undécima ed., pág. 58.
(2) F .Engels. « Anti-Duhring », pág. 77.
(3) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas ».

Independientemente de la extensión y profundidad que pueda presentar el conocimiento científico acerca del inagotable tema del mecanismo y causas de la vida, hay un hecho evidente fundamental para la concepción materialista : la realidad histórica de la evolución de la vida.

Desde este punto de vista combate Cajal la creencia en la intervención de factores inmutables y finalistas que prefijan el desarrollo del sér orgánico, situándolo fuera del efecto de las leyes objetivas de la evolución orgánica.

Cajal plantea la necesidad de marchar de acuerdo con los resultados de la investigación científica como condición indispensable para la comprensión filosófica de la tarea que la ciencia tiene : descubrir las conexiones internas de los fenómenos que caracterizan la vida en los distintos niveles de su evolución.

Las relaciones entre estructura y función son un tema clásico de la Biología teórica y objeto de interpretación filosófica.

La importancia del conocimiento de las particularidades de la estructura para el conocimiento fisiológico es evidente. Estas relaciones, importantes en cualquier órgano, lo son aún más en el caso del sistema nervioso. Considerando el sistema nervioso como el aparato por medio del cual tiene lugar una mejor adaptación de todo el organismo a las exigencias del medio ambiente, y éste como la causa externa de los cambios orgánico-funcionales, Cajal ve en la correlación de la estructura y función del sistema nervioso una manifestación de lo que él denomina « principio de economía de la naturaleza ».

Comprende por tal a uno de los elementos y consecuencias de la evolución biológica que expresa que para el desenvolvimiento de cualquier función vital siempre es necesaria una correspondiente cantidad estructurada de tejido orgánico. Es decir, que la permanencia de una cualidad funcional sólo existe dentro de determinados límites de la variación cuantitativa y es relativa a ella.

No podría exigirse una patente más clara y abierta del pensar materialista de Cajal que la interpretación de las leyes descubiertas por él en la investigación de las relaciones estructurales entre los elementos nerviosos.

Cajal supo diferenciar del conjunto de propiedades que tienen las conexiones interneuronales aquella cualidad distintiva o rasgo peculiar que caracteriza de manera terminante la estructura del sistema nervioso.

El carácter contradictorio de la estructura del sistema nervioso es puesto de manifiesto por Cajal al definir que éste se compone de un conjunto de elementos separados entre si por límites bien definidos materialmente. La discreción sustancial está unida a la continuidad que descubren las conexiones especiales de las células nerviosas, formando el todo inseparable.

Ambos aspectos de esta contradicción interior que se muestran simultáneamente quedan explicados en la siguiente formulación de Cajal :

« ...las células nerviosas son elementos independientes jamás anastomosados ni por sus expansiones protoplasmaticas ni por las ramas de su prolongación de Deiters ...La propagación de la acción nerviosa se verifica

por contactos al nivel de ciertos aparatos o dispositivos de engranaje, cuyo objeto es fijar la conexión multiplicando considerablemente las superficies de influencia ». (1)

Es palmaria también la comprensión que Cajal tiene de la ley de las contradicciones en la explicación que da al fenómeno de la enfermedad.

« Llamase enfermedad — escribe Cajal — *a la desviación permanente o transitoria de la estructura y actividades de los seres vivos*, sobrevenida, ya por la consecuencia de variación excesiva, cualitativa, o cuantitativa, de los estímulos de la vida (calor, humedad, substancias alimenticias, etc.) bien como efecto de violencias mecánicas (traumatismos), ora como resultado de la invasión de microorganismos nocivos »... (2)

O sea, al ser transpuesto el límite correspondiente de las influencias desaparece la calidad existente para dar paso en su lugar a otra distinta.

Lo expuesto demuestra que Cajal supo ver en los fenómenos que examinó les contradicciones internas y los expresa con términos científicos.

A tono con la interpretación materialista del problema cardinal de la Filosofía se encuentran las ideas gnoseológicas de Cajal.

Del reconocimiento de la realidad material como independiente de la conciencia del sujeto cognoscente se desprende, en el entender de Cajal, que la objetividad de la existencia es la fuente del conocimiento. A su vez, el reconocimiento de la prioridad de la materia sobre la conciencia implica — según Lenin — todos los fundamentos gnoseologicos del materialismo en contraposición al agnosticismo, máximo idealismo.

El mérito de Cajal consiste en haber aportado objetivamente toda una serie de datos de la Fisiología a la Histología de los órganos sensoriales y del cerebro, el contenido científico de la teoría materialista del conocimiento.

Claro es que Cajal, al no dominar conscientemente el método dialéctico materialista, no pudo dar una explicación histórica de las leyes que rigen el proceso del conocimiento y de su aspecto social.

Cajal consideraba que, a través de la *práctica*, la realidad objetiva se refleja activamente en la conciencia del hombre y crea la posibilidad de superar la contradicción relativa que hay entre la existencia y el conocimiento; por medio de la práctica el conocimiento no solo refleja el mundo objetivo, sino que también actúa sobre él para transformarlo.

Pero por práctica Cajal entiende la acción del sujeto cognoscente sobre el objeto cognoscible. La lucha de clases, la experiencia político-social e histórica no figuran en su concepto como parte fundamentalísima de la práctica. Es más, Cajal no llegó a comprender claramante que la misma experiencia científica, el desarrollo científico, están determinados, en fin de cuentas, por el nivel del desarrollo de las fuerzas productivas.

En sus concepciones gnoseológicas, Cajal sostiene que el cerebro es el órgano de la conciencia y que sin excitación sensorial no pueden generarse los procesos psíquicos que reflejan el mundo objetivo.

---

(1) Ramón y Cajal : « ¿Neuronismo y Reticularismo ? ».
(2) Ramón y Cajal : « Anatomía patológica », undécima ed., pág. 9.

Apoyándose en la clásica división del conocimiento en sensorial y racional, Cajal examina las particularidades que presentan estas dos fases tan estrechamente unidas en cualquier acto del conocimiento.

Define la sensación o resultado de la actividad fisiológica provocada por las propiedades de los fenómenos materiales como la conexión real entre el sujeto y el objeto existente, come el reflejo más o menos adecuado de la realidad.

Con datos de la Fisiología de los órganos sensoriales, Cajal muestra que son éstos los canales que unen al hombre con el mundo natural y social. Así, respecto a las facultades visuales y auditivas Cajal escribe :

« El aparato visual constituye el instrumento mejor logrado de cuantos ha ensayado la vida para relacionarnos con el mundo exterior y captar a distancia los fenómenos variadísimos en él aparecidos ». (1)

« Otras de las grandes ventanas abiertas al mundo que nos rodea es el oído. Constituye, al modo del globo ocular, invención admirable, y representa fuente informativa de inestimable valor social ». (2)

Las sensaciones son el objeto material básico para la elaboración del concepto. En forma de síntesis constituye el salto cualitativo de la percepción activa sensorial al conocimiento racional. El concepto expresa los rasgos fundamentales de la esencia de lo concreto en sus cambios intrínsecos. La continua integración y el movimiento a que se encuentra sometido el conocimiento racional están condicionados por las leyes objetivas de la materia.

Cercano a esta interpretación dialéctica del conocimiento racional se encuentra Cajal cuando considera como función cognoscible del cerebro y prolongación, con procedimientos específicos, de los órganos sensoriales.

El cerebro, escribe Cajal, es « el órgano soberano del conocimiento y de la acción, que, sabiamente utilizado, aumentará hasta lo infinito la potencia analítica de nuestros sentidos. Gracias a él podréis buscar en lo ignoto y operar sobre lo invisible... » (3).

La consecuencia más importante del desarrollo del conocimiento racional es, según Cajal, el conocimiento científico, expresión del dominio que ejerce el hombre en determinadas ocasiones sobre la Naturaleza. Lo considera como el resultado del proceso dirigido a explicar los fenómenos en su objectividad, como el saber de causa con evidencia mediata. El conocimiento científico se consigue por medio de la investigación. Esta se encuetra íntegramente por la observación, experimentación, hipótesis y comprobación.

Una prueba concluyente del materialismo de las ideas gnoseológicas de Cajal es su interpretación filosófica de las hipótesis; interpretación que coincide con la dialéctica-materialista, que concibe la hipótesis como un medio de desarrollo de las ciencias naturales.

La hipótesis científica representa para Cajal las posibles conexiones entre los fenómenos sometidos a estudio en los experimentos. Por lo tanto,

---

(1) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », pág. 303.
(2) Idem. Obra citada, págs. 303-304.
(3) Idem. Obra citada, pág. 299.

su origen y base están asentados en la realidad. En su construcción racional, la hipótesis se encuentra situada en determinadas relaciones teóricas con el conjunto de conocimientos anteriores. A medida que se van acumulando datos provenientes de la experiencia y del desenvolvimiento teórico, la hipótesis original se cambia o se precisa, desechando unos elementos racionales y corrigiendo otros hasta que por fin, mediante su comprobación reiterada, se convierte en teoría. La teoría científica es, pues, la hipótesis comprobada experimentalmente.

« Observados los hechos — escribe Cajal — es preciso fijar su significación, así como las relaciones que encadenan la mera verdad con el conjunto de los postulados de la ciencia. En presencia de un fenómeno insólito, el primer movimiento del ánimo es imaginar una hipótesis que dé razón de él y que lo subordine a alguna de las leyes conocidas. La experiencia fallará después sobre la verosimilitud de la concepción ». (1)

La exigencia de la unidad de la teoría y de la práctica, sobre la base de la prioridad de ésta, (recordemos que, por práctica, Cajal entiende la acción del sujeto sobre la Naturaleza) figura como un elemento angular en el pensamiento filosófico de Cajal y constituye una contribución, ubicada en el marco que le corresponde, a la aplicación y defensa de la doctrina materialista del conocimiento.

« Examinando los fenómenos — escribe Cajal — comprendemos las teorías, y conociendo las teorías nos adueñamos del fenómeno. Quien se entregue exclusivamente a la especulación recuerda al cazador que, fiado en su dominio teórico de la escopeta, en vez de cobrar un ciervo mata al perro ». (2)

Es decir que, para Cajal, la teoría científica aparte de su significado racional tiene un gran valor práctico, ya que sirve de instrumento metódico para planear y dirigir la investigación de los fenómenos.

En diversos momentos de la obra científica de Cajal está patente, con singular fuerza, el valor perenne de este guión metódico. Así, por ejemplo, cuando comenzó sus famosas investigaciones sobre la estructura de los centros nerviosos, « dos hipótesis principales se disputaban el campo de la ciencia; la del *reticulo*, defendida por casi todos los neurólogos, y la de la libre *terminación*, insinuada tímidamente por dos solitarios, His y Forel, sin eco en las escuelas ». (3)

La realización experimental de la idea de examinar la conexión general de los elementos nerviosos en los embriones y animales jóvenes permitió a Cajal demostrar la inutilidad científica del supuesto de la rejilla fidusa intracelular : « sólo a fuerza de habilidades, de inconsecuencias, de subterfugios, podía la susodicha concepción (la teoría reticular) adaptarse a las exigencias de la Fisiología, localizaciones funcionales del cerebro, etc. que demandaban imperiosamente el señalamiento de vías y cauces de conducción perfectamente circunscritos, al través del eje cerebro-raquídeo » (4).

---

(1) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », pág. 590.
(2) Idem. Obra citada, pág. 1124.
(3) Idem. « Recuerdas de mi vida », pág. 205.
(4) Idem. Obra citada, pág. 206.

Pues también en virtud de una concepción teórica, que Cajal mismo considera como la más afortunada, es como llegó a hacer otro descubrimiento de una importancia extraordinairia para la neurofisiología : la ley de la polarización dinámica de las neuronas.

Entre la concepciones filosóficas de Cajal debe señalarse la que trata de las relaciones entre la Filosofía y la Ciencia.

Cajal mantiene que cada rama del saber se ocupa de dar explicación objetiva a determinadas manifestaciones de la materia. En la Filosofía ve la expresión de la inquietud del pensamiento humano por llegar al conocimiento general del mundo ; el cuerpo de conceptos que la integran cambia y se dilata en el tiempo, siendo respuesta a los problemas generales de la existencia del ser.

El conocimiento general o filosófico, a entender de Cajal, implica la necesidad de integrar teóricamente los rasgos fundamentales que son comunes a las diversas manifestaciones del mundo objetivo.

Según Cajal, el contenido de la Filosofía como reflexión general del mundo está en estado de formación y, en perspectiva, debe construirse a base de una síntesis de las más avanzadas teorías científicas.

« Decididamente — escribe Cajal — la época de la filosofía dogmática ha pasado. O mucho me equivoco o la filosofía del futuro se reducirá a una simple síntesis luminosa de las magnas teorías ». (1)

Sin llegar a la comprensión histórico-materialista del significado de la lucha entre dos corrientes principales de la Filosofía, Cajal supo apreciar que el idealismo, tanto en el terreno filosófico como en el científico, no representa un estímulo para el desarrollo de la ciencia, mienstras que el materialismo sí, puesto que orienta el conocimiento científico a explicar el mundo en su misma objetividad.

Este somero análisis de las concepciones filosóficas de Cajal lo caracteriza en breves rasgos como pensador que defendió los principios del materialismo, demostrando la veracidad de estos en la consecución de la verdad científica, en el descubrimiento de las leyes objetivas que rigen la morfología del órgano más complicado de la materia orgánica, del sistema nervioso del cerebro.

---

(1) Ramón y Cajal : « Obras literarias completas », pág. 1181.

Sobre las orientaciones : « que florezcan cien flores » « que compitan cien escuelas » « coexistencia prolongada y control mutuo »

por Mao Tse Tung

El 26 de Mayo de 1956, Lu Ting-yi, director del Departamento de Propaganda del Comité Central del Partido Comunista Chino, presentó un informe en el que daba a conocer la orientación del Partido acerca de los problemas ideológicos y culturales. Lu Ting-yi entró en materia con estas palabras : « Decimos a los artistas y escritores : « Que florezcan cien flores ». Y a las científicos : « Que compitan cien escuelas ideológicas ». Esta es la política del Partido Comunista de China ».

Este informe ha sido, en cierta medida, el punto de arranque de una amplia discusión sobre los problemas del arte y de la ciencia, discusión que ha permitido corregir ciertos errores e impulsar el espíritu creador en las diversas ramas del arte y de la ciencia.

Publicamos a continuación el « punto 8 » del discurso pronunciado por el Presidente Mao Tse-tung, con el título general : « La manera justa de resolver las contradicciones existentes en el seno del pueblo ». Punto — o capítulo — que se refiere a esta orientación del P.C. de China en relación con el arte y la ciencia. Este discurso pronunciado en Pekín el 27 de Abril de 1957, fué públicado a mediados de Junio del mismo año.

★

¿Cómo se han formulado las consignas « que florezcan cien flores », « que compitan cien escuelas », « coexistencia prolongada y control mutuo » ? Han sido formuladas sobre la base de la situación concreta de China, han sido formuladas teniendo en cuenta el hecho de que aún

existen diferentes contradicciones en la sociedad socialista, han sido formuladas sobre la base de las urgentes exigencias del Estado, que necesita un rápido desarrollo de la economía y de la cultura.

Las orientaciones « que florezcan cien flores », « que compitan cien escuelas », constituyen un estímulo al desarrollo del arte y al progreso de la ciencia, estimulan el desarrollo de la cultura socialista en nuestro país. En arte, diferentes formas y géneros pueden desarrollarse libremente; en ciencia, las distintas escuelas pueden competir libremente.

Estimamos que la difusión impuesta de un género, de una escuela y la prohibición de otro género, de otra escuela, por la fuerza del poder administrativo, sería perjudicial al desarrollo del arte y de la ciencia.

La cuestión de la verdad y del error en el arte y en la ciencia debe resolverse mediante una libre discusión entre los especialistas del arte y de la ciencia, mediante la práctica del arte y de la ciencia, pero no debe resolverse con métodos simplistas. La prueba del tiempo es muchas veces necesaria para determinar lo que es justo y lo que es erróneo.

La Historia nos muestra que muchas veces lo que es nuevo y justo no está admitido por la mayoría de la gente y no puede desarrollarse más que mediante la lucha, por caminos sinuosos. Ocurre a menudo que, al principio, los hombres no reconocen lo que es justo y bueno como « una flor aromática », sino que, por el contrario, lo consideran como « una hierba venenosa ». La doctrina de Copérnico sobre el sistema solar y la teoría de la evolución de Darwin, fueron, en su tiempo, juzgadas falsas y tuvieron que sostener una lucha difícil. La Historia de nuestro país conoce también numerosos ejemplos semejantes a estos. En comparación con la antigua sociedad, en la sociedad socialista las condiciones para el auge de las cosas que nacen, de los fenómenos nuevos, son diferentes de las de entonces; ahora son mucho más favorables. Sin embargo, el hecho de aplastar las fuerzas nacientes, de amordazar las ideas racionales, sigue siendo un fenómeno frecuente. Incluso cuando no se trata de un aplastamiento deliberado sino sencillamente de una comprensión imprecisa, esto impide el auge de las cosas y de los fenómenos que nacen. Por ello, en la cuestión de la verdad y del error en ciencia y en arte, hay que tener una actitud prudente, hay que alentar la libre discusión y no sacar conclusiones precipitadas. Nosotros consideramos que tal actitud puede contribuir a un desarrollo relativamente armonioso de la ciencia y el arte.

También el marxismo se ha desarrollado y se desarrolla mediante una lucha. Al principio el marxismo era el blanco de toda suerte de ataques y se le consideraba como una « hierba venenosa ». Hoy en día se le sigue atacando y considerando como una « hierba venenosa » en diferentes lugares del mundo. En los países socialistas el marxismo ocupa una posición totalmente diferente. Pero, incluso en los países socialistas, existen aún opiniones no marxistas y también opiniones antimarxistas.

En nuestro país, las transformaciones socialistas, en lo que a la propiedad se refiere, están ya terminadas en lo esencial; la amplia lucha de clases, con un carácter de masas, semejante a una tempestad, del período revolucionario, está terminada en lo esencial. Pero, sin embargo, existen aún restos de las clases derrotadas de los terratenientes y « compradores »; la burguesía existe aún y la pequeña burguesía comienza solamente a ser

reeducada. La lucha de clases aún no se ha terminado. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, la lucha de clases entre las diferentes fuerzas políticas, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía en el terreno de la ideología sigue siendo una lucha larga y compleja, y a veces también muy aguda.

El proletariado se esfuerza por transformar el mundo según su propia concepción del mundo. En este terreno, el problema de saber quién triunfará y quién será vencido, el socialismo o el capitalismo, no está aún verdaderamente resuelto. En el conjunto de la población, así como entre los intelectuales, los marxistas siguen siendo una minoría. Y por ello el marxismo, como en el pasado, debe desarrollarse mediante la lucha. El marxismo sólo puede desarrollarse mediante la lucha : esto no sólo fué verdad en el pasado, sino que sigue siéndolo en el presente y seguirá siéndolo necesariamente en el porvenir. Lo que es justo se desarrolla siempre en un proceso de lucha contra lo que es erróneo. Lo verdadero, lo bueno, lo bello, existen siempre en contraste con lo erróneo, lo malo y lo feo, y siempre se desarrolla en lucha contra ello. Cuando una cosa errónea es rechazada en todas partes por la humanidad, y que ésta acepta una determinada verdad unánimemente, entonces una nueva verdad lucha de nuevo contra nuevas opiniones erróneas. Esta lucha no terminará jamás. Es una ley del desarrollo de la verdad, y por tanto, una ley del desarrollo del marxismo.

La lucha por determinar quién triunfará y quién será vencido en nuestro país, entre el socialismo y el capitalismo, en el terreno de la ideología, necesiterá aún un largo período de tiempo y solamente entonces se sabrá el desenlace. Esto se explica por el hecho de que la influencia de la burguesía y de los intelectuales que provienen de la antigua sociedad existirá durante mucho tiempo aún en nuestro país y existirá en tanto que ideología de clase. Si no se tiene suficientemente en cuenta esta situación — o si no se tiene en absoluto en cuenta —, se cometerá un gravísimo error, se desconocerá la necesidad de la lucha ideológica.

La lucha ideológica se distingue de las otras formas de lucha ; no se pueden aplicar en ella métodos brutales ni coercitivos ; se deben aplicar solamente los métodos de explicación minuciosa de la verdad. El socialismo dispone actualmente de condiciones más favorables para la lucha ideológica. La fuerza principal del poder se halla entre las manos del pueblo trabajador, dirigido por el proletariado. El Partido Comunista dispone de una fuerza considerable y de una gran autoridad. Pese a que existan errores y defectos en nuestro trabajo, todo hombre justo puede darse cuenta de que defendemos los intereses del pueblo, de que estamos resueltos y de que somos perfectamente capaces, junto con el pueblo, de embellecer nuestra patria ; de que hemos tenido éxitos grandiosos y de que lograremos exitos aún mayores en el porvenir. La inmensa mayoría de los elementos burgueses y de los intelectuales procedentes de la sociedad antigua, tienen un estado de espíritu patriótico : quieren servir la patria socialista que se desarrolla impetuosamente y comprenden que, separados de la causa del socialismo, separados del pueblo trabajador dirigido por el Partido Comunista, son impotentes y no pueden esperar ningún porvenir radiante.

A veces se plantea la siguiente cuestión : puesto que en nuestro país la inmensa mayoría de la gente reconoce ya el marxismo como la ideología dirigente, ¿se le puede criticar ? Naturalmente que sí. El marxismo es

una verdad científica, no teme las críticas. Si el marxismo temiera la crítica, si pudiese ser barrido por la crítica, no serviría para nada. En la práctica, ¿no critican los idealistas el marxismo cada día y de todas las maneras posibles? Y las personas que mantienen puntos de vista burgueses y pequeñoburgueses y no desean cambiar, ¿no critican el marxismo de todas las formas posibles? Los marxistas no deben temer la crítica, venga de donde venga. Al revés, los marxistas deben templarse, progresar y ampliar sus posiciones en unas condiciones en que existe la crítica de las gentes, en el fuego de la lucha. Se puede comparar la lucha contra las opiniones erróneas a la vacuna contra la viruela; gracias a la acción de la vacuna el organismo refuerza su inmunidad. Lo que ha sido cultivado en un invernadero no puede tener una resistencia vital muy grande. La aplicación de las orientaciones « que cien flores florezcan », « que compitan cien escuelas », no debilitará el papel dirigente del marxismo en el terreno ideológico, sino que por el contrario reforzará ese su papel.

¿Qué orientación hay que tener, pues, en relación con las opiniones no marxistas? En relación con los contrarrevolucionarios declarados y con los elementos que minan la causa del socialismo, el problema se resuelve fácilmente : se les priva sencillamente de la libertad de palabra. El problema es muy distinto cuando se trata de opiniones erróneas en el seno del pueblo. ¿Se pueden prohibir tales opiniones, o no dar ninguna posibilidad de que se expresen dichas opiniones? Claro está que no. La aplicación de métodos simplistas para resolver los problemas ideológicos en el seno del pueblo, para resolver las cuestiones del mundo espiritual, no solamente es ineficaz sino además gravemente nociva. Se puede prohibir la expresión de opiniones erróneas, pero continuarán existiendo. Y las opiniones justas, si se las cultiva en un invernadero, si no reciben el choque del viento y de la lluvia, si no están inmunizadas, no podrán triunfar cuando se enfrenten con las opiniones erróneas. Por lo tanto, solamente por el método de la discusión, de la crítica y del descubrimiento de la verdad se podrán desarrollar efectivamente las opiniones justas, se podrán eliminar las opiniones erróneas y resolver realmente estos problemas.

La ideología de la burguesía y de la pequeña burguesía se reflejará necesariamente en algún sitio, se manifestará necesaria y obstinadamente, de todas las formas posibles, en las cuestiones políticas e ideológicas. Es imposible lograr que no se manifieste y que no se refleje. No debemos, recurriendo a los métodos de aplastamiento, impedir la manifestación de dicha ideología, sino que debemos permitir que se manifieste y, al mismo tiempo, cuando se manifiesta, debemos desarrollar las discusiones y realizar las críticas apropiadas. No hay duda de que debemos criticar absolutamente todas las opiniones erróneas. Es evidente que no podemos dejar de criticar las opiniones erróneas, ni observar con indiferencia que se extiendan por todas partes, ni permitir que esas opiniones acaparen el « mercado ». Si hay errores, hay que condenarlos; si brotan « hierbas venenosas », hay que luchar contra ellas. Pero la crítica no debe ser dogmática, no hay que aplicar métodos metafísicos, sino hacer los mayores esfuerzos por aplicar métodos dialécticos. La crítica debe basarse en el análisis científico, debe ser suficientemente convincente. Es imposible resolver estas cuestiones con una crítica dogmática. Luchamos contra todas las « hierbas venenosas », pero debemos distinguir con el máximo de precaución entre lo que es « hierba venenosa » y lo que es « flor aromá-

tica ». Debemos, junto con las masas, aprender a distinguir con el máximo de precaución las flores aromáticas de las hierbas venenosas ; y debemos luchar, junto con las masas, contra las hierbas venenosas, aplicando los métodos justos.

Al condenar el dogmatismo, debemos llamar la atención sobre la condena del revisionismo. El revisionismo, o también oportunismo de derecha, es una corriente ideológica burguesa ; es mucho más peligroso que el dogmatismo. Los revisionistas, los oportunistas de derecha, se pronuncian en palabras a favor del marxismo, ellos también atacan el « dogmatismo ». Pero lo que atacan son precisamente las tesis más fundamentales del marxismo. Se pronuncian contra el materialismo y la dialéctica, o bien lo desfiguran. Se pronuncian contra la dictadura democrática del pueblo y la dirección del Partido Comunista, o bien intentan debilitar ambas. Se pronuncian contra las transformaciones socialistas y la edificación socialista, o bien intentan debilitarlas. Después del triunfo, en lo esencial, de la revolución socialista en nuestro país, aún quedan en nuestra sociedad gentes que sueñan con la irrealizable restauración del régimen capitalista ; luchan contra la clase obrera en todos los terrenos, incluso en el terreno ideológico. En esta lucha los revisionistas son sus mejores aliados.

Los dos llamamientos, « que florezcan cien flores », « que compitan cien escuelas », si se les juzga por sus términos, no tienen un carácter de clase : pueden ser utilizados por el proletariado, pero también por la burguesía y por otras gentes. Cada clase, cada capa y cada grupo social tiene su noción propia sobre las « flores aromáticas » y las « hierbas venenosas ». Ahora bien, si se parte de los intereses de las amplias masas populares ¿ cuáles son hoy, para nosotros, los criterios que permiten reconocer las « flores aromáticas » y las « hierbas venenosas » ? ¿ Cómo determinar, en la vida política de nuestro pueblo, la verdad y el error en nuestras palabras y en nuestros actos ? Consideramos que sobre la base de los principios de la Constitución de nuestro país, sobre la base de la voluntad de la mayoría absoluta de nuestro pueblo y de las tesis políticas generales proclamadas en diversas ocasiones por todos los partidos en nuestro país, estos criterios pueden establecerse, en sus rasgos generales, de la manera siguiente :

1°) lo que favorece la unión de todo el pueblo de nuestro país multinacional y no lo que provoca la división del pueblo ;

2°) lo que favorece las transformaciones socialistas y la edificación del socialismo y no lo que perjudica las transformaciones socialistas y la edificación del socialismo ;

3°) lo que favorece el reforzamiento de la dictadura democrática del pueblo, y no lo que mina o debilita esta dictadura ;

4°) lo que favorece el reforzamiento del centralismo democrático y no lo que mina o debilita este sistema ;

5°) lo que favorece el reforzamiento de la dirección del Partido Comunista y no lo que lleva a apartarse de esta dirección o a debilitarla ;

6°) lo que favorece la solidaridad socialista internacional y la solidaridad internacional de todos los pueblos pacíficos, y no lo que perjudica a estos dos tipos de solidaridad.

De estos seis criterios, los más importantes son los que tratan de la vía socialista y de la dirección del Partido. Estos criterios han sido formulados para ayudar al pueblo a desarrollar la libre discusión sobre las diferentes cuestiones y no para impedir esta discusión.

La gente que no está de acuerdo con estos criterios también puede, claro está, expresar su punto de vista y polemizar. Sin embargo, cuando la mayoría de la gente tenga unos criterios definidos con precisión, se podrá hacer progresar la crítica y la autocrítica por una vía justa, se podrá, aplicando dichos criterios, determinar la justeza de las palabras y de las acciones de la gente, reconocer si sus palabras y sus actos son « flores aromáticas » o « hierbas venenosas ». Los criterios citados más arriba son criterios políticos. Para determinar la justeza de las tesis científicas o el valor artístico de las obras de arte, hacen falta, además, como es natural, ciertos criterios específicos. Sin embargo, los seis criterios políticos citados son aplicables a toda actividad científica y artística. En un país socialista como el nuestro, ¿puede ser útil una actividad científica y artística que se oponga a dichos criterios ?

Todos los puntos de vista que acabo de exponer tienen como base las condiciones históricas concretas de nuestro país. En cada país socialista, y en cada Partido Comunista, la situación no es idéntica ; por ello, no consideramos que estén obligados a aplicar los métodos chinos.

El llamamiento a la coexistencia prolongada y al control mutuo es también producto de las condiciones históricas concretas de nuestro país. La formulación de dicho llamamiento no es ni mucho menos algo inesperado ; ha ido madurando durante varios años. La idea de la coexistencia prolongada existe desde hace mucho entre nosotros. El año pasado, el régimen socialista ha sido instaurado en lo esencial ; dichos llamamientos han sido formulados con precisión y han sido lanzados. ¿Por qué hay que admitir la coexistencia prolongada de los partidos democráticos de la burguesía y de la pequeña burguesía con el partido político de la clase obrera ? Esto se explica por el hecho de que no tenemos razón alguna de no aplicar la orientación de la coexistencia prolongada en relación con todos los partidos que movilizan efectivamente sus fuerzas hacia la unión del pueblo en nombre de la causa del socialismo y que gozan de la confianza del pueblo.

Yo decía ya en junio de 1950, en la segunda sesión del Consejo Consultivo político popular de China : « Si alguién sirve sinceramente al pueblo, si ayuda realmente al pueblo en un período difícil para él y hace buenas cosas ; y también si permanece consecuente en el porvenir, sin hacer marcha atrás a mitad del camino, el pueblo y el gobierno del pueblo no tendrán motivo alguno de renunciar a él, no tendrán motivos para no darle la posibilidad de existir y de servir al pueblo ». Lo que aquí está expuesto constituye la base política de la posibilidad de la coexistencia prolongada de los partidos. La coexistencia prolongada del Partido Comunista con los partidos democráticos, tal es nuestro deseo, tal es nuestra orientación. En cuanto a la cuestión de saber si los partidos democráticos podrán existir durante un largo período, esto no está determinado solamente por el deseo unilateral del Partido Comunista ; eso depende también de cómo se manifiesten los partidos democráticos, depende de la confianza que el pueblo les conceda.

El control mutuo entre los partidos existe igualmente desde hace ya mucho tiempo: significa la exposición recíproca de sus opiniones por los partidos y la crítica recíproca. El control mutuo no es, evidentemente, unilateral: el Partido Comunista puede controlar a los partidos democráticos y los partidos democráticos pueden también controlar al Partido Comunista. ¿Por qué se admite el control sobre el Partido Comunista por parte de los partidos democráticos? Porque un partido, comme un hombre, necesita mucho escuchar la voz de los que no piensan como él. Todo el mundo sabe que el control sobre el Partido Comunista lo ejercen principalmente el pueblo trabajador y las masas del Partido. Pero será más provechoso si los partidos democráticos toman parte en ese control. Es evidente que la exposición recíproca de sus opiniones por parte de los partidos democráticos y del Partido Comunista, y la crítica recíproca, pondrán de manifiesto el papel positivo del control mutuo solamente a condición de que estas opiniones y esta crítica correspondan a los seis criterios políticos señalados más arriba. Esperamos, por lo tanto, que todos los partidos democráticos presten atención a la reeducación ideológica y busquen la coexistencia prolongada con el Partido Comunista y el control mutuo, con el fin de ponerse a la altura de las exigencias de la nueva sociedad.

Textos clásicos

ESPAÑA REVOLUCIONARIA

II

por Carlos Marx

Publicamos a continuación el segundo de la serie de ocho artículos escritos por CARLOS MARX en 1854 sobre problemas históricos españoles, y que fueron publicados en el periódico norteamericano «New-York Daily Tribune».

★

YA hemos presentado ante nuestro lectores un resúmen de la temprana historia revolucionaria de España, para facilitar la comprensión y apreciación de los acontecimientos que en dicha nación están ocurriendo ante los ojos del mundo. Más interesante aún, y quizá de igual valor como fuente para comprender la situación presente, es el gran movimiento nacional que consiguió la expulsión de los Bonaparte y devolvió la corona española a la familia que aún hoy la posee. Mas para apreciar justamente dicho movimiento, con sus episodios heroicos y la demostración memorable de la vitalidad de un pueblo que se suponía moribundo, tenemos que volver atrás hasta el principo del ataque napoleónico contra dicha nación. La causa directa de todo ello fué quizá establecida en primer lugar en el tratado de Tilsitt, firmado el 7 julio de 1807 y que, según se dice, fué completado por una convención secreta firmada por el príncipe Kurakin y Talleyrand. Se publicó en la Gaceta de Madrid del 25 de agosto de 1812 y contenía, entre otras cosas, las siguentes estipulaciones:

«*ARTÍCULO I. — Rusia tomará posesión de la Turquía europea y extenderá sus posesiones en Asia tanto como lo considere conveniente.*

«*ARTÍCULO II. — La dinastía de Borbón en España y la Casa de Braganza en Portugal dejarán de reinar. Príncipes de la familia Bonaparte recibirán ambas coronas.*»

Suponiendo que este tratado sea auténtico, y su autenticidad no ha dado lugar sino a escasas discusiones, incluso en las memorias recientemente publicadas del rey José Bonaparte, constituye la verdadera razón de la invasión francesa en España en 1808; las conmociones de España en esa época aparecen ligadas con hilos secretos a los destinos de Turquía.

Después de la matanza de Madrid y de las transacciones de Bayona estallaron insurrecciones simultáneas en Asturias, Galicia, Andalucía y Valencia; un ejército francés ocupaba Madrid; las cuatro fortalezas septentrionales de Pamplona, San Sebastián, Figueras y Barcelona habían caído en manos de Bonaparte por métodos engañosos; una parte del ejército español había sido enviada a la isla de Funen, con vistas a un ataque contra Suecia; y por fin, todas las autoridades constituidas, militares, eclesiásticas, judiciales y administrativas, lo mismo que la aristocracia, exhortaban al pueblo a que se sometiese al intruso extranjero. Pero había una circunstancia que compensaba todas las dificultades de la situación. Gracias a Napoleón el país se había deshecho de su rey, de su familia real y de su gobierno. Así se hallaban rotos los grilletes que en otro caso hubiesen impedido al pueblo español desplegar sus energías naturales. Las campañas lamentables de 1794 y 1795 habían demostrado en qué escasa medida había sido capaz de resistir a los franceses bajo el mando de sus reyes, y en circunstancias ordinarias.

Napoleón había convocado a las más distinguidas personalidades de España a una entrevista con él en Bayona, para recibir de sus manos un rey y una constitución. Con muy pocas excepciones, allí se presentaron. El 7 de junio de 1808 el rey José recibió en Bayona una diputación de los Grandes de España en cuyo nombre el duque del Infantado, el amigo más íntimo de Fernando VII, habló en los siguientes términos: «*Señor, los Grandes de España han sido encomiados por su lealtad a su soberano, y en ellos Su Majestad hallará ahora la misma fidelidad y adhesión*».

El Consejo Real de Castilla aseguró al pobre José que «*era la principal rama de una familia destinada por el cielo a reinar*». No fué menos ignominiosa la felicitación del duque del Parque al frente de una diputación que representaba el ejército. Al día siguiente las mismas personas publicaron una declaración ordenando una sumisión general a la dinastía Bonaparte. El 7 de julio de 1808, la nueva Constitución fué firmada por 91 españoles de la más alta alcurnia, entre ellos duques, condes y marqueses y asimismo varios superiores de las órdenes religiosas. Durante las discusiones de la Constitución, la única cuestión acerca de la cual hicieron objeciones fué la anulación de sus antiguos privilegios y exenciones. El primer ministerio y la primera Casa Real de José estaban compuestos de las mismas personas que habían formado el ministerio y la Casa Real de Fernando VII. Algunos miembros de las clases altas consideraban a Napoleón como el regenerador providencial de España; otros, como la única barrera frente a la revolución; ninguno confiaba en las posibilidades de una resistencia nacional.

Así, desde el principio mismo de la guerra española de Independencia, la alta nobleza y la antigua administración perdieron todo dominio sobre las clases medias y sobre el pueblo, por el hecho de haberles abandonado al iniciarse el combate. De un lado estaban los *afrancesados*, y del otro la nación. En Valladolid, Cartagena, Granada, Jaén, San Lúcar, Carolina,

Ciudad Rodrigo, Cádiz y Valencia, los miembros más eminentes de la antigua administración — gobernadores, generales y otros personajes de relieve, considerados como agentes franceses o como obstáculos al movimiento nacional — cayeron víctimas del pueblo enfurecido. En todos sitios las autoridades existentes fueron desplazadas. Algunos meses antes de este levantamiento, el 19 de marzo de 1808, las conmociones populares que habían tenido lugar en Madrid tendían a echar de sus puestos a El Choricero (apodo de Godoy) y a sus odiosos satélites. Ese objetivo había sido ahora alcanzado en una escala nacional y con ello la revolución interna había sido realizada en la medida que corespondía a las intenciones de las masas, e independientemente de la resistencia al intruso extranjero. En general, el movimiento aparecía dirigido más bien *contra* la revolución que en *favor* de ésta. Era nacional, al proclamar la independencia de España de Francia ; era al mismo tiempo dinástico al oponer el « amado » Fernando VII a José Bonaparte ; reaccionario, al oponer las antiguas instituciones, costumbres y leyes a las innovaciones racionales de Napoleón ; supersticioso y fanático al oponer la « santa religión » a lo que se denominaba ateísmo francés, o sea la destrucción de los privilegios especiales de la Iglesia Romana. Los curas, aterrorizados por la suerte que había tocado a sus hermanos en Francia, impulsaban las pasiones populares en interés de su propia salvación. « *El fuego patriótico* », dice Southey, « *flameaba más alto gracias a este aceite santo de superstición* ».

Todas las guerras de independencia llevadas a cabo contra Francia tienen en común el sello de la regeneración, mezclado con el de la reacción : pero en ningún sitio en tal grado como en España. El rey se presentaba a la imaginación del pueblo bajo la apariencia de un príncipe romántico, violentamente maltratado y encarcelado por un ladrón gigante. El recuerdo de las épocas más enaltecedoras y prestigiosas del pasado se fundía con las tradiciones santas y milagrosas de la guerra de la cruz contra la media luna ; una gran parte de las clases bajas estaban acostumbradas a llevar la librea de mendigos y vivir del patrimonio santificado de la Iglesia. Un autor español, don José Clemente Carnicero, ha publicado en los años 1814 y 1816 los siguientes trabajos : *Napoleón, el verdadero don Quijote de Europa ; Principales acontecimientos de la gloriosa revolución de España ; La Inquisición justamente restablecida.* Basta indicar los títulos de estos libros para comprender este aspecto de la revolución española con el que nos encontramos en los diversos manifiestos de las Juntas provinciales, todos ellos exaltando al rey, a la santa religión y a la patria, y algunos incluso diciendo al pueblo que « *sus esperanzas de un mundo mejor están en entredicho, y en muy grave peligro* ».

Sin embargo, si el campesinado, los habitantes de las pequeñas ciudades del interior y el numeroso ejército de los mendigos, sin hábito o con él, todos ellos profundamente imbuídos de prejuicios religiosos y políticos, formaban la gran mayoría del partido nacional, éste comprendía de otro lado una minoría activa e influyente que consideraba el levantamiento popular contra la invasión francesa como la señal dada para la regeneración política y social de España. Componían esta minoría los habitantes de los puertos marítimos, de las ciudades comerciales, y de una parte de las capitales provinciales donde se habían desarrollado bajo el reinado de Carlos V, hasta un cierto punto, las condiciones materiales de la sociedad moderna. Se hallaban reforzados por la sección más cultivada de las clases altas y medias, escritores, médicos, abogados, e incluso curas, para

los cuales los Pirineos no habían constituído una barrera suficiente frente a la invasión de la filosofía del siglo XVIII. El famoso Informe de Jovellanos sobre las mejoras de la agricultura y la ley agraria, publicado en 1795, y elaborado por órden del Consejo Real de Castilla, puede ser considerado como un verdadero manifiesto de este sector. Había, por fin, la juventud de las clases medias, como los estudiantes de la Universidad, que habían adoptado vehementemente las aspiraciones y principios de la revolución francesa y que incluso, durante un período, pensaron ver su país regenerado gracias a la ayuda de Francia.

En tanto que se trataba solamente de la defensa común de la patria, los dos grandes elementos componentes del partido nacional permanecieron en unión perfecta. Su antagonismo apareció, cuando se reunieron conjuntamente las Cortes, en el campo de batalla de la nueva constitución que había de ser establecida. La minoría revolucionaria, para fomentar el espíritu patriótico del pueblo, no había vacilado en apelar a los prejuicios nacionales de la vieja fe popular. Esta táctica, por muy favorable que pudiese aparecer en orden a los objetivos inmediatos de la resistencia nacional, no podía dejar de ser fatal para dicha minoría cuando llegó el momento en que los intereses conservadores de la vieja sociedad se atrincheraron detrás de esos mismos prejuicios y pasiones populares, con vistas a defenderse ante los planes ulteriores de los revolucionarios.

Cuando Fernando abandonó Madrid llamado por Bonaparte, había establecido una Junta Suprema de gobierno bajo la presidencia del Infante don Antonio. Pero en el mes de mayo esa Junta había desaparecido ya. No existía entonces gobierno central y las ciudades sublevadas formaron Juntas propias presididas por las de las capitales de provincia. Estas Juntas provinciales constituyeron, por así decir, otros tantos gobiernos independientes, cada uno de los cuales puso en pie un ejército propio. La junta de representantes de Oviedo declaró que la plena soberanía se hallaba en sus manos. Declaró la guerra contra Bonaparte y envió diputados a Inglaterra para concluir un armisticio. Lo mismo hizo posteriormente la Junta de Sevilla. Es un hecho curioso que por la simple fuerza de las circunstancias esos exaltados católicos fueron conducidos a una alianza con Inglaterra, potencia que los españoles acostumbraban a considerar como la encarnación de la más infame herejía, sólo un poco mejor que el Gran Turco en persona. Atacados por el ateísmo francés, fueron lanzados en los brazos del protestantismo británico. No es extraño que Fernando VII, al retornar a España, declarase, en un decreto restableciendo la Santa Inquisición, que una de las causas «*que había alterado la pureza de la religión en España era la estancia de tropas extranjeras de diferentes sectas, todas ellas igualmente contaminadas por el odio contra la Santa Iglesia Romana*».

Las Juntas provinciales que tan rápidamente habían surgido a la vida completamente independientes unas de otras, concedieron un cierto grado de autoridad, pero muy ligero e indefinido, a la Junta Suprema de Sevilla, siendo considerada dicha ciudad como la capital de España mientras Madrid se hallaba en manos del extranjero. Se estableció así una forma muy anárquica de gobierno federal, el cual, por el choque de los intereses opuestos, las envidias locales y las influencias rivales, constituía un instrumento bastante malo para obtener unidad en el mundo militar y combinar las operaciones de una campaña.

Los llamamientos al pueblo lanzados por las diversas Juntas, a la vez que reflejan el heróico vigor de un pueblo despertado de golpe de un largo letargo e impulsado por un choque eléctrico a un estado de actividad febril, no carecen sin embargo de esa exageración pomposa, de ese estilo en el que se mezcla la bufonería y la ampulosidad y de esa grandilocuencia rimbombante que han llevado a Sismondi a calificar la literatura española con el epíteto de oriental. En no menor grado muestran la vanidad infantil del carácter español, al atribuirse los miembros de las Juntas, por ejemplo, el título de Alteza y al revestirse de llamativos uniformes.

Se dan dos circunstancias en relación con esas Juntas: una que muestra el bajo nivel del pueblo en el momento de su levantamiento, mientras la segunda actuó en detrimento del progreso de la revolución. Las Juntas fueron nombradas por sufragio universal; pero «*el celo de las clases bajas se manifestó en la obediencia*». Por lo general eligieron sólo a sus superiores naturales, la nobleza provincial y los terratenientes apoyados por los curas, y muy pocas notabilidades de la clase media. Tan consciente era el pueblo de su propia debilidad que limitó su iniciativa a obligar a las clases altas a la resistencia frente al invasor, sin pretender compartir la dirección de esa resistencia. En Sevilla, por ejemplo, «*el primer pensamiento del pueblo era que el clero parroquial y los superiores de los conventos se reuniesen, para escoger los miembros de las Juntas*». Así las Juntas se llenaron de personas escogidas en función de su situación anterior, y que se hallaban muy lejos de ser dirigentes revolucionarios. De otra parte, el pueblo, al designar esas autoridades, no pensó ni en limitar su poder ni en fijar plazo para el desempeño de esos cargos. Las Juntas, evidentemente, sólo pensaron en extender aquél y en perpetuar éste. Así, estas primeras creaciones del impulso popular al principio de la revolución, fueron durante todo el curso de ésta otros tantos diques frente a la corriente revolucionaria cuando ésta amenazaba desbordarse.

El 20 de julio de 1808, cuando José Bonaparte entró en Madrid, 14.000 franceses, mandados por los generales Dupont y Vidal fueron obligados por Castaños a deponer las armas en Bailén, y José, pocos días después, tuvo que retirarse de Madrid a Burgos. Otros dos acontecimientos animaron grandemente a los españoles: uno, la expulsión de Lefevre de Zaragoza por el general Palafox; otro, la llegada a La Coruña del ejército del marqués de la Romana con siete mil hombres, que se habían embarcado en la isla de Funen a despecho de los franceses para acudir en ayuda de su país.

Después de la batalla de Bailén la revolución llegó a un punto culminante y aquella parte de la alta nobleza que había aceptado la dinastía de Bonaparte, o que prudentemente se había mantenido al margen, se decidió a unirse a la causa popular, lo cual constituyó para esta causa una ventaja muy dudosa.

(«New-York Daily Tribune», 25 de septiembre 1854.)
(Traducción del texto del libro editado por «Lawrence and Wishart». — London, 1939.)

Una novela de Dolores Medio: « Funcionario Público »

De su novela inicial — « Nosostros, los Rivero » — a esta segunda « Funcionario público » — Dolores Medio ha recorrido un buen trecho de camino.

En la primera, por encima de elementos reales, algunos bien tratados, predominaban influencias de una literatura que intenta explicarnos al hombre como presa irredimible de indefinidas fuerzas oscuras, lo cual en nuestro tiempo, encubre, casi siempre, una más o menos deliberada evasión de la realidad bajo apariencias trascendentes. En « Funcionario Público » son los elementos reales los que proporcionan la materia artística.

Dolores Medio hizo denodados esfuerzos por demostrarnos que los Rivero — familia de las clases medias, con más rigor diríamos capas sociales medias — eran víctimas de un destino inescrutable, de invencibles atavismos y de viejas maldiciones. Los Marín — Pablo Marín, funcionario, y Teresa Marín, « sus labores » — son víctimas de algo más concreto : de una sociedad injusta, cruelmente organizada.

« Nosostros, los Rivero » estaba a caballo entre el realismo y lo irreal. « Funcionario público » parece indicar que su autora se orienta hacia el realismo.

El tipo del funcionario público tiene una no muy vieja, pero sí copiosa tradición en nuestra novela. El primero que nos los ofrece en serie, hurgando en ellos y encuadrándolos en el contexto social que les rodea, es Galdós. En los « Episodios », y en sus novelas, don Benito nos ha dado tipos de funcionarios muy reales, humanísimos; deliciosos unos, conmovedores otros. Casi todos los funcionarios de Galdós son cesantes. Estamos en la prehistoria de la plantilla, en los tiempos en que el personal de los ministerios entraba y salía con los ministros, en la edad heroica del funcionario.

Durante el primer tercio de este siglo, el tema del funcionario público es tratado pródigamente por toda una pléyade de novelistas menores : Concha Espina, López de Haro, Ramírez Angel, Zamacois, Pedro Mata, Aguilar Catena y otros. Los suyos son ya funcionarios de plantilla,

seguros, pero en inconfesado forcejeo con los límites de la paga mensual. Sus novelistas recreadores — e igual ocurre, digámoslo de paso, en el teatro de la época, que trae y lleva al funcionario en innumerables comedias, zarzuelas, y sainetes — sienten preferencia por uno de los rasgos psicológicos del tipo, en esos años, desde luego, muy acusado, aunque, claro está, jamás único : el gusto — y el dolor — del quiero y no puedo, la inclinación a lo cursi. Unos manejan ese material con ternura ; otros acerbamente. Fernández Flórez y Camba se burlan ingeniosamente de sus jefes de segunda y de tercera. Más ni unos ni otros pasan casi nunca de esa primera piel psicológica del funcionario. Apenas tocan la raíz social de su drama. No intentan explicar — hablo de explicación a través del conflicto, de explicación en imágenes — las contradicciones que en él batallan : contradicción entre su realidad y su apariencia ; contradicción entre su mentalidad *señoritil y su función asalariada ; contradicción entre lo que exige* la defensa de sus intereses y las ideas y hábitos pequeño-burgueses que ha heredado y que cultiva tenaz, morbosamente.

Podriamos decir, que por lo menos en general, la actitud de los escritores de esta pléyade hacia el funcionario es negativa y resignada.

Negativa, porque al tomar por blanco, de una forma o de otra, algunos de sus prejuicios y su quiero y no puedo — y esto resulta saludable — bien vistas las cosas, no se los critican por lo que tienen en sí de reaccionario y de paralizador, sino por la incapacidad de su funcionario-tipo para convertir tales ilusiones en realidad. Casi siempre escriben como pequeño-burgueses disgustados de que otros pequeño-burgueses se pongan en ridículo.

Resignada, porque no ofrecen a ese hombre camino ni salida, porque no le impulsan a hacer algo racional, adaptado al tiempo en que vive, para mejorar, efectivamente, su suerte. Con sus lamentos y burlas, dichos novelistas parecen simplemente decirle : no quieras lo que no puedes ; así es y así será ; resígnate.

En esa literatura hay no poca verdad, cierto ; pero hay mucha estereotipia, y sobre todo — salvo algún irritado destello como los del Fernández Flórez de los primeros tiempos — un desesperante conformismo. El funcionario — individuo en Galdós, de una capas sociales en movimiento — se ha convertido en tópico. Las transformaciones que en algunas de sus condiciones de vida y en su mentalidad se producen, como consecuencia, más o menos directa, o más o menos lenta — de las que conmueven a la sociedad española, y muy especialmente, del peso que la clase obrera va adquiriendo en aquélla, suelen estar ausentes de esas novelas. La brega democrática en los años de la República y la guerra después, con su nutrido contigente de funcionarios en el frente del pueblo, demostraron que esos autores habían inmovilizado su visión en ciertos rasgos del tipo ; confirmaron que, en todo caso, tales características no eran ya definidor común de ese sector social, ni tal vez siquiera, achaque predominante en él.

En la novela de Dolores Medio — como en la realidad — sobrenadan algunos de los rasgos de esa imágen anterior del funcionario. Pero hay ya otras cosas. El quiero y no puedo, la apariencia, la inclinación a lo cursi, no son lo esencial, como lo eran generalmente en las obras de los novelistas posgaldosianos citados. Aquí lo esencial es la raíz de todo eso, y la raíz aparece al descubierto. Aquí lo esencial es la realidad social del funcionario,

no su apariencia social. ¿Adquiere Pablo Marín conciencia de que para él, perdido en las zonas bajas del escalafón, la definición de « clase media » no es sino apariencia, y de que su realidad es la del asalariado? La autora no los lo dice explícitamente; sin embargo se percibe que Marín, si no lo sabe ya, lo siente.

★

Pablo Marín es telegrafista. 890 pts sueldo base. No puede pagar un piso. Su mujer y él han engrosado la multitud madrileña de los realquilados. « Cuando tengamos un piso, cuando venga un aumento... » No hará tantas horas extraordinarias, tal vez pueda dar a su mujer alguna de esas menudas satisfacciones con que sueña; « Dejaré algunas tardes libres e iremos al cine ». La mujer no quiere ni oírle. « El mismo cuento de siempre » suele responder a los augurios de Pablo, esperanzas que éste se da, más que da, en el desesperado intento de realzarse a los ojos de su mujer.

Teresa se siente defraudada. Desprecia a su marido. Le considera un pobre hombre incapaz de nada que valga la pena. « Ni para engañarme tiene arte ». Y ya es sabido que el desprecio y el amor son enemigos mortales.

En esta atmósfera, también Pablo acaba odiando a Teresa entre flujos y reflujos de ternura. « La odia porque es testigo de sus miserias. Esto es lo que más le humilla ».

Les echan de la habitación. La paga mejor un hombre de negocios que la necesita para verse allí por las tardes con su querida. Y empieza la peregrinación en busca de otro alojamiento. El relato de la búsqueda es un interesante reportaje novelístico en la buena línea neo-realista. Les piden 1000 pts por una habitación. « Es el precio de 1950. Antes de que llegaran los americanos », 3000 por otra. Piensa Pablo : « ¿Por qué se olvidan de que en España hay también españoles? » Suben al piso de la viuda de un coronel. El coronel no quiso servir a la República. Ahora, su viuda tiene que privarse hasta de la suscripción de ABC porque no puede pagarla. Detalles. Accesorios, aunque necesarios en la novela. Pinceladas de realidad. Dolores Medio no ha hecho literatura sobre literatura como tantas veces ocurre y especialmente cuando se escribe de las clases medias. Se ha asomado a la vida, a la sociedad de su tiempo. Ese es el buen método.

Se decreta una ayuda familiar para los funcionarios civiles. A Pablo Marín le « tocan » 300 pts mensuales. El hombre va a su casa contento. En autobús, lo cual es un lujo. Cuando llega, su mujer se ha ido.

No ha podido más. Se ha ido.

Pablo vaga por Madrid. Sin que se dé exacta cuenta de ello, se encuentra en el Viaducto, asomado al vacío. Un transeúnte le ve, se le lleva de allí y le convida a un trago. El drama de ese desconocido salvador es aún más sombrío que el de Pablo. Está parado. Es la mujer quien « mantiene la casa ». « Se necesita ser un bragazas para soportarlo ». Y Pablo se va hacia Comunicaciones. Su turno empieza a las nueve...

★

La buena novela es una condensación de la vida humana, condensación que la hace más coherente, más inteligible. En términos generales podríamos definir el realismo diciendo que es una representación verídica de la vida de los seres y de sus condiciones de existencia. « Funcionario público » intenta esa condensación y una representación verídica de las condiciones de vida que hacen y deshacen a sus personajes.

Se ha dicho que la novela es, sobre todo, acción. En la novela es imprescindible la acción, pero no es la abundancia o la escasez de acción, su velocidad o su lentitud, lo que decide la calidad de la novela. Folletines, excelentes folletines hay — y por conocidos me ahorro de citar sus títulos — que son un torbellino de acción y a nadie se le ocurre erigirlos en paradigma de grandes novelas. El arte novelístico — y en eso se empareja con el dramático — es un arte creador de caracteres y de tipos. Lo que determina la categoría de una novela son los caracteres que en ella encontramos, el grado de tipificación que en ella se logra. Y en « Funcionario público » hay dos tipos, dos caracteres. Uno — el de Pablo Marín — importante : otro — el de su mujer — de menor monta, aunque no desdeñable. Ambos, elaborados con rasgos de la capa social a que pertenecen. La sociedad española pasa actualmente por une fase particularmente inhumana. Una de las misiones del escritor es mostrar a sus contemporáneos cómo se les despoja, cómo se les disminuye, cómo se les mutila, En el horizonte que abarca, « Funcionario público » lo muestra. Con transparencia limitada y sin la precisión que desearíamos, cierto. Pero el lector entiende. A veces, más de lo que el escritor ha querido decir.

Pablo Marín y los telegrafistas que con él dialogan piensan en las causas de su drama. Uno dice « No interesan o no deben interesarnos » y añade que lo que hay que hacer es adaptarse. Que ellos no son otra cosa que ruedecitas, engranajes. Otros — por ejemplo el que se queja de no tener dinero para comprar libros que sólo pueden pagar los estraperlistas, los que los compran para adorno — se sobreentiende que los buscan. « La sociedad ese es el dragón moderno » gime uno. Se comprende que se trata de la sociedad tal como está constituída en torno a él, tal como es donde él vive.

Es muy positivo que los personajes de una novela española actual se hagan estas preguntas. Cuando los hombres se interrogan acaban por encontrar respuesta. Sobre todo hoy cuando la respuesta que buscan esta ahí, cerca de ellos, hecha vida.

¿ Que la autora no la da, que no ofrece solución a sus personajes ? Sería injusto — y vano además — exigirle que la diera inexcusablemente. « El poeta, advierte Engels, abarcando en ese concepto al novelista y al autor dramático, no está obligado a dar al lector, completamente hecha la solución histórica de los conflictos sociales que describe ». Lo artístico — podríamos añadir — es que en la obra literaria, esta solución, o el camino para lograrla, se vean, o se deduzcan, cuando la índole del asunto lo requiera, en el curso de la acción, a través de ella, a través de la actitud de los personajes. Y en lograrlo por esos medios artísticos reside, a mi juicio, uno de los problemas más delicados a que ha de enfrentarse el novelista o el autor dramático revolucionario.

Pero estamos hablando de una novela editada en la España de hoy. Su autora viene de donde viene y tal vez ella misma se interroga. No es

posible, además, juzgar en justicia ninguna obra literaria española actual sin tener presentes las coacciones políticas y sociales que pesan sobre el escritor. Por todo ello destaco yo estas facetas positivas de « Funcionario público ». Creo que valorar cuanto de prometedor nos da la literatura española actual — aunque sea necesariamente incompleto, por vacilante y confuso que parezca en algunos casos — es contribuir al conocimiento de la realidad española y a la apertura de los caminos del porvenir.

Me figuro que Dolores Medio me permitirá dos breves consejos. Uno : que viva prevenida contra los personajes de cartón. Se le ocurren a uno con facilidad, en ocasiones parecen inicialmente brillantes, pero luego su artificio resalta lamentablemente en el conjunto realista. Eso le pasa a Guzmán el viejo paralítico que en « Funcionario público », seguramente no tenía nada que hacer. Otro : que cuide su prosa. Y no me refiero al estilo que es expresivo y sirve sobriamente la acción, sino a la sintaxis y a la propiedad en el empleo de los vocablos. El escritor precisa — es para él una necesidad vital, deberíamos decir — amar apasionadamente su idioma. Y cultivarlo infatigablemente. Toda la vida. Y aun así, nunca se llega a dominarlo por completo.

J. Izcaray

« España » de A. V. Volkov

un estudio de geografía económica

No es éste el primer libro de Geografía de España que aparece en la U.R.S.S. En los últimos 20 años han ido viendo la luz una serie de trabajos de autores soviéticos destinados a dar al lector una representación de España, de sus condiciones naturales, sus rasgos y problemas económicos, las formas de vida y de trabajo de su pueblo. Entre estas publicaciones pueden citarse : « Nociones de Geografía económica » de Maguidovich (1938) ; « Geografía Física de España » de Dobrinin (1948), etc. « España » de A. V. Volkov, ha sido editada en 1955 por el Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

★

No es posible en un breve espacio reflejar por completo el contenido de este libro. En sus 8 capítulos se expone con abundancia de documentación, razonamientos y conclusiones, la situación geográfica de España, la importancia y emplazamiento de

sus riquezas naturales, los rasgos esenciales de su desarrollo económico. Son particularmente interesantes los capítulos dedicados a la agricultura, al régimen agrario y estructura de la economía agrícola y también los consagrados a la industria, distribución de las fuerzas productivas en las diversas regiones del país, etc.

El autor ha tenido que vencer serias dificultades derivadas de la escasez de documentación sobre algunos problemas actuales de carácter económico y social, y de la dudosa veracidad de los datos oficiales que se publican con el propósito de ocultar o falsear el verdadero estado de cosas. No obstante, A. V. Volkov ha logrado, a mi entender, hacer un estudio bastante completo de Geografía económica de España. No se limita, como tienen costumbre la mayoría de los geógrafos, a describir el medio geográfico disociado de los problemas económicos y sociales, eludiendo o ignorando estos problemas, sin establecer el nexo indispensable que existe entre la naturaleza y la sociedad.

Por ello, lamentando no poder ofrecer al lector un resumen del rico material que contiene el libro, prefiero exponer lo que desde mi punto de vista, constituye el mérito esencial de la obra : el intento, creo que afortunado, de abordar este estudio de manera realmente científica, con un método marxista.

Gran parte de los geógrafos españoles, que por otra parte tienen méritos no desdeñables en cuanto al estudio e investigaciones de las condiciones físicas, de los recursos naturales y su clasificación, el emplazamiento y distribución de las fuerzas productivas, etc., atribuyen erróneamente el papel determinante en el desarrollo económico de España, de sus fuerzas productivas y del nivel de vida de su población, a los factores naturales, a la influencia del medio geográfico. Esta valoración metafísica del medio geográfico lleva de la mano a ignorar la influencia decisiva de los factores económicos y sociales, a negar la capacidad del hombre para transformar la naturaleza.

La historia de la sociedad es ejemplo permanente de que el hombre, a diferencia de los animales, no se adapta pasivamente a la naturaleza, no se somete resignadamente al medio geográfico que le circunda, sino que, con su lucha, su trabajo y su talento, adapta la naturaleza a sus necesidades, a sus fines. En la naturaleza actúan fuerzas ciegas, espontáneas, pero actúa también el hombre dotado de razón. Es cierto que esta acción del hombre sobre la naturaleza está supeditada al grado de desarrollo alcanzado por la sociedad y, en las condiciones actuales, cuando la sociedad ha alcanzado un alto nivel de desarrollo técnico-científico, depende sobre todo del régimen económico y político, de los intereses de las clases dominantes. En una cuarta parte del territorio del globo, cubierto por países socialistas, donde los medios de producción, la técnica, la ciencia, han pasado a ser patrimonio de la sociedad, éstos pueden emplearse sin trabas en la lucha contra la naturaleza, en interés de la sociedad.

No así en los países dominados por el capitalismo donde todas las conquistas de la técnica son propiedad de una clase que las utiliza para sus fines propios. Pero los pueblos de estos países no se resignan y luchan por liquidar estas trabas que impiden que las grandes conquistas del genio y del trabajo humanos sean puestas al servicio de toda la humanidad.

Se nos dice con frecuencia que el problema de la agricultura española es un **problema de lluvias.** Pero el problema verdadero es el del régimen de **propiedad de la tierra.**

Si la naturaleza es poco pródiga en lluvias, por tierras españolas corren ricas venas fluviales ; el hombre, dotado de los medios necesarios, es capaz de construir canales, levantar grandes obras de regadío, alterar la fertilidad del suelo, contener la erosión, vencer con su lucha las adversidades naturales. España puede ser electrificada, poner en explotación racional el potencial hidroeléctrico de que dispone, uno

de los más importantes de Europa ; dotar a la agricultura y a una industria moderna de la base energética necesaria. Pero ello es estorbado por las supervivencias feudales y el régimen franquista, por intereses extranjeros contrarios a la transformación de España en una potencia industrial, intereses que los gobernantes actuales sirven sumisamente.

Los políticos franquistas se sirven a discreción, porque les va como anillo al dedo, de lo que en sociología se llama « teoría geográfica » según la cual, el clima, el relieve, el suelo, determinan el grado de desarrollo y la fisionomía de un país. Con esta « teoría » pretenden justificar el atraso y estancamiento económico de España, la miseria, el ínfimo nivel de vida de la población, etc., como fenómenos naturales, inevitables, a los que hay que someterse.

Esta « teoría » sirve también para tratar de justificar la existencia de países perennemente « atrasados » que necesitan « protección » de las grandes potencias imperialistas, es decir, que han de ser mediatizados y convertidos en países dependientes. Lo que quiere decir que el atraso económico de España obedece a « leyes naturales » y que la renuncia a la soberanía e independencia nacional, el sometimiento a potencias extranjeras, en este caso concreto a Estados Unidos, es un fenómeno inevitable impuesto por las condiciones naturales.

El medio geográfico es una de las **condiciones** necesarias y permanentes de la vida material de la sociedad, que ha ejercido y ejerce una influencia innegable en el desarrollo de la sociedad en su conjunto y en cada país determinado. El medio geográfico puede favorecer o ser desfavorable a este desarrollo, retrasándolo o acelerándolo. El clima de España que condiciona un régimen de escasas lluvias o de sequías sobre un 70 % del territorio del país es un factor desfavorable, que influye negativamente sobre la agricultura. El caudal irregular de los principales ríos es perjudicial, y con frecuencia desastroso, para la agricultura ; el relieve montañoso crea dificultades a las comunicaciones sin las que no se concibe el desarrollo económico de un país. Pero estos factores no pueden explicar totalmente los graves problemas que aquejan a la agricultura española, que afectan a millones de campesinos y que se reflejan directa o indirectamente en todos los aspectos de la vida de la nación. El clima seco no explica que los grandes propietarios latifundistas acaparen el 47 % de la superficie de cultivo, una buena parte de la cual son tierras baldías, mientras 5 millones de campesinos (arrendatarios y propietarios) disponen únicamente del 23 % de la tierra cultivada, y los millones de obreros agrícolas no disponen ni de una pulgada. Como no explica tampoco que la producción sea inferior a la del año 1929, ni que se reduzca la superfice de siembra y descienda la producción por hectárea de una serie de cultivos ; ni la decadencia que se observa en muchas ramas de la agricultura y la ganadería. ¿ Es que se han producido en estos años cambios tan sensibles en el clima ?

Las riquezas del subsuelo, los minerales son uno de los elementos del medio geográfico. La naturaleza ha dotado a España de inmensos recursos minerales. Según algunos geólogos, en las entrañas de la tierra española se han encontrado cerca de 300 especies de minerales y metaloïdes. Aunque en el curso de un siglo estas riquezas han sido sometidas a una explotación rapaz, a un saqueo despiadado por los concesionarios extranjeros que han agotado una serie de ricos yacimientos, España sigue siendo, sin embargo, un país de inmensos recursos minerales. Riquezas inmensas están aún sin explorar.

Si efectivamente la existencia de riquezas naturales **decidiera** el desarrollo económico de un país, España tendría que estar situada entre las potencias industriales desarrolladas. Pero, según datos de 1955, su producción industrial representa tan sólo el 2,8 % de la producción de los países capitalistas, y por añadidura la mayor parte corresponde a la producción de las ramas de la industria ligera.

En una serie de países, la existencia de recursos minerales influyó extraordinariamente en el desarrollo de su potencia industrial. Los yacimientos carboníferos de Inglaterra contribuyeron en gran medida al impetuoso desarrollo industrial de los siglos XVIII y XIX. La cuenca hullera del Ruhr y los yacimientos de hierro de Alsacia y Lorena sirvieron de base al desarrollo de la industria alemana. La abundancia de riquezas naturales en la U.R.S.S. ha influído favorablemente en la transformación de este país en una potencia industrial de primer orden. Pero, como atestigua el caso de España, la existencia de riquezas naturales no es el factor **determinante** de este desarrollo.

En España, las riquezas naturales, lejos de influir en el desarrollo de una potente industria, jugaron el papel de polo de atracción de otras potencias extranjeras que sacando partido del régimen existente, sin encontrar resistencia en las clases dominantes, los terratenientes y la gran burguesía emparentada con ellos, utilizándolas, al contrario, como trampolín, entraron a saco en nuestras minas.

Desde mediados del siglo pasado, las riquezas mineras españolas pasaron a manos de « concesionarios » extranjeros que, como es lógico, se preocupaban poco de los intereses nacionales de España. El hierro de Vizcaya, codiciado por su gran riqueza férrica, sirvió para alimentar la industria metalúrgica inglesa mientras que en España esta industria se desarrolla muy lentamente. España dispone de los yacimientos de mercurio más importantes del mundo, que concentran el 35 % de las reservas mundiales, sin que exista una sola fábrica para tratar este metal de tan alto valor industrial, que va a parar a manos de las firmas americanas. La influencia del capital extranjero, que ha ocupado posición tras posición en la economía del país, particularmente en los años del franquismo, ha pesado y pesa como dura losa sobre el desarrollo económico de España. Desaparecido el yugo de la dependencia extranjera, los recursos naturales, racionalmente utilizados, podrán servir de base para la transformación de España en un país de alto desarrollo industrial.

El libro de A. V. Volkov es una contribución valiosa al estudio de esta rama de las ciencias económico-sociales. A la vez pone de relieve las fuerzas inagotables del hombre en su lucha contra la naturaleza y contra las fuerzas y clases sociales que, atribuyendo las lacras de los regímenes económico-sociales a los designios de la naturaleza, incitan a resignarse al atraso y la miseria. El hombre libre de sus destinos, como sucede ya en una cuarta parte del mundo, puede gobernar la naturaleza en provecho propio.

Volkov demuestra las inmensas perspectivas que tiene España de transformarse en un país avanzado, próspero, cuando se sacuda el yugo de las fuerzas retrógradas que lo impiden.

María Torres

PINTURA

Un pintor y sus temas

La exposición de pinturas de José García Ortega, abierta del 3 al 15 junio pasado en la Sala Alfil, de Madrid, ha despertado un interés indiscutible. Y a nuestro parecer, merecido. Destacado ya como cartelista y grabador de gran categoría (en la última Nacional de Bellas Artes ha obtenido una tercera medalla de grabado), Ortega había expuesto, en noviembre de 1956, y en esta misma Sala, conjuntamente con otros dos jóvenes pintores, Ruiz Pernias y Palacio Tardez, algunas telas sobre un tema común en dicha ocasión a los tres pintores : el del suburbio madrileño. Ahora, sin embargo, y aunque algunos de los cuadros de esta última muestra sean cronológica, y artísticamente también, anteriores a los de aquélla otra, es cuando puede valorarse con seguridad la madurez pictórica ya alcanzada por Ortega. Madurez que se refleja en la unidad de sus temas ; esta vez, el mundo, el paisaje y los problemas de los obreros de la construcción. Que se expresa también en el progreso interior de una a otra tela, en el mayor dominio progresivo no sólo de su técnica, sino también de su propia personalidad artística, que va emergiendo con fuerza de las naturales, y en este caso saludables, influencias primeras. Madurez que se manifiesta, por último, en la conciencia que el artista ha ido cobrando de sus fines y de los medios plásticos para expresarlos.

La raíz de esa madurez, pienso que hay que buscarla en la total sinceridad con que Ortega se plantea, y resuelve, los problemas de fondo de su pintura realista. Y en este punto coinciden, en general, los críticos que de su exposición han tratado en la prensa diaria. Así, por ejemplo, dice Castro Arines, en INFORMACIONES del 8 de junio : « Hay tal amor en la obra ésta que pocas veces en el arte joven se encuentra pintor que con mayor autenticidad se entregue al mundo que sus ojos ven y que hermana a sus personales querencias su íntimo sentir... De ahí la verdad de su lenguaje, la personal energía que de él trasciende ». Y Ramón D. Faraldo, por su parte, en YA del 21 de junio : « Ortega es portador de una cosa que hoy no abunda : fe. Esto ya le singularizaría entre los pintores, si además no fuese también un pintor a menudo sorprendente... es cierto que la pintura de Ortega me parece más inspirada, más humana y con más fibra que la de casi todos los pintores de su edad ». Afirmación ésta que puede suscribirse plenamente.

No eran pocos, sin embargo, los problemas estéticos a resolver en una empresa como ésta, para un pintor todavía haciéndose, como lo es Ortega. Porque si es cierto que la tradición del realismo pictórico español constituye una firme apoyatura formal, también es verdad que el camino emprendido por Ortega no es un camino trillado. En cierto modo es, al contrario, un camino nuevo, dónde todo, o casi todo, está por hacer. Porque el mundo de los trabajadores, como tema estético, específicamente esté-

tico dentro de su posible resonancia humana, que depende del acierto del artista, ofrece de inmediato el doble y opuesto peligro de caer en el naturalismo, o en el simbolismo declamatorio. Y en conjunto, Ortega sortea esos peligros.

Es interesante, a este respecto, recoger algunas frases del propio Ortega, tomadas de la entrevista que le fué hecha por Radio Madrid, el 15 de junio. A la pregunta : « ¿ Qué diferencias estableceria usted entre el realismo de su pintura y el realismo de Solana ? », contestó lo siguiente : « A mi modo de ver, Solana parte, en toda su pintura, de los cinco cuadros de Goya que hay en la Escuela de San Fernando : « El tribunal de la Inquisición », « La casa de locos », « El entierro de la sardina », « La corrida de toros » y « La procesión ». Vea usted : en esos cinco temas, está casi España entera. Y de aquí parte Solana para encontrar la raiz de la más verdadera realidad española... **Es cierto que el realismo de Solana es, mas bien, un realismo estático... Un realismo que, en cierto modo, se queda en su propio tema... Yo, en cambio, pretendo, quiero, o querría que mi realismo fuera un realismo que trascendiera de si mismo, que irradiara...** » (El subrayado es mío). Y la verdad es que, en parte muy considerable, Ortega consigue su propósito, al captar su tema, los albañiles y su trabajo, su paisaje y su mundo, en todas sus complejas relaciones humanas y objetivas, en el movimiento mismo de su labor y de su vida. Hombres del campo, recién desarraigados del medio rural del cual les ha expulsado la miseria, manejadores de instrumentos que prolongan la fuerza de sus brazos, único bien que les pertenezca en propiedad, relacionados con un paisaje muy caracteristico, y perfectamente reflejado por el artista, relacionados entre si a través del trabajo por vínculos de solidaridad y fraternidad (vigorosamente reflejados en los cuadros « Cuadrilla de destajo », o « El cigarrillo », entre otros), los personajes de Ortega, las figuras humanas de sus telas, son, en efecto, hombres de verdad, y no figuras estáticas. Posiblemente sea éste el aspecto más logrado de su pintura.

En resumen : en J. García Ortega hay un pintor de talla, en plena evolución hacia el dominio de su arte. Quizá podría aconsejársele únicamente que se esfuerce aún más por depurar sus medios expresivos de algunos toques excesivamente simbólicos y declamatorios que todavía se manifiestan en su pintura. Reparo mínimo, cuando se piensa en la aportación que su obra representa ya para la tradición de la pintura realista española.

J. M.

« Primer Acto » y el teatro contemporáneo en España

I.

El pasado mes de abril se publicó el primer nº de la « Revista española de teatro » : « Primer Acto ». No creo equivocarme al decir que se trata de la unica revista especializada de teatro que hoy día existe en España. Ya, de por sí, esto sería suficiente para que nos interesaramos en ella, pero además, ciertos de los artículos publicados en este número, me han, diríamos, inspirado, algunas reflexiones que desearía exponer brevemente.

La primero que salta a la vista al hojear esta publicación es la situación más o menos catastrófica en que se encuentra el teatro en España. Esto ya lo sabíamos. Conocemos las dificultades materiales, de censura, etc... con que tropiezan las compañías teatrales españolas. Conocemos el tipo de obras que se representan en los llamados escenarios comerciales, obras polvorientas que no tienen siquiera el encanto de un recuerdo de infancia hallado en un viejo baúl. El aburrimiento, para llamar las cosas por su nombre, se ha apoderado desde hace ya varios años de nuestros escenarios.

Un grupo bastante reducido de directores, escritores y actores, intenta luchar contra este estado de cosas, no siempre con éxitos. « Primer Acto » parece querer ayudar a este grupo, a esta « vanguardia » ,lo cual es, desde luego, digno de aplauso.

José Monleón, subdirector de la revista, en un interesante artículo que cumple en realidad el papel de editorial, analiza algunos de los aspectos de esta situación de nuestro actual teatro. Y me parace que pone el dedo en la llaga, cuando escribe :

« Las masas, el hombre, necesita un lugar en el teatro. Ha de estar en la escena como ente hondo y complejo. Desbancando a esos seres ingeniosos, dialécticos, brillantes, fatuos, juergistas, andaluces o santurrones que se despojaron en los camarines de lo más importante : su problemática esencial como tales hombres. »

Efectivamente el hombre, los hombres — no monigotes — están demasiado a menudo ausentes de nuestras escenas. Y cuando hacen una tímida aparición en ellas, se debe casi siempre a obras extranjeras.

Más adelante, Monleón, precisa su idea, apoyándose en una cita tomada de la obra de Bertold Brecht, « La Vida de Galileo » (anteriormente titulada « Galileo Galilei »), por cierto sin nombrar al autor, ni la obra.

« Estamos ante una nueva época, dice Galileo en dicha obra, una de las más importantes de B. Brecht y de profundas resonancias actuales. Pronto la humanidad entera sabrá perfectamente dónde habita, en qué clase de cuerpo celeste le toca vivir. Porque lo que dicen los viejos libros ya no les basta, porque donde reinó la fe reina ahora la duda. El mundo entero dice, sí, pero dejadnos mirar ahora a nosotros mismos. A la verdad más festejada se le golpea hoy en el hombro ; lo que nunca fué duda hoy se pone en tela de juicio, de modo que se ha originado una corriente de aire...»

Esta cita, publicada en una revista española, *hoy*, cobra un extraordinario valor.

No creo desvirtuar el pensamiento de José Monleón al decir que en su artículo propone como solución a lo que podríamos llamar la crisis del teatro contemporáneo español, una mayor presencia en nuestros escenarios de los problemas del hombre de hoy, una mayor preocupación por lo social. La cita y el ejemplo de Brecht, así como la referencia al « Diario de Ana Franck », del cual hablaremos más adelante, me parecen significativos en este sentido.

Nadie, supongo, se extrañará de que esté de acuerdo con ésta apreciación. No es que vaya a abogar por un teatro únicamente político en el sentido estrecho de esta palabra (conviene puntualizar), aunque tal teatro también pueda ser legítimo. Lo que defiendo es un teatro de ideas, de problemas, un teatro actual, en el que se refleje la gran complejidad de la hora presente en sus diversos aspectos, del individual al general, del psicológico al social. Hay que decir, que son pocos los dramaturgos que han sabido tratar dichos temas. Si hacemos un recuento, surgen los nombres de Brecht, de Arthur Miller y ...muy pocos más.

Pero no hay que olvidar que estamos en España y que, por muy machacones que parezcamos, tenemos la obligación, si queremos ver las cosas como son, al tratar de todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida cultural, de ver su íntima relación con los problemas políticos, y muy concretamente, con los problemas de la libertad de expresión. Porque me parece evidente que el primer obstáculo a un desarrollo — o tal vez podríamos hablar de renacimiento — de nuestro teatro, lo constituye la censura. No es el único problema, pero, consideramos que es el problema esencial.

Sin embargo, gracias a los esfuerzos que se vienen realizando en pro de una mayor libertad de expresión, hoy en día se representan en España una serie de obras extranjeras que el más optimista no hubiera siquiera soñado representar hace cuatro o cinco años. Pero en muchos casos estas obras se presentan cortadas, casi diríamos mutiladas — ejemplo : « Las Brujas de Salem », o bien en los teatros de « minorías », bien sean T.E.U. o Teatros de Cámara y Ensayo. Lo cual, por una parte plantea problemas económicos y por otra reduce extraordinariamente el público de dichas obras.

Estas posibilidades que tienen los Teatros de Cámara y Ensayo, para representar obras que tienen cerrado el acceso a las salas normales o « comerciales », explican el gran florecimiento del « género ». Pero, evidentemente, esto no es una solución. El teatro es, por esencia, contrario a estas soluciones de laboratorio. No pretendemos criticar aquí a los teatros de cámara, que en muchos casos han desarrollado una acción positiva, pero estos teatros dan generalmente, una representación *única* de tal o cual obra, a la que asisten 50 o 100 personas. Estas representaciones « confidenciales » no bastan, claro está, para dar a conocer al público las obras importantes de los autores españoles o extranjeros.

Otra de las conclusiones que se desprenden al hojear « Primer Acto » y concretamente, las reseñas de los últimos estrenos y de las obras que se vienen representando en diferentes ciudades, es la débil proporción de obras españolas contemporáneas.

Este hecho merece algún comentario. Si analizamos los diversos aspectos de la vida cultural española de estos últimos años, no encontramos, en lo que a teatro se refiere, nada que se pueda equiparar al movimiento renovador, de gran interés, que notamos, por ejemplo, en cine, con Berlanga y Bardem ; en poesía, con la denominada « poesía social » ; Celaya, Blas de Otero, Eugenio de Nora y otros ; ni siquiera en la novela en la que — sin hablar de la personalidad contradictoria, pero desde luego importante, de Cela — nos encontramos con jóvenes novelistas, como se suele decir « llenos de promesas », tales como Rafael Sánchez Ferlosio. Jesús Fernández Santos y Juan Goytisolo.

Que quede bien claro que esto no es más que una opinión personal y como toda opinión personal puede resultar algo unilateral. Que quede bien claro asimismo, que al hacer esta afirmación no me olvido de los autores dramáticos de la postguerra y en primer lugar de Antonio Buero Vallejo, ni siquiera de autores más jóvenes como Alfonso Sastre o J. Delgado Benavente.

Lo que pretendo decir es que si bien en las otras ramas de la literatura — incluyendo al cine — estos autores — y otros, no citados para no alargar la lista — han sabido buscar caminos nuevos, han logrado en cierta medida hacer progresar la poesía, la novela — y han *creado* un cine español — el teatro español contemporáneo ha quedado en este aspecto algo rezagado, al margen de dicho movimiento artístico renovador, que logra expresarse a pesar de las trabas de la censura y otras.

No hago al decir esto un juicio sobre el valor absoluto de este ú otro autor, ni siquiera pretendo que — por ejemplo — la poesía hoy sea « superior » a la poesía de los años 30. Lo que quiero decir es que Celaya, o Blas de Otero — ú otros — continuán, *actualizándola*, la tradición de la poesía española. Y esto es muy importante. (No cabe duda que Alfonso Sastre, muy concretamente, pretende escribir un teatro que responda a las exigencias, problemas, preocupaciones de la hora presente. Pero a juicio mio, no lo ha logrado aún.)

Esto — este « retraso » de nuestro teatro contemporáneo — explica que los « movimientos de opinión », verdaderas « batallas de Hernani », que sucitan los estrenos de las películas de Bardem, o — en núcleos más reducidos — la publicación de un libro de poemas de Celaya o Blas de Otero, se sitúen, en relación con el teatro, en torno a obras extranjeras.

Recordemos el escándalo que sucitó la prohibición momentánea de « Seis personajes en busca de Autor », o el interés que despertaron la puesta en escena de las obras de Arthur Miller, « La Muerte de un Viajante » y « Las Brujas de Salem ».

Como decíamos, este hecho se refleja en la revista « Primer Acto ». En dicha revista, en efecto, se da una gran importancia al teatro extranjero y concretamente a dos obras, las dos muy interesantes desde diferentes puntos de vista. Se trata del « Diario de Ana Frank » y de « Esperando a Godot ». Nos gustaría ahora opinar brevemente sobre algunos de los comentarios con que se presentan y acompañan dichas obras.

II

El «Diario de Ana Frank » es, como ya se sabe, la adaptación teatral del verdadero diario de la joven judía Ana Frank, muerta en un campo de concentración nazi, durante la pasada guerra mundial.

Los autores de dicha adaptación son los periodistas norteamericanos Francis Goodrich y Albert Hackett. La obra se ha estrenado en España en el Teatro de la Comedia de Barcelona. La dirección escénica corrió a cargo de José Luis Alonso y los actores pertenecían a la compañía « Lope de Vega », cuyo director es José Tamayo.

Antes que nada quisiera señalar el interés que tiene el que tal obra se estrene en España. En efecto, el tema de la obra, resumiendo, es el siguiente : Dos familias judías viven escondidas en unas buhardillas en los años de la pasada guerra mundial, en Amsterdam. Están alimentadas por unos amigos que vienen a verles de vez en cuando. Como en el piso de abajo hay unas oficinas, durante el día no pueden hacer el menor ruido, en cambio por la noche hablan, se enzarzan en discusiones, cantan los himnos de su religión y hasta hacen bromas y se rien. Una noche, sin embargo, oyen, en las oficinas que deberían estar desiertas un extraño ruido y pasos que huyen corriendo. Pánico. Luego se enterarán de que era un ladrón. El ladrón es un empleado de las oficinas. Les denuncia... La obra termina (en realidad hay un epílogo, pero en mi opinión tal vez innecesario) con los golpes de los alemanes en la puerta.

Todo ello es rigurosamente exacto. Difícilmente un autor hubiera podido inventar situación más dramática (en el doble sentido de la palabra). Durante la pasada guerra mundial se han dado muchos casos semejantes a éste que la joven Ana Frank relató en su diario, antes de ser asesinada en una cámara de gas. Esta obra es un testimonio de los tiempos en que nos ha tocado vivir. Constituye una denuncia del fascismo, en uno de sus aspectos más odiosos : el racismo.

Por ello no puedo estar de acuerdo con estas líneas escritas por José Luis Alonso (traductor y director escénico de la obra) en « Primer Acto » : « En Barcelona algunas personas han creído (los que siempre creen saberlo todo) que yo había suprimido frases contra los nazis, contra Hitler. No es cierto. La comedia está escrita con verdadera elegancia en este sentido. En ningun momento se habla de política. Hacia la mitad del primer acto nos olvidamos que aquellos seres son judíos... »

¿Como vamos a olvidarnos que aquellos seres son judíos? ¿Cómo vamos a olvidar, al presenciar dicha obra (o al leer el diario tal y como lo escribió Ana) a los millones y millones de judíos asesinados por los nazis en las cámaras de gas de sus campos de concentración? ¿Donde está el drama, sino en el hecho de que esas gentes deben esconderse y al final mueren (menos el padre de Ana) *únicamente* por ser judíos? ¿Y a qué viene en este caso eso de la « elegancia »?

Yo no sé, por no conocer la versión de José Luis Alonso, si ha cortado o no frases contra los nazis, pero no puedo estar ni mucho menos de acuerdo con esa apreciación suya que, a mi entender, desvirtúa el sentido de la obra.

Lo dicho no resta méritos al hecho de haber presentado « El diario de Ana Frank ». Felicitemos pues a José Luis Alonso por haber llevado a bien dicha empresa y a José Tamayo por haberle aportado su apoyo.

Como vemos, el nombre de Tamayo está, una vez más, (aunque en este caso indirectamente) ligado a la presentación de una obra de teatro de gran interés. José Tamayo en efecto ha puesto en escena, entre otras cosas, « La Muerte de un Viajante » y « Las Brujas de Salem » de A. Miller y « Seis Personajes en busca de Autor », de Pirandello. En este sentido podemos decir que su labor teatral es positiva. Sin embargo, y aunque lo lamentemos, no se puede calificar de la misma forma su labor de director escénico. Y eso, tanto en lo que se refiere a teatro clásico, como moderno. Los que presenciamos — pongo por ejemplo — en el Teatro Español la representación de las « Brujas de Salem » (en la más que discutible versión de Diego Hurtado) y pudimos darnos cuenta como una obra tan interesante se había convertido en un engendro sin fuerza, ni emoción, comprendimos (si es que no lo sabíamos) la importancia del papel del director escénico. En el caso de José Tamayo su labor como director escénico es a juicio mío, francamente negativa. La única que lograba dar cierta verosimilitud a su personaje, aquella noche, era Berta Riaza, quién, precisamente hace el papel de Ana Frank, según parece, con total acierto.

« Esperando a Godot » de Samuel Beckett se ha puesto de moda. Ocurre algo gracioso con esta obra. Se ha estrenado en París en el pequeño « Teatro de Babylone » (el autor, aunque irlandés, escribe habitualmente en francés. Ha vivido muchos años en Francia adonde fué como lector de inglés en la Universidad de París). Comenzó teniendo un exito de crítica más que de público. Pero, rápidamente, saltó a diferentes escenarios de Europa y América, siendo representada en Alemania, Inglaterra, Italia, E.E.U.U., Países escandinavos, España, etc., etc. Y, sin embargo, sigue teniendo una aureola de obra de vanguardia para « minoría selecta », de obra « maldita », como dicen en Francia.

El único país en donde dicha aureola estaría, hasta cierto punto, justificada, es España; porque « Esperando a Godot » no se ha representado si no me equivoco, más que tres o cuatro veces, en Madrid y en Barcelona, con una dirección escénica de Trino Martínez-Trives (que dirige junto a Manuel Gallego Morell el Pequeño Teatro « DIDO »). Pero en España, la inmensa mayoría de las obras contemporáneas están en el mismo caso. Aquí, todo el teatro contemporáneo es « maldito »...

Como es natural, cuando una obra de este tipo se pone de moda, se dicen y escriben sobre ella infinidad de cosas, muchas veces contradictorias. « Primer Acto » le rinde los honores de su primer número : La publica íntegra ; luego, Trino Martinez-Trives escribe unas notas sobre su versión de la obra y su estreno en España ; y, por fin, Alfonso Sastre le dedica un estudio titulado « Siete Notas sobre « Esperando a Godot ». Total, casi la mitad del primer número.

En su estudio sobre ésta obra Alfonso Sastre se extraña de que algunos la hayan tomado por un « drama fantástico » o por una « secreción postuma del surrealismo », o incluso por la « pura objetivación de un delirio », etc., etc. Para Sastre tal actitud resulta incomprensible, porque no ha visto nunca (son sus palabras) un drama más realista...

Para mi « Esperando a Godot » es precisamente lo contrario del realismo. Casi se podría definir el realismo en el teatro de la siguiente forma : « Exactamente lo contrario de « Esperando a Godot ». Sastre, claro, explica y argumenta su opinión, yo voy a intentar explicar la mía

Polemizando de antemano con los que no comparten su opinión, Sastre escribe : « Lo que ocurre es que el término « realismo » se emplea normalmente para designar una de sus formas : la forma que podríamos llamar « naturalista » ; la forma acuñada por André Antoine para el Teatro Libre ; el realismo superficial, el testimonio fotográfico. Pero es que ese sentido no agota la significación del término. Yo he señalado en otra ocasión la existencia de un ímpetu profundizador que ha hecho posibles las complejas formas de un realismo profundizado en la literatura y el arte de nuestro tiempo. Este proceso está nutrido, en gran parte, por los hallazgos realizados por los movimientos estéticos de pretensión antirealista. Todo esos movimientos — « ismos » — han sido fecundos para el realismo. El último destino de esas experiencias es la incorporación de sus más valiosos precipitados a la aventura maestra del arte, a su línea fundamental, el realismo. »

Como vemos en estas líneas no hay la menor definición del realismo. Lo único que se viene a decir es que el realismo se ha « apropiado » ciertas búsquedas estéticas de pretensión antirrealista y que no hay que confundir realismo con « naturalismo » o « testimonio fotográfico ». Podemos estar de acuerdo con estas dos ideas (y de hecho yo personalmente las comparto), pero mientras no se tenga una concepción clara del realismo, podemos llamar o dejar de llamar « realista » a cualquier obra de arte. Y es lo que le ocurre a Sastre con « Esperando a Godot ».

Sastre comenta atinadamente ciertas de las influencias que se notan en la obra de Samuel Beckett : Kafka, Joyce, el surrealismo (no estoy de acuerdo en cambio con lo que a Chaplin se refiere). Tiene, pienso razon en señalar una relación entre la pareja que « espera a Godot » y el « clown » y el « augusto » del circo. Dice cosas interesantes sobre la desesperación, el desgarramiento de la obra, « carta de defunción de la esperanza », pero se le ha olvidado un detalle. Y un detalle que tiene mucha importancia. ¿QUIEN ES GODOT ? Pues es bien sencillo : Godot es Dios. (Godot : God, en inglés God es Dios ; no olvidemos que Beckett es irlandés).

Partiendo de este detalle toda la obra cobra un significado bien determinado. Para Beckett el mundo es absurdo, cruel, sin sentido. Una de las frases claves de la obra es la siguiente : « *ESTRAGON* : Siempre encontramos algo, ¿eh, Didi? *para darnos la impresion de existir.* » ¿Qué hacen sus personages? Esperar, esperar angustiadamente, haciendo « trampas » para darse la impresión de existir, que venga Godot, que venga Dios. Pero Dios, perdonad la expresión, en el sentido más « amplio » de la palabra. Si God-ot viniera, todo cambiaría, las cosas cobrarían un sentido, pero al parecer no viene. Los hombres siguen esperando.

« Esperando a Godot » es, pues el prototipo de la obra metáfisica. Sastre dice « ...el cuadro que Beckett nos presenta resulta un poco extraño para algunas miradas, como puede resultar extraña, irreconocible, para un enfermo pulmonar, la radiografía de sus pulmones. Sin embargo esa es la realidad más profunda de su anatomofisiología y no la que representa esa fotografía, en la que se reconoce con una sonrisa complacida, y que exhibe en su documento de identidad personal. » Bien. Pero « Esperando a Godot » no es en mi opinión una « radiografía » de la realidad (ni de sus pulmones), sino una especulación filosófica idealista, *deliberadamente* situada fuera del mundo de lo real. Sus personajes no son *hombres* con preocupaciones metafísicas, angustiados, etc. — en cual caso el problema sería totalmente distinto — sino personificaciones abstractas de las preocupaciones metafísicas del autor, situados en un universo cerrado, asimismo abstracto. ¿Se puede hablar en este caso de realismo? Yo hablaría más bien de « simbolismo metáfisico »...

El realismo es la interpretación artística de la realidad, de la realidad histórica, social, política, humana, psicológica, de las relaciones sociales, etc. Existe, indudablemente, un problema de tipo ideológico en relación con el realismo. Cabe pensar, en este sentido, que dos artistas, situados en posiciones ideológicas distintas, *interpreten* la realidad (objetivamente la misma) de forma distinta. Un artista marxista al crear — o un crítico al analizar — una obra de arte se inspirará en su concepción del mundo, que es, como todo el mundo sabe, el materialismo dialéctico. El artista no marxista interpretará la realidad a su manera.

Yo creo, sin embargo, que las obras de arte *realistas* son y han sido siempre *materialistas*, y esto independientemente de que su autor tenga o no clara conciencia de ello. Tenemos en este sentido el ejemplo, ya clásico, de Balzac. Las obras de Balzac son fundamentalmente materialistas (en el sentido filosófico de la palabra) y él en cambio tenía toda una serie de concepciones idealistas. Esta contradicción se explica por el hecho de que Balzac se « olvidaba » al escribir sus novelas de buena parte de sus teorías idealistas y describía la sociedad francesa de su época, *tal y como era.*

Más próximo a nosostros tenemos el ejemplo del neo-realismo cinematográfico italiano. Las mejores películas de este « movimiento » son indudablemente realistas (dicen la *verdad* sobre la sociedad italiana). Pero sus autores son materialistas (marxistas) como Visconti o De Santis o no lo son, como Rosellini (hablo del Rosellini en su época anterior, cuando era realista) o De Sica. Sin embargo, *en este caso,* las teorías que han influido en este movimiento están indudablemente impregnadas de las concepciones materialistas marxistas.

El realismo, claro está, no tiene nada que ver con la fotografía y para volver al teatro, ahí está la obra de Brecht. El teatro de Brecht es

profundamente realista sin ser en ningun momento naturalista o fotográfico. Es profundamente realista aunque utilice una serie de procedimientos teatrales que pueden *parecer* no realistas. Pero esto y mucho más es perfectamente lícito en líneas generales, luego se trata de ver lo que podríamos llamar el « equilibrio interno » de cada obra. Lo que cuenta es que los conflictos, las situaciones, sean conflictos y situaciones reales, se situen en el mundo de lo real, y no constituyan meras especulaciones abstractas (como en « Esperando a Godot »). Pero como la realidad no es la misma — en muchos de sus aspectos fundamentales — en España que en la U.R.S.S., o en los EE.UU., hoy, que hace dos siglos; como la realidad es cambiante, compleja, contradictoria, nuestro realismo debe ser *dialéctico*. Como es, por ejemplo, el teatro de Brecht.

Carlos Larra

El estreno de « La Celestina »

En el teatro Eslava de Madrid se ha representado **La Celestina** de Fernando de Rojas en versión escénica de Huberto Pérez de la Ossa.

Llevar hoy sobre el tablado madrileño a esta obra capital de la literatura dramática española es empresa de altos vuelos; pues todavía la escena española en todos sus aspectos convalece lentamente de los daños de la postguerra con los mejores actores expatriados, muchos autores ausentes y una mordaza sobre los temas que ha producido el doble mal efecto de inhibición por parte de los creadores y deformación parcial del gusto del público.

Intento pues muy difícil por las dificultades propias del texto clásico, la escasez de escuela experta de actores y la desconocida reacción del público. Intento interesante sin embargo por ser obra tan en pugna con la mogigatería oficial todavía imperante.

Felicitamos por lo que el intento significa al Director Luis Escobar. Y aunque el resultado obtenido no haya conseguido alcanzar los modelos apetecidos bien vale la decisión de Escobar que nos brinda así una prueba de teatro Español en franco contraste con tantísimo teatro extranjero — tantas veces mediocre — como se ve en Madrid incluso en aquellos teatros oficiales (el Español y el de la Princesa) que parecen haber renunciado a todo repertorio español.

Veamos ahora algunos aspectos de este feliz hecho teatral.

OBRA Y VERSIÓN ESCÉNICA, en primer lugar.

Para los españoles de más de 35 años « La Celestina » es obra conocida si no en las tablas, al menos en lecturas. Desde que las investigaciones de Foulché-Delbosch a principios de siglo pusieron « La Celestina » a disposición de literatos y estu-

diosos, y Menéndez y Pelayo y Bonilla hicieron amplios análisis y juicios estéticos sobre ella, « La Celestina » ha ido ganando en la admiración de todos y ocupa un puesto sin par en la dramática española como el monumento más vivo y palpitante del genio del Renacimiento español. Y aunque la llamada crítica literaria con las extravagancias de toda erudición formalista ha puesto reparos, todos admitimos que se trata de la primera gran comedia española plenamente humanista en donde si se advierten claros rastros del Renacimiento Petrarquista, el cogollo de la acción, el genio de sus personajes y la entera traza de la obra es plenamente española, con una anticipación de cerca de 4 siglos al movimiento romántico europeo, con una modernidad que late siempre en las obras maestras. « La Celestina » lleva el alma de España, con el casticismo cervantino, la visión dionisiaca y alegre que sólo en Rabelais encontrara más tarde parigual, y con el pasmoso realismo español que desde el maester de juglaria y a través de los dos grandes Arciprestes (el de Hita y el de Talavera) encarna en « La Celestinc » para seguir con Cervantes, con Lope y hasta hoy con Antonio Machado, con García Lorca y con Miguel Hernández.

En la rudeza medieval de la que nuestra literatura se va librando poco a poco « La Celestina » es también la meior lírica de su tiempo con las típicas notas castellanas tan distintas de lc lírica gallega o de la lírica francesa.

Supongan Vds. cómo convertir esta joya llameante en algo burgués y modosito apto para la España oficial de 1957. La labor de adaptación de H. Pérez de la Ossa, bastante correcta en detalle ha tenido que esforzarse en poner sordina a tanto vigor como en Celestina vemos y a cubrir con púdicos recortes y con sutiles velos los espléndidos brillos del realismo español en la comedia del amor. El propio adaptador nos lo dice en unas líneas que copiamos y que pone a la cabeza del programa de mano :

« Nos ha sido ton dolorosa tarea — dice — **tener que ir prescindiendo constantemente de frases y conceptos bellísimos para desnudar la accion** (nosotros diriamos que a vestirla) **y dejarla en sus elementos esenciales. »**

« Nos hemos ajustado al texto primitivo es decir al de 16 actos suprimiendo con harta pena todo cuanto no nos parecía indispensable a la comprensión del impáciente auditorio de nuestros días y sobraba para el ajuste a los horarios actuales de una representación corriente. »

Y trasladando el problema añade : **« No nos parece en sazón el auditorio de nuestro tiempo para intentar una representación de seis horas, cena incluida, como se ha hecho en otro tiempo con las óperas de Wagner. »**

Aclaremos a todos que este auditorio previsto par Pérez de la Ossa habría de ser (por los precios) la crema de la sociedad madrileña. A la cual el adaptador juzga con poca comprensión y con impaciencia para la obra completa. Si ello es verdad en parte, también lo es que la dificultad está en otra parte.

Pues *añade el adaptador* en su presentación escrita :

« Por eso — refiriéndose al tema de la obra, sigue diciendo, y en elegante descuido cita a su vez a Menéndez y Pelayo — **la Inquisición en sus buenos tiempos, jamás impidió el libre curso de « La Celestina » que se imprimió en España treinta y cuatro veces por lo menos en los siglos 16 y 17 sin contar las numerosas ediciones hechas fuera. Sólo en el siglo 19** — y sigue la cita de Don Marcelino — **en 1805 cuando se había perdido toda la tradición castiza los jansenistas hazañeros y mogigatos que eran entonces dueños del Santo Oficio prohibieron fatalmente el libro en su último Indice. »**

Era aquí donde apuntaba el adaptador y no a la pretendida impaciencia del público. El trozo de Menéndez y Pelayo no tiene desperdicio. Si aporta un aspecto más de la amplitud del gran Don Marcelino como crítico literario sirve ahora al adap-

tador de 1957 para arrinconar a la Censura oficial con las truculencias del modernisimo Opus Dei. Con una verdadera pirueta del « gracioso » de nuestra escena clásica Huberto Pérez de la Ossa lanza la Celestina sobre el tablero del Opus y les dice : Si cuatro siglos de Inquisición la han tolerado ¿ la permitirán Vds. ?

Mas ello ha sido posible no sin pérdidas naturalmente. Y de ello se queja el adaptador. El texto de la obra con su frescura y su donaire ha sido muy deteriorado por cortes ya que no por substituciones. Y aunque la fuerza de la obra es tal que sólo el argumento puede con todo, del texto original trasciende una naturalidad y un lirismo que en la versión teatral están ausentes. Mucho se calla de lo dicho en la linea amatoria y muchísimo se calla en la portentosa diatriba que Celestina hace de la sociedad de su tiempo. Y al fin nada se dice de sus críticas al clero que no a Dios a quien Celestina reverencia y del que espera.

Nos preguntamos qué diría un recio hidalgo del siglo XV que trasladado a la calle del Arenal leyese en la cartelera del Teatro el letrero de : OBRA APTA PARA MAYORES DE 18 AÑOS. Y qué dirían de ello Calixto y Melibea redivivos en su natural ser de mancebos enamorados de menos de 18 años. El amor del siglo XV, el amor de los jóvenes, es declarado inapto para los mancebos de 1957.

¡ Qué inútil y qué fastidioso este querer remar para atrás !

ACTORES, ESCENA Y MOGIGANGA.

En el teatro medieval — y también en « La Celestina » — el autor no diseña la escena sino que acción y palabra son las llaves. Por ello este teatro es una prueba muy dura para los actores. Y aunque en las versiones modernas los directores, decoradores y maquinaria pueden ayudar mucho la obra sólo la hacen los actores.

El equipo del Teatro Eslava es muy desigual. Junto a una Primera actriz (Irene López Heredia que hace a Celestina) muy buena, los demás actores no tienen relieve. Hace muchos años que no veiamos a esta actriz y nos dejó una huella de elegancia « de salón ». Ahora es una consumada buena actriz que hace maravillosamente un papel acaso muy alejado de sus preferencias.

Pero junto a ella la pareja de mancebos Calixto y Melibea (representados por J. M. Rodero y Maria Dolores Pradera) nos ha defraudado. Dan dos réplicas endurecidas y desiguales a la maravillosa aventura del amor de los mancebos. A ellos les cabe otro tanto de culpa — que comparten con el adaptador — en el hecho muy doloroso de la mutilación de la obra. Porque la Celestina — y esa es su maestría — es un doble juego de realismo y costumbrismo españolísimos — en el papel de Celestina — con el lírico y apasionado mensaje amatorio de la pareja joven. Y este mensaje no lo han oido o no lo han entendido los citados dos actores. Y no es excusa la censura porque con leer la obra original habrían asimilado su tono y aunque les quiten palabras y situaciones, las que quedaron son mal jugadas. El primer encuentro voluntario servido muy bien por la escenografía es un ejemplo, de lo que hubieran debido aprovechar. El huerto de esta Melibea ha perdido su fragancia íntima.

Los demás, esas dos estampas magníficas del drama que lo aligeran y puntúan con una maestría inigualable es decir el grupo de mujeres alegres (Elicia y Areusa que hacen dos actrices : Hebe Donay y Paloma Lorena) y el grupo de sirvientes de Calixto : Sempronio, Pármeno, Tristan y Sosia) que llevan a término los actores Guillermo Marin, Jacinto Martin, Jose Ramon Centenero y Alfredo Mañas, están mal representados en general. Ni hemos visto la rústica galanura y braveza de las mujeres — tan cercanas a las vaqueras apenas educadas por la ciudad — ni hemos visto en los hombres a los pícaros consejeros de Calixto. Ninguno de estos actores presiente la vida de aquel tiempo ni comprende por tanto su acción propia. Ello es personalmente malo en todos pero incomprensible sobre todo en Guillermo Marin.

Porque podemos perdonar a Irene López Heredia su demasiada energía en la acción que exigía una Celestina de más años pero aun así ha captado el alma compleja aunque simple de la trotaconventos medieval. Pero los demás, no en el detalle sino en el fondo, están totalmente fuera de situación. La obra les arrastra, puede con ellos.

Y si insistimos no es por nada personal. La conclusión es que falta una escuela española de actores junto al cascarón vacío de la escuela dramática que vegeta en el Conservatorio. Veinte años de vacío han despoblado la escena española y no quedan ni estrellas, ni valores personales ni oficio ni técnica. Improvisar — y ello habrá sido amargo para el director Escobar — no es representar. Y representar suponía en este caso conocer y no de oídas a la tipología del Arcipreste de Hita, del Lazarillo de Tormes y de Guzmán de Alfarache. Esto, a las 5 siglos de algunos de ellos y a los veinte años largos de que la « Barraca » estudiantil de la F. U. E. hiciese mejor el teatro clásico español, es algo más que lamentable. Y para el futuro supone una verdadera tarea de cualquier español que no haya olvidado los intereses culturales de nuestra nación.

El decorado de Viudes es solamente ingenioso. El artificio — mejor artefacto rodante — de la Cueva de Celestina podría haberse disimulado en sus desplazamientos constantes. Sorprende la idea pero cansa muy pronto. ¿ Por qué no llevarlo a luz apagada o con luz más dirigida ? Hay en la escena de la huerta de Melibea una escenografía muy sugestiva pero que decae al suprimir las mejores escenas en una síntesis excesiva. La apoteósis final no tiene un ambiente de melancolía que el texto exige.

Los figurines del otro Viudes son más decorativos que humanos. Podrían expresar más con menor atuendo. Ni la casa de Calixta era tan rica ni los criados aquellos eran algo más que pobres diablos. Para andar a cuchilladas los corpiños de lana (y la cobradía) se nos antojan blandos y desde luego afeminados.

Y vamos a la dirección. Hemos de criticar a Luis Escobar con sentido muy estricto. Sería muy buena en un principiante. Pero Escobar no es un principiante y creemos que ambiciona mucho en su labor de director. Las líneas que inserta en el programa de mano son reverenciales hacia La Celestina y es notable modestia afirmar que « no estamos preparados para dicha obra en 1957 ». Creemos que Escobar ha dejado demasiado hacer demasiado a los demás en ésta obra. Un pequeño error como es el llamar Parmeno a quien según el original es Pármeno, resulta bastate sintomático. Escobar ha permitido que Celestina sea o aparezca demasiado joven y demasiado animosa. Ha permitido que los amantes sean maduros en lugar de mancebos y los ha tolerado que se endurezcan con pérdida del virginalismo lírico que la obra demanda. Ha permitido que el contrapunto popular de mozas y pícaros criados se esfume. Hace falta más energía en la dirección. Creemos que Luis Escobar conoce bien a los clásicos y debe conocer versiones modernas como las teatrales de García Lorca. Debe ser valiente creando actores si los consagrados con sus vicios no se flexibilizan a cada original. Debe dejar de ser discreto para ser además y sobre todo genial que en este caso sería simplemente ser exacto. Tramoya y trajes deben ser revisados por el director pues no sólo el peligro del anacronismo sino el opuesto del modernismo preciosista pueden estropear una obra. Escobar creo que debe intentar trabajar en serio. Valdría la pena. Y aún valdría más que supiese templar los aristocratismos cómodos y sinuosos con el aire popular. ¡ Qué bien le sentaría un poco de teatro popular en los temas y en los asientos, con olvido de taquilla y de saloncillos aristocratizantes !

PÚBLICO Y CRITICA

Contra lo que Pérez de la Ossa temía la reacción del público ha sido muy buena. Y ha encontrado la obra breve. El teatro se ha llenado largamente aunque los precios eran tan elevados como de costumbre. Los universitarios para los que Celestina era

« una expresión de historia de la literatura » han sacrificado sus 25 pesetas para verla, la han seguido calurosamente. Los hombres gordos de las butacas no se han escandalizado demasiado y se han reconocido un poco en las críticas de Celestina. Lamentemos una vez más la ausencia de obreros de la sala. Nuestro inefable ministro de Información y el de Educación no se han dignado ayudar a la Empresa de alguna forma para que pudiesen ver la obra las gentes del trabajo. Si las taquillas no pueden bajar ¿ por qué no hacer teatros grandes que resistan los precios bajos ? ¿ Por qué no emplear aquí el dinero que se tira para turismo y propaganda política en los festivales de Granada y de otros lugares ? Por qué no hay un teatro para el pueblo.

La crítica madrileña ha recibido bien la obra sin insistir en su importancia. Son muchos años de rutina de oficio y de no quererse enterar para que se pueda rectificar fácilmente.

« LA CELESTINA » Y ESPAÑA 1957.

Pero al « margen de la crítica » oficial que es una forma más de burocracia sin pulso, la presentación de « La Celestina » casi como un « estreno » ha tenido hondos ecos en el mundo intelectual madrileño y ha producido polémicas del tiempo actual que en España y en lo intelectual podríamos llamar « tiempos de apólogo ». En efecto se produce un hecho cultural y cada cual habla de él a su manera, tirando por « elevación » y sirviéndose del tema como de un escudo. Se empieza por cuestiones sin importancia y poco a poco se llega a discutir raíces y fundamentos. Como en los apólogos hay que sostener el cuento para concentrar toda la intencionalidad en la moraleja final.

Así con Celestina. Todo se había dicho sobre esta obra hace 30 años. Todo se ha tenido que repetir AHORA porque TODO parecía olvidado. Han reaparecido amigos y enemigos de Fernando de Rojas, como en tiempos de la edición virginal. Unos se baten ahora par una Celestina de conversos, otros par la Celestina castellana, otros acentúan la conocida tendencia de ver en ella solo una sátira hebraica.

Pero al socaire de todo este apólogo que en sus términos estrictos parece inútil y trasnochada polémica (y los polemistas no son jóvenes que descubren ahora « La Celestina », sino maduros y aún viejos) hay una evidente tendencia a valorizar lo eterno español con su vigor y su entereza. Con Celestina surge otra vez nuestro pueblo que aún sonríe por todas las covachas de España, por todos los congostos de nuestra tierra, y que sigue esperando que los poderosos tropiecen un poco. Que los clérigos callen su culta latiniparla y entonces pueda oírse la voz sin par española que canta en las Sierras con el Arcipreste de Hita, que susurra en los salones con Celestina y que asaetea por los figones y por los Colegios Mayores con el Buscón.

Ese apólogo de los eruditos actuales tiene esa moraleja apenas expresada pero sentida. Que se oiga al fin la voz de nuestro pueblo y que calle la voz de los cursis. Hay todavía y siempre, en la vieja España, que Machado supo cantar, mucho amor tras las tapias de nuestras gentiles Melibeas y siguen los viejos ardores en los jóvenes Calixtos. Hay pueblo y hay esperanza luego hay verdad épica y hay futuro lírico.

Este es el gran entuerto de la gran Celestina cuyo acento ha pasado como una sombra por la sala del Teatro Eslava de Madrid. Y viene una vez más no a encubrir sino a descubrir lo humano, la gran labor del teatro de nuestro tiempo. Labor inédita en España 1957, y por ello aunque en este intento de ahora, incierto en sus fines y dudoso en su resultado, no se haya conseguido todo, creemos deber rendir una felicitación de estímulo a sus realizadores.

José Linares

La revista « Moncloa »: un diagnóstico del « Opus Dei » sobre la Universidad española

A la inusitada y combativa actividad periodística desplegada por los estudiantes de la Universidad de Madrid y provincias durante el curso académico 55-56, interrumpida por los acontecimientos de Febrero de ese último año y por la suspensión oficial de casi todas las publicaciones universitarias — « Alcalá », « Boletín del Congreso de Escritores Jóvenes », « Aldebarán », « Libélula », etc. — siguió un periodo de atonía en el que los estudiantes libres, para hacer valer sus opiniones, hubieron de recurrir a toda suerte de procedimientos clandestinos : folletos impresos a multicopista, simples hojas mecanografiadas, tímidos y peligrosos pronunciamientos verbales en reuniones y conferencias. Coincidiendo con esta penuria de órganos de expresión, para los que el lujo de una imprenta resultaba inconcebible, el Colegio Mayor de La Moncloa, del « Opus Dei », anunció la publicación de una flamante revista dirigida a los estudiantes. (1)

La coincidencia de fechas era demasiado evidente para que el público avisado se dejase sorprender ; y como, por otra parte, el elemento no avisado de la Universidad se caracteriza por su absoluto desinterés hacia cualquier manifestación teñida de la más leve pretensión cultural, el Colegio Mayor de La Moncloa se encontró al cabo con que había montado, con lujo tipográfico y una grandilocuencia dignos de mejor causa, una notable empresa periodística para uso casi exclusivo de sus residentes.

Sin duda la intimidad de este ámbito de difusión es lo que les ha inducido, a presentar esta revista sin excesivo recato, en un ambiente general hostil y casi alérgico a la Propaganda oficial del Movimiento, como dependiente de las órdenes directas de la Dirección General de Información. Ya en su primer número, (« Moncloa », núm. 1, Abril 1956) el editorial insiste en uno de los peores tópicos de esa propaganda, particularmente enojoso para muchos católicos cuya representación se irrogaría « Moncloa » gustosamente ; así, junto a la razón geográfica de su cabecera, se exhibe la histórica de haber sido la Moncloa el escenario de « tres años de lucha » durante la guerra civil : una razón universitaria de indudable peso, pues todo el mundo sabe

(1) « *Moncloa* » — *Revista de temas universitarios. Residencia de Estudiantes de la Moncloa.*

que la guerra ha sido particularmente beneficiosa para nuestra cultura. Hábilmente dosificadas, éstas y parecidas alusiones, destinadas a avivar un clima de rencores ya extinguido en la masa estudiantil de uno u otro de aquellos bandos, se repiten en todos los números de la revista. Del mismo modo y en un tono amable y sonriente, se sirve con largueza a la defensa de la Universidad oficial, desde la justificación a ultranza de la represión intelectual hasta la exaltación de la Milicia Universitaria. Las inquietudes y el descontento general reinante entre la juventud española son tachadas a su vez de « aberraciones » frente a las cuales se distribuyen eufóricas consignas : « Ahoguemos la atmósfera de descontento que late en muchos universitarios con el espectáculo formidable de nuestra alegría y unidad », llega a escribir el editorialista de otro de sus números (« Moncloa », núm. 3 - « Unidad universitaria »).

En cuanto a las cuestiones teóricas, éstas están abordadas en sus diversas perspectivas por la ideología al uso entre los miembros del « Opus Dei » : escolasticismo filosófico con benévolos alardes de abertura, integrismo político ultramontano y defensa de sus « valores tradicionales » absolutos, marcado interés por el llamado « capitalismo popular » en lo referente a los problemas económicos y sociales.

Algo más puestas al día nos parecen las secciones de crítica literaria y artística de « Moncloa » : en la primera, al menos, las influencias de algunos ensayistas católicos ahora conocidos o traducidos en España, como Wladimir Weidlé o Charles Moeller, permiten siquiera hablar sin demasiados aspavientos a los estudiantes de novelistas como Graham Greene, Bernanos o Julien Green. Pero en lo tocante a la producción nacional, esta actitud no pasa de un simple esnobismo que tergiversa u omite totalmente aquellos nombres y aquellos problemas que de una manera directa se enfrentan con la dura realidad de la sociedad y la cultura españolas del momento. Esta tendencia evasiva se manifiesta claramente en las páginas de creación de « Moncloa » : poemas insulsos, cuentos de Sacristía, ñoñeces como para mover a risa a cualquier universitario medianamente maduro. En las páginas de « Moncloa » se ha llegado a calificar de « asquerosa » a la poesía de Blas de Otero y con parecidos remilgos se ha acogido al cine de Bardem : « No es alarmante que Bardem sea colocado en un pedestal o en algo parecido ? ¿ Y más todavía que el que lo construye sea la propia juventud ? Bardem es un escéptico consumado, un enfermo que se infiltra como una úlcera de pesimismo en sus producciones » (« Moncloa », núms. 1, 5-6). Valgan estos dos ejemplos de botón de muestra de lo antedicho.

Queda, finalmente, para los redactores de « Moncloa » otra tarea que queremos suponerles ingrata : su parte en esa misión de « policía de la cultura » que el « Opus Dei » parece haberse asignado a sí mismo. Se trata de una labor de denuncia sistemática y descarada de cuantas actividades universitarias merezcan llevar el sello de la subversión : unas veces, el « detalle de mal gusto » de un estudiante gallego que en un acto en Santiago ha salido por los fueros de su lengua natal ; otras, tales o cuales declaraciones de un profesor liberal durante una de sus conferencias ; o el recital de unos jóvenes poetas madrileños excesivamente dados al cultivo de « lo social » ; o al « despiste » de tal o cual cine-club o Colegio Mayor de Provincias al proyectar tanta « producción roja » del tipo de la película húngara « Valabol Europaban » o las rusas «El nuevo Gulliver » y « Groza » (« Moncloa », núms. 1, 2, 3, etc.). Bien es verdad que en el empeño no dejarán de sentirse asistidos por la literatura de ese libro extraño y heterogéneo mezcla de piadoso devocionario y guía de iluminados en que, bajo el título de « Camino », el fundador del « Opus Dei » resume la norma de acción «contra los enemigos » en máximas tan desconcertantes como ésta : « Primero, encomendarles a Dios ; después dar la cara varonilmente y emplear el apostolado de la mala lengua » (« Camino » Art. 850).

En líneas generales, éstas son las características de la lanza rota por el « Opus Dei » en pro de un « real y militante sentir católico » en la Universidad. Como vemos,

responde exactamente al lema que el P. Escrivá antes citado pretende promover su originalísma cruzada : « Santa intransigencia, santa coacción y santa desvergüenza » (« Camino », Art. 387) y no cabe duda de que el desvío de que hace gala la juventud católica progresiva ha llegado a alarmar a la Jerarquía eclesiástica afecta al « Opus ». Así, el primer número de « Moncloa » se hace eco de un reciente libro del obispo de Tuy (2) en que su autor advertía seriamente contra « el llamado catolicismo *progresista* » que « *a su planteamiento liberal, une un inconveniente mar de fondo, el* de ser compañero de camino del comunismo. »

Mas, a todo esto, ¿ cuáles serán los motivos, aparte de su ardiente profesión de fe católica, que impulsaron e impulsan la política universitaria del « Opus Dei » ; cuál es la concepción de la Universidad española que a no dudarlo se esconde bajo esas motivaciones y aun, puede decirse, habrá de sostenerlas ? Y, lo que es más importante, ¿ en qué medida es válida, vigente o fructífera esa concepción en contraste con la realidad universitaria de la hora presente ? Un estudio de tales cuestiones sería sin duda complejo y nos apartaría del objetivo de este comentario. Pero tal vez el punto de vista del « Opus Dei » a la luz de la experiencia histórica de la Universidad española se nos ofrecería rico en sugerencias y, a este respecto, podría sernos útil la serie de artículos que, bajo el título común de « *Cien años de lucha en la Universidad* española » (3) ha venido publicando la revista « Moncloa » en sus nueve primeros números.

Tres reproches fundamentales cabría hacerle a su autor, el Sr. Collar, en cuanto a la realización de su ambicioso proyecto : « ser veraces e informar al universitario de lo que nos ha pasado a la Universidad durante los últimos cien años ». Primero, la intención periodística de este trabajo no eximía al Sr. Collar de un mayor esmero en la selección y utilización de fuentes que no fueran un simple Manual de Historia para el siglo pasado o las Memorias del general Mola, para el período en que éste ocupó el cargo de Director General de Seguridad. Segundo, una visión un tanto infantil del sentido de la evolución histórica que para el Sr. Collar queda reducida a una lucha entre el Bien y el Mal, a golpes por las aulas y pasillos de la Universidad Central. Tercero, una falta casi total de ilación entre sus propias conclusiones y las que del momento actual obtiene y refleja en sus editoriales la revista « Moncloa ».

Una historia de « los últimos cien años de lucha » en la Universidad habrá de presentarse, por otra parte, estrechamente ligada a la historia cultural y política de esos mismos años. En cuanto al primer aspecto de esta ligazón, el Sr. Collar se mantiene fiel al planteamiento de ese minoritario « problema de España » tratado por Laín en su « España como problema » y por Calvo Serer en su « España sin problema ». Laín ha precisado el matiz de esta problemática al definirlo como « la colisión agónica entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea ». En cuanto al segundo aspecto de la cuestión, el político, el bosquejo histórico en que el Sr. Collar se apoya es sumamente endeble : *emplea, por ejemplo,* el término « revolución » en sentido unívoco, aplicándolo sin discernimiento lo mismo para el caso de 1868 que para el de 1931. Y así como la irrupción de las masas en la vida política española — en 1879 se constituyó el Partido Socialista Obrero, en 1888 la Unión General de Trabajadores — no le dicen gran cosa a nuestro historiador, tampoco la lucha de clases, la lucha de la burguesía española en el siglo XIX, podría servirle de mucho para ilustrar esta extraña historia de la Universidad que comienza cuando « unidos los propósitos de las logias y en franca oposición con la Iglesia, los erasmistas intentaban una reforma de signo laico y antitradicional. Los *materiales* eran extraños y los planes y cálculos

---

(1) Fr. José López Ortiz, O.S.A. — « La responsabilidad de los universitarios ». — Ed. Rialp. Madrid, 1956.

(2) Jorge Collar. — « Cien años de lucha en la universidad española » « Moncloa », núm. 1-9.

equivocados. Nosotros, los españoles, sólo poníamos el solar. Con tales elementos, a nadie puede extrañar que el edificio que iban a construír fuera inhabitable y que, por sus mismas fallas se viniera abajo. Sin embargo, quizás la retirada de los escombros dure todavía. » (J.C.I., « Sanz del Río y los krausistas ») ¿Como ocurrió ésto?

A grandes rasgos, ésta es la Historia de la Universidad que el Sr. Collar inicia con una brevísima referencia al siglo XVIII, a lo largo del cual « la Universidad española había participado del proceso (general) de decadencia de forma eminente ». Como no nos explica las causas de esta decadencia, pensamos que se hallarán en la Paz de Westfalia, origen de todos los males de España, y pasamos adelante. Este proceso de decadencia se intenta frenar con planes de reforma como los de 1824 y 1845, centralizadores, secularizadores y antiescolásticos, fruto de « las ideas racionalistas que pretenden ordenarlo todo con arreglo a patrones uniformes » y están destinados al fracaso en su aplicación. Sin embargo, « esta tendencia cristalizó más tarde en la ley de Instrucción pública de 1857 » y en este mismo año tiene lugar un acontecimiento decisivo: el discurso inaugural de don Julián Sanz del Río, que supone « una llamada a una nueva Universidad ». De esa Universidad nueva, el Sr. Collar no aprecia si no su carácter laico y antieclesiástico — ni siquiera tiene en cuenta la poderosa atracción que había de ejercer sobre toda Europa la Universidad que el idealismo alemán estaba levantando en su país — y, naturalmente, habrá que suponerle un fundamento ideológico: el krausismo. El calificativo de trasnochado aplicado al krausismo, pese a que gracias a esta escuela se pronunciara por primera vez el nombre de Hegel con acento carpetovetónico, nos parece correcto. Sin embargo, ejercería tal atracción en los medios intelectuales que al cabo de algunos años sacaría de sus cátedras a los mejores profesores españoles y daría lugar a la Institución Libre de Enseñanza. El Sr. Collar repara en un hecho que sin embargo no valora lo suficiente: la nueva Institución se caracteriza también por su « enemistad hacia la Iglesia », y reconoce a Giner de los Ríos y a los institucionistas un acierto que acaso sobrevalora: **« Ven nuestros problemas como un problema de educación »** (J.C. — II ,« Giner y la Institución Libre de Enseñanza »).

Paralelamente a los institucionistas los Orts y Lara, Menéndez y Pelayo, etc., que **« también ven nuestro problema como un problema de educación »** defenderán los valores tradicionales (J.C. — III, « La defensa de los valores tradicionales ») Pero la Institución, sobre todo con la vuelta a la Universidad de los catedráticos en 1881, será una bola de nieve lanzada pendiente abajo. A lo largo de los artículos del Sr. Collar desfilarán la Junta de Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes y el Instituto-Escuela en confusa algarabía, mezclados con la Restauración, con la pérdida de las colonias, la monarquía liberal y la generación del 98, los intelectuales bajo la Dictadura y el profesorado universitario durante la segunda República. Por poderosa que fuese la personalidad de aquel « viejo alegre de la vida santa », como Antonio Machado llamó a D. Fco. Giner de los Ríos, el papel inspirador que el Sr. Collar le atribuye nos parece excesivo. Por si quedaran dudas, « interesa hacer resaltar que no solo Jiménez de Asúa, sino otros hombres que hicieron política en aquellos años — Negrín, Alvarez del Vayo, Araquistain, Giral, Fernando de los Ríos — estaban vinculados a la Institución Libre de Enseñanza » (J.C. — X, « De la Dictadura al 14 de Abril). Para el Sr. Collar, « nuestro problema » consiste, pues, en una sencilla ecuación cuyo primer término es el factor cultural y el segundo el político. De ahí la importancia de una Historia de « la lucha universitaria »: paralelamente a la subversión intelectual, la Monarquía había permitido « la organización sistemática de una fuerza antinacional ». La República significaría el triunfo de ambas « tendencias » intimamente ligadas entre sí y la guerra civil « su liquidación definitiva »: « Yo creo sinceramente que después el problema fundamental estaba resuelto, y se había resuelto precisamente durante los tres años de lucha ». La otra lucha, la de los « cien años, con su peculiar fisonomía, fué liquidada por la guerra » (J.C. — VII, « Meditación frente al Guadarrama »).

A esta tesis del Sr. Collar, expuesta sucintamente, cabría hacerle algunos reparos y recordarle algunas omisiones. Veamos las más importantes :

1° La lucha del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza por la conquista de su independencia docente y de la influencia en la Universidad no supone una irrupción fantasmal en la escena universitaria del siglo XIX ; ni tampoco se trata de una corriente que se renueva por entero al dictado de las ideas dominantes en la Europa contemporánea, precisamente porque es reflejo de algo más que un simple movimiento cultural. Por una parte, defiende « la libertad de la ciencia » en cuanto que está directamente influído por la Universidad del idealismo alemán. Pero por otra sostiene en el ámbito universitario, y frente a la Iglesia oficial, la misma lucha progresiva que la burguesía sostenía en otros terrenos contra el feudalismo. En este aspecto, el discurso inaugural del curso pronunciado por Sanz del Río en 1857 supondría, por ejemplo, el equivalente en materia universitaria de un « Informe sobre la ley agraria » como el de Jovellanos.

2° Esta oposición a la Iglesia no es enteramente dogmática, pues muchos institucionistas se declaraban expresamente católicos. El carácter laico y anti-eclesiástico del krausismo y el institucionismo, por lo demás, no es exclusivo de la lucha cultural de la burguesía española. Para el caso de Francia, señala Groethuysen como « la visión burguesa del mundo y del hombre que se había desarrollado en Francia solo podría imponerse en medio de constantes polémicas se forme en los laicos cultivados, y en medida cada vez mayor, una conciencia colectiva que hace frente a la organización de la Iglesia y que fué de fundamental importancia para el desarrollo de la burguesía como unidad social con una unidad de espíritu. A un lado la Iglesia, a otro la burguesía » (Groet. — « La conciencia burguesa » — II parte — VIII). No se trata de un nuevo problema de educación : tal lucha es algo más que una polémica de pedagogos.

3° Los planes de reforma de la enseñanza universitaria del siglo XIX anteriores a la ley de Instrucción pública de 1857 no carecen de antecedentes en el siglo XVIII : las Universidades de Acalá (1772), Valencia (1787) presentaron ya programas de reforma tachados por regla general de galicanos y antiescolásticos. Del mismo modo, la historia extrauniversitaria de la Universidad que parece comenzar con la Institución Libre se remonta a los antiguos Colegios médicos y de cirugía del siglo XVIII, que como los de Cádiz, Barcelona y Madrid tropezaron en un principio con la penuria científica de la Universidad de su época.

4° Existe un evidente nexo entre la intelectualidad progresiva del siglo XIX (los González de Linares, Calderón, Castelar, Azcárate, Montero Ríos, Figuerola, Canalejas, etc., que el Sr. Collar cita) y la pléyade de profesores que, hasta ser dispersados por la guerra civil, llenarían uno de los períodos más esplendorosos de la Universidad española : en una gran medida, la obstinación de uno y otro bando — Iglesia y burguesía — no había hecho sino enconar y prolongar la lucha a lo largo de un siglo.

5° A esta pugna — que la guerra civil no hizo sino interrumpir — comenzaba a añadirse una nueva dificultad ; la crisis de la Universidad europea ya señalada por Ortega en su « Misión de la Universidad » : insuficiencia de la Universidad como entidad social en nuestros días, pérdida de su carácter representativo, inadaptación a los tiempos actuales y a las nuevas exigencias sociales que tornaban lejano el espíritu y la letra del « omnes si tiu flores » del « Gaudeamus ».

¿ Es en estas circunstancias en las que el Sr. Collar quiere que una guerra civil y veinte años de dictadura vengan a resolver los problemas de la Universidad de un país ?

Por lo demás, la respuesta de la juventud es harto elocuente. En uno de sus editoriales la revista « Moncloa » se ve obligada a reconocer que « cualquira que haya leído — y lea — con cierta asiduidad las publicaciones de la juventud española de estos últimos años encuentra una constante cada vez más ostensible : la amargura. (« Moncloa » núm. 5-6. « Juventud : ¿ Amargura ? ¿ Optimismo ? »). Con motivo de la reedición de su « Discurso a los universitarios españoles », publicado por primera vez en 1938, el Dr. López Ibor declara a un redactor de la misma revista : « He dudado incluso de autorizar su reedición... El Discurso, tal como lo redacté, resultó un canto de esperanza. Ahora preferiría escribir una preocupada meditación » (« Moncloa » núm. 10). El mismo principo de la libertad de enseñanza no estatal en que pretendió basarse la Institución de Giner de los Ríos es ahora invocado por todos cuantos quieran asegurarse un feudo fiel a cambio de campo abonado para la polémica que hoy es la Universidad española.

Junto a los estudiantes liberales que defienden el antiguo esplendor de la Universidad española, junto a los estudiantes católicos que luchan por una cultura sin oscurantismo, abierta y progresiva, se alinea hoy un número de estudiantes cada vez mayor, con los ojos y la esperanza puestos en el futuro papel de la clase trabajadora en los destinos de España y en la vitalidad de nuestra cultura.

La lucha, pues, no ha terminado. Como Antonio Machado, nosotros pensamos, tal vez con amargura pero también con fe, que

« ni el pasado ha muerto
ni está el mañana — ni el ayer — escrito. »

Juan Escobar

NOTAS

Wladimir Usin

Era ton menudo de figura, que parecía imposible que tal abundancia de erudición cupiese en ella. Para hablar en público tenían que ponerle un estracto especial, como a un niño, pero al oirle se olvidaba uno de su figura y aparecía su fuego interior, su llama viva, algo de ardiente tizón que tenía su cara y sus ojos profundos. Nunca se hizo viejo por que una llama de entusiasmo ardía y ardía siempre igual.

Era Vladimir Usin el mas viejo de los hispanistas soviéticos y, a la vez, un joven entre los jóvenes. Pertenecía a la vieja generación de hispanistas-Kelin, Derzhavin, Fevralski, Vasilieva —, generación romántica, bien armada de conocimientos y, a la par, ennoblecida por el fervor del trabajo y por el amor desinteresado a España y a su cultura. A los jóvenes hispanistas los llamaba Usin sus nietos. Y en efecto, algo había dado a cada uno, con generosa prodigalidad de sabio acaudalado, de rico sembrador.

Cuando alguien necesita un dato sobre literatura moderna española se dirige a Kelin; cuando el dato se refería a nuestra literatura clásica, se remitían a Usin. Todo lo sabía, todo lo había leído.

Conocía todas las obras de Lope de Vega, y no de un modo pasivo o documental, sino bullente, en acción, como si todos los personajes del dramaturgo habitasen en la mente laboriosa del erudito.

Su especialidad era el teatro del siglo de oro, sobre el cual ha escrito muchas monografías, artículos y estudios. Nunca era un expositor seco, sino un interpretador apasionado. Todos los caminos de su intrincada exploración siempre conducían a un mismo punto, sobre el cual giraba y giraba su pensamiento : al alto humanismo de nuestra literatura clásica, a su realismo, al sentido progresivo de este o aquel personaje, de uno u otro parlamento. Ahondaba en los personajes para descubrir en ellos el oro de los valores humanos, muchas veces oculto entre rivalidades y contiendas.

De este oro limpio puso no poco en su « Antología de la literatura española » (siglos XII-XVIII), de la cual se han hecho en la Unión Soviética muchas ediciones y por la cual han estudiado el español diversas generaciones de estudiantes. Copilar trozos no es mérito grande. Muchas antologías se han hecho y muchas se harán. Pero el valor de esta de Usin reside en el criterio seleccionador en la normativa razón que ha guiado al autor : tal rectora medida ha consistido en destacar los trozos literarios no sólo mejores, sino más progresivos, humanos, más reveladores de la luminosidad humanista de espíritu del escritor.

El estudio de Cervantes era otra de sus predilectas ocupaciones. Cada aniversario o pretexto de recordación de Cervantes era para él una fiesta mayor, que tenía solemnidad en su apasionado espíritu.

He visto cómo hablaba de Cervantes a los gitanos del Teatro gitano antes de estrenar « La gitanilla », le he oido divagar entre los actores de la Sociedad teatral, he asistido a charlas de él en la Biblioteca de Lenguas extranjeras. Y siempre Usin era Usin : polemizador con los comentaristas extranjeros, audaz, innovador, convencido de sus juicios, defensor de sus originales interpretaciones. Para él, cada episodio del « Quijote » tiene su sentido social más o menos oculto, su razón de ser, su por qué y para qué. Se puede o no estar de acuerdo con sus interpretaciones y juicios, pero, de todos modos, es imposible no admirar la sutilidad de ellos, la audacia, que podríamos llamar antiacadémica, de sus pensamientos sobre nuestra obra cimera.

En los últimos años, Usin, con Liuvímov — un romanista de la generación media — se ha dedicado a preparar una nueva traducción al ruso del « Quijote ». Es raro que una labor tan difícil, y a la par tan laboriosa, se reciba por especialistas y lectores con unanimidad de elogios. Y sin embargo, tal corona de lauros ha merecido el trabajo de Usin y Luivímov en la Unión Soviética : la traducción comentada del « Quijote ». Se considera una traducción perfecta, que ha superado notablemente a las anteriores.

Mucho había de Usin en Usin, como he dicho antes, mucho de su peculiar cosecha, pero él, como todos los hispanistas soviéticos, tanto los de la vieja generación como los de hoy, los de la nueva, que no son pocos ni menguados en talento, tenía lo que es común a todos, lo que el espíritu soviético da a las artes y a las letras, a la vida y a los estudios, a las investigaciones y a las razones : amor a los pueblos y a la cultura de todos los pueblos, amor al hombre y a su dignidad, amor a las ideas avanzadas. En una palabra : humanismo.

¡ Lástima que los trabajos de los hispanistas soviéticos, impregnados de ese humanismo, no se difundan y se conozcan en los medios culturales de España y América ! Lástima porque ellos, en cuanto a orientación sobre todo, podrían dar no poca luz y abrir no pocos caminos para el marchar adelante.

Ha muerto Vladimir Usin, el más viejo de los hispanistas soviéticos. Dolorosa pérdida es. Pero ahí quedará, entre los jóvenes, como una estela imborrable, su obra y su recuerdo, sus enseñanzas y su ejemplo.

Y en cuanto a nosotros, qué más quisiera uno que su labor encontrara eco en España y que la confrontación de juicios entre los investigadores de aquí y de allí sirviera para aportar más luz a nuestra luminosa cultura.

Cesar Arconada

Las actividades de la U.I.E. de México a través de su Boletín

« La Unión de Intelectuales Españoles en México », fundada el 21 de Julio de 1947 en el marco de un programa de ampliación de sus actividades, tomó la iniciativa de editar un « Boletín de Información » cuyo primer nº está fechado en 15 de Agosto del pasado año 1956. Hemos recibido tres nºs de su Boletín, que constituyen un interesante espejo de las actividades realizadas por dicha organización de intelectuales antifranquistas residentes en México.

El nº 1 de dicha publicación abre sus páginas con un mensaje del comité director de la U.I.E. (en donde encontramos los nombres de prestigiosos intelectuales, tales León Felipe, Presidente, Max Aub, José Renau, Rafael de Buen, etc.) que comienza diciendo : « Los intelectuales del interior de nuestra Patria expresan cada día con más vigor sus anhelos de romper el aislamiento a que los somete el régimen y de conocer el desarrollo y los progresos de sus especialidades en el mundo, con el objeto de adquirir una cultura que les permita desempeñar debidamente la importante misión social que les corresponde. Comprenden también que sólo mediante la liberación nacional y la restauración de un régimen democrático se podrá resolver definitivamente la situación cultural de España. »

Y a continuación propone una serie de medidas tendentes a entablar relaciones con los intelectuales de España, con el fin de aportarles toda la ayuda posible en estos dos aspectos.

En este sentido, y para contribuir al conocimiento, en el extranjero, de las obras de los escritores residentes en España, la U.I.E. crea los premios literarios NUEVA ESPAÑA, para novela, o cuento, para poesía y para teatro.

Una parte importante de dichos boletines está dedicada a reproducir los documentos y las correspondencias procedentes de España, que testimonian de la actividad desarrollada en los medios intelectuales y universitarios, a favor de una mayor libertad de expresión, de una democratización de la vida cultural y política española. Se publican, por ejemplo, los más importantes llamamientos de los universitarios, desde el del 1° de Abril de 1956, hasta las hojas llamando al boicot de los transportes y espectáculos de Barcelona y Madrid, durante el invierno posado, etc., etc... En este sentido nos parece importante subrayar el interés del intercambio de correspondencia entre la U.I.E. y ciertos intelectuales residentes en España como Don José María Pemán y Don Ramón Menéndez Pidal. Como es sabido, la U.I.E. había enviando una carta a los intelectuales firmantes de la petición de libertad a favor de Julián Marcos Jimenez y demás universitarios encarcelados, felicitándoles por su valiente y honrosa actitud. Don José María Pemán, al responder a Don León Felipe, aunque, como señala « la carta es extensiva para todos los demás », dice, entre otras cosas : « Quiera Dios que sus caminos le traigan a esta vieja España donde tantos le admiran y tantos desean el diálogo cordial del arte y las ideas por encima de los exclusivimos. »

Don Ramón Menéndez Pidal, señala, por su parte : « Bien se ve ahora que la larga separación que parecia dominarlo todo, no cuenta cuando experimentamos que otros muy altos ideales nos siguen uniendo con fuerza incontrastable... »

A través de las reseñas publicadas en estos boletines de información podemos apreciar la calidad y volumen de actividades desarrolladas por los intelectuales españoles en México y por su organización, la U.I.E. En efecto, en los resúmenes de las actividades del « ATENEO ESPAÑOL DE MÉXICO », podemos comprobar que todas las semanas la U.I.E. organiza una o varias conferencias, sobre los temas más diversos de la cultura nacional, como de la actualidad científica y política. (En este n°, de « Nuestras Ideas » publicamos un importante fragmento de una de dichas conferencias, la pronunciada por el poeta Juan Rejano, con motivo del 20 aniversario de la muerte de Federico García Lorca.) Algunas de estas conferencias, como la de José Ignacio Mantecón ; « Menéndez y Pelayo y el liberalismo español », son publicados en las páginas de uno de los boletines.

Asímismo, hemos visto con gran interés el trabajo desarrollado por el « TEATRO ESPAÑOL DE MÉXICO », que con un repertorio de nuestro mejor teatro clásico ha recorrido todo México, logrando un gran exito de crítica y de público.

En todos los boletines, vienen informaciones sobre los libros de ensayo, novela o poesía, publicados por los intelectuales de la U.I.E., que demuestran la gran actividad que en este sentido desarrollan nuestros compatriotas en América, actividad que no siempre, desgraciadamente, es conocida en España.

En tan breves líneas, no es posible, claro está, hablar de todos los temas arbordados en dichos boletines de información, ni de todas las actividades culturales reseñadas en ellos. No desearíamos, sin embargo, terminar esta nota sin decir unas palabras sobre un aspecto de la actividad de la U.I.E., que se refleja en su órgano de información. Efectivamente, nos ha parecido que desde el n° 1 al n° 3-4 nuestros compatriotas residentes en México, han dado un paso importante por estrechar, pese a la distancia, el mayor contacto y tener mayor conocimiento de la realidad española actual, sobre todo en su aspecto cultural.

En nuestra opinión esto es muy positivo, pues todo lo que se haga por romper las barreras entre los intelectuales de « dentro » y de « fuera », por lograr un clima de diálogo, en donde la discusión presuponga el respeto de la opinión del dialogante, contribuirá a crear una coloboración beneficiosa al desarrollo de la cultura española.

C. L.

DISCUSIÓN

Iniciamos en este número una nueva sección, en la que publicaremos cartas, opiniones, comentarios enviados por nuestros lectores, en torno a los temas que han sido tratados en las páginas de « Nuestras Ideas », o a otros temas de interés.

Por el propio carácter de esta sección, es evidente que en ella tendrán cabida muy diversas opiniones. Nuestro propósito es que se convierta en una tribuna de discusión sobre problemas ideológicos, políticos y culturales.

A continuación publicamos un comentario de Antonio López sobre el artículo de Federico Sánchez : « El método orteguiano de las generaciones y las leyes objetivas del desarrollo histórico », aparecido en el Nº 1 de « N. I. ».

Las Ideas y los Hombres

Toda filosofía es una política y todo filósofo un político.
(Antonio Gramsci.)

Nuestras Ideas hace honor a sus propósitos al publicar en su primer número el artículo de Federico Sánchez sobre la teoría orteguiana de las generaciones. Por primera vez se aborda el estudio de Ortega desde un ángulo científico. Porque hasta ahora, la literatura ideológica de España no contaba más que con los panegíricos de los orteguianos o las diatribas de los tomistas.

Según Federico Sánchez « el tema de las generaciones, la idea de que la irrupción de éstas en la vida social, en lucha con las generaciones anteriores constituye el motor de la evolución histórica, impregna actualmente la ideología española ».

Debido a esta actualidad se limita el autor a la « crítica interna » de esa teoría, aunque forma parte integrante de toda la concepción orteguiana de la historia.

Sin embargo, a mi juicio, el artículo de Federico Sánchez aun limitandose a la crítica de ese aspecto singular de la filosofía de Ortega, adolece de insuficiencias fundamentales en una crítica marxista. Porque no es posible la crítica científica, marxista, de una ideología, de una filosofía, prescindiendo del conjunto histórico e ideológico en que fué creada esa ideología.

Como considero importante el profundizar en una discusión, que creo debería estar abierta a marxistas y no marxistas, en las páginas de

Nuestras Ideas, sobre el significado, los errores y, en mi opinión, cosmopolitismo de la filosofía de Ortega y Gasset, me permito enviar este comentario que me ha sugerido el artículo de Federico Sánchez.

★

Conviene recordar el momento histórico en que Ortega aparece en la vida política e intelectual de España. Las condiciones en que va a desenvolverse. Lo que de modo impreciso llamaba él « inexorable circunstancia ». El ambiente ideológico era desolador. La burguesía española vegetaba en un mundo de ideas del más típico provincialismo. Ortega se encontró con un capitalismo débil, que llegó a nuestro país con un considerable retraso histórico. Cuando las contradicciones inherentes al sistema capitalista adquirían en Europa su máxima agudeza, cuando el proletariado había formado potentes partidos y afirmaba resueltamente el papel histórico que le corresponde como clase ascendente.

En ese capitalismo débil — « capitalistas de reales » les llamaba con desprecio un escritor de la época — campeaba la mediocridad ideológica, la falta de perspectivas.

Esto explica, a mi juicio, que la obra de Ortega esté saturada desde el comienzo de un afán a veces, « dramático », en dar confianza a esa burguesía, por animarla, por equiparla ideológicamente para ser capaz de « grandes empresas ». Emplea, con desenvoltura juvenil, una terminología deportiva. Y, a diferencia de los filósofos de su época — del período anterior a la segunda guerra mundial — encerrados en sus aulas universitarias, nuestro profesor de Metafísica de la Universidad Central sale a la calle. Organiza sus actividades mediante una razonable división de trabajo. Para sus lecciones : la Universidad, pero también el lugar público, la sala de un teatro o los altos de un café ; y para sus escritos : la publicación científica — *Revista de Occidente* — la revista política — *España* — o el diario — *El Imparcial*, primero y más tarde *El Sol*.

Desde esas tribunas expone sus ideas, que no son ni un método ni una metafísica acabada. Son simplemente « ideas » cambiantes y que no es raro que presenten contradicciones. ¿Qué hay de original en esas ideas ? Para su público de la época, todo. Eran ideas « audaces », « nuevas ». No se entraba a profundizar en ellas, pero cautivaba la brillantez del estilo. España tenía ya *su* filósofo. Le escuchaban, más que le leían, una parte de la gran burguesía y algunos aristócratas. Y en las capas de la pequeña burguesía se formaban ardientes orteguianos.

Pero la misión que se había impuesto el filósofo no era fácil y el « drama » se refleja en sus escritos : « las naciones continentales (de Europa) transitan ahora por el momento *más grave de su historia* » ; « ausencia en toda Europa de una ilusión hacia el mañana » (¡A los cinco años de la revolución socialista en Rusia !). Y, ¿en España ? « los problemas que hoy se plantean son archiintrincados » (Citas tomadas de *La España Invertebrada*).

¿Qué hacer ? ¿Apoyarse en la tradición ideológica burguesa española ? Pero ¿existía ésta ? ¿Podía utilizarse la herencia de los ideológos de 1812 en las condiciones de 1917 ? República de los Soviets en Rusia, con sus repercusiones en el mundo capitalista, y, por consiguiente, en España

potentes organizaciones obreras, campesinos que reclaman una reforma agraria, movimientos nacionalistas en Cataluña y Euzkadi.

A Ortega se le ha reprochado el no haber elaborado un método filosófico, auténticamente suyo. El reproche no es desatinado. Pero, tal vez se deba a que en lugar de ahondar en la realidad nacional, saltó ciegamente de la geografía y la historia españolas, de la realidad española, a buscar materiales para componer una serie de parches a los problemas ideológicos nacionales. Al joven estudiante español le había deslumbrado la ideología alemana, y era explicable que le deslumbrara. Por eso, cuando los problemas están al rojo vivo, cuando son « archiintrincados » Ortega bebe con ansiedad de sediento todo lo que va elaborando la filosofía alemana para componer sus parches a las grietas ideológicas españolas. Y al no plantearse una tarea auténticamente creadora, mediante una seria investigación que tuviera en cuenta las posibilidades y pecularíedades nacionales, limita su actividad a una transposición brillante, de elaboraciones conceptuales germánicas.

Era fácil ilusionarse. De toda Europa, Alemania le ofrecía la trampa más peligrosa. Conservaba el prestigio de un pasado espléndido en la historia de la filosofía y ciertas analogías históricas con España. En efecto como señala Federico Engels : « la burguesía alemana tuvo la desgracia de haber llegado demasiado tarde y su prosperidad coincide con un período en que la burguesía del resto de los países de Europa occidental está declinando políticamente ». Y de esa Alemania salen las ideas que Ortega transplantaba castizamente en España. Las semejanzas que ofrecía en ciertos aspectos el desarrollo histórico en ambos países (en ninguno de ellos había llegado la burguesía plenamente al poder) hacían más sencillo el esfuerzo de armar ideológicamente a nuestra burguesía, para que fuera capaz de « volar alto ».

Y en el cerebro de Ortega bullían los « sistemas », las escuelas, las ideas germánicas. Neokantismo, primero, Nietzsche, sobre todo Nietzsche — con su lirismo del héroe, de los selectos, de la violencia, del superhombre — Dilthey, Simmel y la constelación queda casi completa con Heidegger en *La Historia como sistema*, hasta cierto punto resumen del pensamiento orteguiano, como Heidegger lo es del idealismo alemán de la época del imperialismo. Con ello entra en España la razón vital, el historicismo, la devoción o la exaltación de la fuerza, el desprecio a la muchedumbre zafia y la confianza en los selectos.

Pero si bien la burguesía alemana llegó demasiado tarde, el capitalismo alemán se desarrolló impetuosamente. Y surge pronto la necesidad de subproductos del idealismo, del irracionalismo alemán, para explicar a la manera burguesa las contradicciones ; para salir al paso de lo que es evidente : los cambios en la historia, pero cuyo motor, la lucha de clases, hay que ocultar. Filosofía de tabla de salvación. Y entre esos subproductos, la razón vital, la geopolítica, los ciclos históricos.

La generación española de allá por los años finales de la dictadura conoció un libro sugestivo. Que no sólo llegó al público a través de la traducción y popularización de la *Revista de Occidente*, sino a través también de la admiración que produjo en profesores socialistas. Me refiero a *La Decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler. Alguna vez alude Ortega desdeñosamente a Spengler, pero lo cierto es que la teoría de los ciclos dejó en el orteguismo honda huella.

Si, es evidente que la historia cambia, pero al reconocer ese movimiento con una parodia de dialéctica, se trata de afirmar la metafísica, la eternidad de las bases de la sociedad actual, la eternidad del régimen de clases. ¿No iba a ser una teoría tal, tranquilizadora para una burguesía que se movía en suelo tan quebradizo como el de la Alemania después de la primera guerra mundial? ¿No podía serlo también para la débil burguesía española sometida a una crisis profunda?

Pero también en España se venía haciendo patente la necesidad de cambios, de cambios profundos. Ortega proclama en *El Tema de Nuestro Tiempo* que « cabe en la historia la profecía », « cabe profetizar el perfil general de la época que sobreviene ». En Alemania se hablaba de ciclos, en España para esa idea se emplea un vocablo más liberal, más abierto : época. Y mientras en Spengler los ciclos consisten en decadencias de las culturas sustituyendose unas por otras, por la manía, digamos, de culturas nuevas, en Ortega los cambios de época se deben a « variaciones en la sensibilidad vital » y la manifestación que caracteriza una época de otra : el cambio de generaciones, el desplazamiento de una generación vieja por una nueva.

Y así en la filosofía de Ortega la generación pasa a ser « una categoría histórica », « el concepto fundamental de la historiología y el instrumento más eficaz del método histórico ». (Presentación de los cursos del Instituto de Humanidades.)

Pero ¿porqué introduce Ortega la generación entre las categorías históricas y precisamente esa « categoría » y no otra es el « instrumento más eficaz del método histórico » ?

A poca atención que se ponga en el estudio de la obra de Ortega se apreciará que el talón de Aquiles de todo su pensamiento es el tomar de los fenómenos sus manifestaciones superficiales. Pero para profetizar no es preciso mucho más. Distinto es si el filósofo se planteara la previsión científica. Entonces no es posible eludir el empleo riguroso de un método científico, el materialismo dialéctico, que Ortega aparentaba despreciar.

Lo que se presenta como lo más original de las creaciones del orteguismo, la teoría de las generaciones, pasó sin pena ni gloria en el mundo filosófico de fuera de España. Pero Ortega se aferró firmemente a su teoría e insistió en ella reiteradas veces. Y a esa insistencia no puede ser extraña el hecho de que la juventud participara en esos años, con una actividad intensa, en los problemas nacionales. Por su subjetivismo Ortega no ve que esa actividad juvenil es el reflejo de un estado de ánimo nacional, de hombres jóvenes, maduros y viejos, de universitarios y extrauniversitarios. Así puede explicarse a mi juicio la tenacidad en sostener una teoría que por otra parte es un magnífico ejemplo de vaguedad en su formulación teórica, cuya aclaración y precisión aún están por hacer en la filosofía orteguiana. Valía, eso sí, para abonar una vez más la tesis marxista que toda filosofía es una política. Y con toda clase de imperfecciones Ortega la transformó en plataforma política.

Por ser irracional, la teoría de las generaciones, de su popularización por glosas literarias no dió a la juventud que fué fervorosamente orteguiana más que un histerismo nietzschiano. Aquellos que no supieron o no tuvieron serenidad para someter a crítica la teoría de las « variaciones de la

sensibilidad vital » cayeron en la más cruel de las trampas que tendío la reacción. Para los jóvenes que ahondaron en las ideas aparentemente nuevas, que se pusieron de verdad en contacto con la realidad española, se abrieron horizontes auténticamente juveniles en el marxismo ; la metafísica orteguiana no podía darles satisfacción, porque era una voz de sirena sin contenido.

Estos comentarios que me ha sugerido el artículo de Federico Sánchez no tienen otra intención que contribuir a establecer une hipótesis de trabajo para un estudio marxista de Ortega. De todas formas sobre estas u otras premisas no puede dejar de emprenderse esa crítica. La falta de una polémica ideológica, el no haber sometido a un análisis marxista, aspectos importantes del pensamiento español ha sido un grave defecto, con influencias perniciosas en la ideología y en la política españolas. Así, por ejemplo, lo fué el hecho de que el socialismo español, los socialdemocrátas españoles, dejaran pasar sin crítica, teoríás de Ortega como el origen deportivo del Estado, la interpretación bélica de la historia, el origen biológico de la ideas, etc... E incluso, a veces, han llegado algunos de sus teóricos, como Araquistain, hasta más lejos que el propio Ortega.

En condiciones nada fáciles emprende *Nuestras Ideas* esta labor. Al hacerlo prestará un gran servicio al pueblo español para sus problemas inmediatos, para su fututo histórico.

Antonio López

Fe de algunas de las erratas aparecidas en el n° 1 de « Nestras Ideas » :

Pág. 5. Línea 3 (Desde abajo). Dice : « desaparadas ». Debe decir : « desamparadas ».

Pag. 7. Línea 7 (Desde arriba). Dice : « ... Fudido ». Debe decir : « ... fundido ».

Pág. 16. Última línea (abajo). Dice : « democrática ,popular ». Debe decir : « democrática popular ».

Pág. 30. Línea 5 (Desde abajo) Dice : « ... que son, en lo esencial » Debe decir : « que son lo esencial ».

Pág. 66. Línea 11 (Desde arriba) Dice : « burgue ». Debe decir : « burgueses ».

Editeur responsable : M. François Claessens, rue Sylvain Denayer, 45, Bruxelles.
Imprimerie C.E.P.I., 82, rue Bodeghem, Bruxelles.

« NUESTRAS IDEAS »

está a la venta en las siguientes librerías :

BELGICA :

Librairie « Du Monde Entier », Place St-Jean, Bruxelles.

FRANCIA :

« Librairie des Editions Espagnoles », 72, rue de Seine, Paris VIe.

« Librairie du Globe », 21, rue des Carmes, Paris Ve.

« Librairie Bousset », 33bis, rue Gambetta, Biarritz.

« Librairie de la Renaissance », 8, Cours d'Etienne d'Orves, Marseille.

« Librairie de la Renaissance », Rue des Pergaminiers, Toulouse.

« Librairie-Hall des Allobroges », Place Grenela, Grenoble.

MÉXICO :

« Librería Madero », Avda. Madero, 12. México. D. F.

« El Gusano de Luz », Hamburgo, 22, México. D. F.

«Librería Juarez », Avda Juarez, 102. México D. F.

« Editorial Popular Fondo de Cultura », Avda. Hidalgo, 75. Deps. 107. México D. F.

« Librería Zaplana », Av. San Juan de Letran, 41-1, México D. F .

ITALIA :

« Libreria Rinascita », 2-3, Via Botteghe Oscure, Roma.

SUIZA :

« Librairie Rousseau », 36, rue Rousseau, Genève.

Suscripciones a « NUESTRAS IDEAS »

Suscripción para un año (4 números) :

Para España : Pesetas	90
Para Bélgica : Francos belgas	90
Para Francia : Francos franceses...	870
América Latina : Dólares...	2,40
Para Suiza : Francos suizos	9

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a : « Compte Chèques Postaux » : nº 5744.90 François Claessens. *Compte spécial.* — Bruxelles. — O sencillamente por Giro Postal Internacional a F. Claessens, 45, rue Sylvain Denayer, Anderlecht. Bruxelles.

Se reciben también suscripciones :

En Paris : « Librairie des Editions Espagnoles », 72, rue de Seine, Paris VIme.

En Ginebra : « Librairie Rousseau », 36, rue Rousseau, Genève.

El cambio de precio en francos franceses se debe a las medidas financieras tomadas en ese país.

Precio del ejemplar :

Pesetas	25	Francos franceses	240
Francos belgas	25	Dólares	0,70
Francos suizos	2,50		